

Antonio Ferrer

La piqueta



Lectulandia

La historia que nos cuenta *La piqueta* (1959) es vulgar, casi trivial, pero esconde un hondo dramatismo: una familia de inmigrantes que vive en un desolado descampado del extrarradio de Madrid, recibe la noticia de que su vivienda, una chabola construida ilegalmente, va a ser derribada por orden municipal. Sobre los personajes, todos pertenecientes —aunque en la novela no se dice— a la casta de los vencidos en la Guerra Civil, se cierne la irracionalidad de una dictadura a la que no podía nombrarse. La misma piqueta alcanza una dimensión simbólica como instrumento de la represión de sus víctimas, seres perpetuamente humillados que ni siquiera tienen la capacidad de rebelarse o de oponer resistencia al desahucio. Escrita con un lenguaje deliberadamente desnudo y tenso en el que se introducen giros del habla popular de la época, esta novela, la primera que publicó su autor, señaló un nuevo camino a la narrativa española de su tiempo.

Lectulandia

Antonio Ferres

La piqueta

ePub r1.0

ugesan64 02.12.13

Título original: *La piqueta*
Antonio Ferres, 1959
Retoque de portada: ugesan64

Editor digital: ugesan64
Colaborador: Koriel
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*No son seis pasos de tierra lo que precisa el hombre, ni una comarca,
sino el globo terrestre entero y la naturaleza en su plenitud...*

A. Chejov

PRÓLOGO

LUNES, 3 DE JULIO

Iban llegando gentes por todos los caminos; pero llegaban y se ponían detrás, en la calle. Los vecinos estaban juntos, agrupados, sin ver nada, donde el espacio era más estrecho, donde apenas había horizonte.

Sólo los chicos fueron hasta lo alto del cerro y los mayores de ellos se subieron a las piedras grandes que asomaban arriba. Desde allí se divisaba todo: la casa que iban a derribar y casi el barrio entero.

—Cuando vengan, nos tiramos al suelo. Tenemos que ver lo que hacen los de la piqueta —dijo un chico.

—Cuando vengan, los de arriba que avisen y nos tiramos al suelo, como en las guerras —dijo otro.

—Somos vigías, los que tenemos que ver todo, pa' contárselo a los otros.

—Somos los exploradores.

En la parte baja, desde la calle, la gente no veía nada; si acaso, los vecinos de la primera fila. Los situados más atrás alzaban las cabezas por encima de los más adelantados e intentaban enterarse de lo que pasaba. El sol era muy molesto y no soplaban ni una brizna de aire. Cuando algunos se cansaban de esperar, se notaba un movimiento hacia la otra esquina, en aquella especie de calle, y unos cuantos se desparramaban en dirección contraria, por la senda polvorienta. Había un rumor de pasos, un ir y venir de hombres y mujeres que no salían del mismo sitio. La calluja, entre las chabolas y los solares, parecía un redil, una extraña cárcel. La gente que formaba esa multitud no avanzaba ni retrocedía un solo metro. El tiempo tenía poca o ninguna importancia. A veces, se sentía como un estremecimiento brusco, espontáneo y parecía que iba a ocurrir algo, pero luego, resultaba ser una falsa alarma. A lo más, se trataba de una discusión porque alguna mujer se abrió paso a codazos y a empujones y pretendía ocupar las primeras filas sin derecho alguno, o porque un chiquillo se revolvía demasiado entre las personas mayores, en sus escaramuzas. Los vecinos vestían las ropas de los días de trabajo; las mujeres, batas descoloridas de percal, debajo de las cuales se adivinaban sus desnudeces, sus cuerpos ágiles o perezosos, las alegrías o las tristezas de este mundo. Los hombres llevaban monos azules o ropas viejas de cuando fueron militares. Todos tenían una mirada vaga, inconcreta. No demostraban desesperación, ni verdadera inquietud, ni siquiera curiosidad. Se diría que esperaban para una fiesta que les fuera ajena, para un desfile o para una procesión, para algo que les incumbiera bien poco. Había un indefinible, un vago olor, como a ropa vieja, a humo, a sudor, a humanidad. La atmósfera se hacía sofocante. Porque, en realidad, se iba poca gente; eran los menos

quienes lograban salir de allí, quienes lo intentaban siquiera. Se sentían como sujetos a la calluja, como si debieran aguantar la prueba hasta el fin. Unos pocos hasta deseaban que llegaran los de la piqueta y los guardias, para marcharse, para salir andando y regresar satisfechos a sus casas. Pensaban que de no ocurrir lo que esperaban aquella mañana, no tendrían nada que contar o nada grave y lacerante que sufrir, ninguna historia nueva, a través de la cual odiar lo que venían odiando desde hacía tantos años. Muy pocos deseaban de verdad participar milagrosamente en algo que tuviera importancia.

Todo el paisaje diríase estar estancado y quieto desde hacía mucho tiempo. La gente parecía haber empequeñecido bajo el peso de la luz, de la lámina pesada del cielo, haberse achicado, disminuido, conforme avanzaba el calor del día, el calor de la estación. Todos, tan superficialmente, tan falsamente juntos, parecían seres insignificantes con los que podría jugar cualquier acontecimiento, seres sujetos a una maldición, a la profecía de un fraile. Lo que extrañaba, de veras, era no descubrir ninguna pareja de enamorados; pero, por otro lado, no debía ser esto tan raro, tan significativo, pues, como día de trabajo que era, no había lugar para el amor. En aquel barrio sólo solían verse novios los días festivos. Nadie sostenía tampoco, en boca de la calle, una conversación sobre cosa concreta, aunque hubiera sido intrascendente, sobre fútbol o sobre lo que fuere.

Una mujer de las filas de atrás preguntó que si habían llegado ya los de las piquetas. Una muchacha morena replicó, dijo que no era que se retrasaran, que esa gente no fallaba. Otra se puso a discutir con un hombrecillo que era maestro fontanero, porque él no dejaba las manos quietas e intentaba aprovecharse de las apreturas. El hombre se esforzaba para demostrar que aquello era un mal entendido o una calumnia; lo decía más con los gestos, con la simulada inocencia de su rostro, con las manos, con los mohines, que con las palabras. Pero, por cómo miraban las mujeres de alrededor, por la cara de sorna de las vecinas, la gente no creía en la inocencia del viejo. Pasaba que las vecinas, los curiosos, los desesperados, necesitaban hacer su mundo, un pequeño mundo para aquella mañana, en esa cárcel. Arrastraban sus chanzas, sus bromas absurdas, su ir y venir, como arrastraban los pies y pisoteaban la tierra de la calleja. Mejor era esto que dejar vagar sus miradas, sus ojos errantes, por la explanada, donde entraba y salía consumiendo el tiempo la familia de la chabola que iban a derruir, la mujer, los chiquillos y la muchachita rubia, que eran de un pueblo de Jaén. No hablaban palabra los vecinos de la tragedia que se avecinaba, que presentían. Tenían como un miedo oculto a que los situados más cerca, la mujeruca que les tropezaba con el codo o con el vientre, descubriera lo que de cierto deseaban, la actitud que iban a tomar o que hubieran tomado de buena gana, cuando llegasen los de la piqueta. Por eso no hablaban, tenían las miradas perdidas o comentaban con frases intrascendentes, vanas,

grotescas. Parecía, sobre todo, eso: una sorda, indiferente y grotesca multitud. Y se preocupaban más del fontanero, del vejete que no se conformaba con ver pasados sus años mozos, que del verdadero porqué de las cosas. Querían, mejor, chancearse de ese pobre hombre, que razonar o que sentir. Se empequeñecían más y más, hasta doblar sus rodillas. Una viejecita pensó que, luego, se iría a rezar a la iglesia para ver de arreglar todos los tristes problemas a los de la chabola. La iglesia nueva estaba en el barrio de San Fermín y tenía un corte muy moderno, era un templo luminoso y tranquilo, pequeño, aunque más grande y hasta más lujoso que todas las casuchas de los alrededores, desde Villaverde hasta Usera. Y la gente no podía ocuparse de sus cosas de otra manera, si no era como la viejecilla.

Fue de pronto. Se estremeció toda la multitud. El hecho se produjo después de que muchos empezaran ya a sentir la esperanza o cuando otros se desesperaban porque no ocurría nada insólito. Se oyó un murmullo en la primera fila de curiosos.

PRIMERA PARTE

I

Por lo que ya es el centro de Madrid, por Lavapiés, el calor ha llegado pronto. La plaza es un pozo donde cae el sol. La gente se asoma desde los portales oscuros y no se decide a cruzar. Sólo de tarde en tarde los grupos de viajeros que salen de la boca del metro se deshacen por las calles en sombra, por las cuestas donde los perros se tienden para sestear y los chicos juegan despacio esperando la atardecida.

—Sábado, sabadete... —dijo Antonio.

—Mañana iremos a ese bailongo de Orcasitas a ver qué tal se da —dijo Luis. Sintió que tenía caliente el pelo de la cabeza y echó a correr, saltando escaleras abajo.

—Adiós.

—Adiós.

Las chicas aguardaban para bailar arrimadas a la pared de ladrillos, al aire libre, recibiendo el último sol en la cara. Los arenales se teñían de un color bermejo. A lo lejos, se veía un trozo de la vía férrea que sale de la estación de Delicias. A la puerta del merendero habían puesto mesas y sillas.

Maruja estaba allí, esperando también ella a que cualquier chico la sacase a bailar. Era una muchacha delgadilla y muy rubia, con las pestañas casi blancas, que tenía dieciséis años. Notó una especie de vergüenza, de timidez. Pensó que era muy menuda de cuerpo y que apenas tenía pechos. Miró, de perfil, a la fila de muchachas, por si acaso conocía a alguna. La música sonaba encima, desde el altavoz, y se marchaba por el campo adelante, hasta los garbanzales lejanos, las espigas de cebada, las suaves lomas. Al extremo del grupo de casuchas, delante de la última chabola, se veía un huertecillo de cuatro o seis metros, un árbol y dos girasoles amarillos, sus dos flores grandes, caídas y mustias. Bajaban las casas por las cuestas: parecían piedras rodadas, arrastradas al llano. Había una mezcla de pueblo y de campo, de solares y de vertederos. Al otro lado estaba el barrio que llamaban de «los cinco minutos». En las lomas se teñían de rojo las casas. Al final de la senda de arena un hombre iba montado en un burro.

Calló la música y todas las muchachas quedaron un rato mudas, esperando; pero no la sacaron a bailar. Había un corrillo, debajo del altavoz. Un poco más acá, vio a

una chica morena que conocía de la fuente, de cuando iban por agua. Maruja se acercó.

—Hace mucho que no te veía —dijo la otra.

—Sí.

—¿Trabajas ahora?

—No.

—Yo sí que trabajo. Estoy en una fábrica de bombillas.

El sol estaba tan bajo, que les molestaba en los ojos. Pero, de vez en vez, las parejas, según bailaban se ponían delante y tapaban a las chicas con sus sombras.

Maruja y la otra siguieron pendientes del baile. Esperaban a la siguiente pieza. Por donde terminaba la explanada del merendero, los vencejos volaban rozando el suelo.

Se acercaron dos chicos. El que estaba frente a Maruja tenía la cara flaca y el pelo algo rizado.

—¿Quieres bailar?

Maruja torció la cabeza para mirar a la otra muchacha que también estaba dudando.

—¿Bailamos con ellos? —preguntó Maruja.

La chica morena siguió, por un instante, observando al que la requería.

—Venga —dijo el chico, para animarlas.

La muchacha arrugó el ceño, agrió la voz, dirigiéndose a Maruja.

—Se creen que tiene una que bailar con el primero que llegue —dijo.

Maruja miró al del pelo rizado.

—No, no quiero bailar.

Se apercibió de que él tenía un gesto simpático y una pequeña cicatriz debajo de la mejilla izquierda.

Los chicos regresaron sobre sus propios pasos. Se volvieron varias veces para mirar y, luego, se fueron buscando pareja hacia el grupo que había cerca del altavoz.

—No me acuerdo cómo te llamas.

—Juana.

Era poco mayor que Maruja. Tenía el pelo lacio y el rostro aceitunado.

—¿Dónde vives?

—En la cuesta. Hemos hecho la casa hace poco.

—Dicen que van a tirar las chabolas que han levantado las últimas.

—No sé.

Callaron un rato.

—Van a venir unos que conozco, son unos chicos muy rumbosos —dijo Juana.

Seguían recostadas en el muro. Se amorataban los cerros por el lado de Vallecas. En un alto, por el horizonte que iba a tapar el sol, dos chiquillos trataban de poner en

el aire una cometa. Algunas de las muchachas solas que esperaban para bailar movían sus cuerpos a los compases de la música. Seguían un momento el ritmo y, luego, se echaban a reír. Se gastaban bromas. Corría un poco de viento.

—¿Cuándo van a venir esos chicos?

—No sé. A las siete, creo.

—Ya da la sombra en la tapia —dijo Maruja.

—Los del pueblo siempre os guiáis por el sol.

Pasaron cerca, con otras, los chicos que las habían sacado a bailar. Se miraron. El del pelo rizado le hizo burla a Maruja, por encima del hombro de su pareja.

—Tú eres de la tierra del *ronquío*, pero no se te nota mucho el habla —dijo Juana—. Pareces muy pequeña.

Maruja calló. Se tiró de la blusa que se le salía de entre la falda. Se sentía todavía pequeña. Pensó que no sabía qué música era la que estaban tocando, se parecía al *fox*, pero resultaba distinta. Tampoco las sacaron a bailar. Se extendía cada vez más el color morado de los cerros. Desde la puerta del merendero, la gente que estaba sentada alrededor de las mesas miraba tranquilamente a los del baile.

—¿Qué hora es? —dijo Maruja.

—No sé. Ya vienen por ahí los chicos que te he dicho.

Eran tres muchachos mayores, muy atildados. Maruja pensó que tal vez fueran *chupatintas*, *señoritos* o algo así.

Juana se había adelantado para saludarles. Estaba muy contenta.

—¿Qué hay? —dijo el que parecía mayor y más serio, que tendría como treinta años.

Juana, sin decir nada, se había dejado coger del brazo por otro de los hombres, que tenía la cara con granos y un gesto desenfadado y cínico.

—Ya ves, López —dijo la chica, arrastrando mucho la zeta, dirigiéndose al que había hablado primero.

—¿Quién es esa?

—Es una que vive por aquí.

Se acercaron todos, tres pasos, al muro de ladrillos, para dejar sitio a los que bailaban, porque había vuelto a sonar la música del *picú*. Maruja esperaba, nerviosamente. Tenía un poco baja la cabeza y sentía mucha inquietud.

El que se llamaba López dijo:

—Bueno... bailaré con tu amiga.

Maruja le observó. Era muy alto y guiñaba los ojos sin darse cuenta. Vestía un traje azul marino. Maruja se dejó abrazar por la cintura. Notó que a él le sudaban las manos. El gramófono tocaba un *fox* lento. Había muchas parejas en el baile y el polvo que se levantaba de la tierra se mezclaba con la grisura del atardecer.

Se dio cuenta Maruja de que Juana bailaba con el de los granos en la cara. Oyó al

tercero de los hombres que decía:

—Os espero dentro del merendero, aquí no hay más que *morralla*.

Se encendieron las bombillas que colgaban de los postes de madera. Todavía daban una luz pálida, aunque poco a poco, por momentos, se percibía más intensa. El campo se llenaba de extrañas sombras.

Llevaban así dos piezas seguidas.

—Debías haberte puesto tacones, quedaríamos más iguales —dijo el de azul marino. Se rio. Tenía una risa especial, forzada, parecía que quisiera imitar el gesto de otro, del que iba con Juana.

El hombre procuraba abrazarla más fuertemente. A Maruja le daba vergüenza. Hizo por separarse un poco.

—¿Qué te pasa? No termino de apañarme contigo —dijo López.

—Bailo muy mal.

—Vaya, si quieres vamos a tomar algo al merendero.

—No, déjelo —dijo Maruja. Se dio cuenta de que le había llamado de usted. Se sentía nerviosa, muy agitada y llena de timidez; le dolía la cabeza.

—Hala, vente. Está dentro tu amiga con los otros. Luego, a ver si te animas un poco más.

—Bueno.

A la puerta, sentada a una de las mesas, había una familia: dos chicos pequeños que a cada instante se levantaban para corretear, la mujer con un crío en brazos al que daba la teta; el hombre pendiente más que nada de las jovencitas, de las parejas del baile.

Entraba y salía la gente, sobre todo los muchachos solos. La parte interior del merendero era una gran taberna, un mostrador largo y dos o tres mesas. El local estaba lleno de humo y de olor. Olor a vinagre. Se veía una masa de humo en el haz que formaba la luz a la salida. Era domingo y de seguro que el dueño del merendero hacía su agosto a cuenta de los del baile. Alrededor de las mesas de dentro había algunos hombres despreocupados de lo que les rodeaba. Tenían sobre la mesa una botella de vino blanco, amarillo, con el tapón atravesado por una caña, y se la pasaban calmosamente, de uno a otro; debían ser los parroquianos habituales, vestían mal, casi todos llevaban camisas caquis que habían sido del ejército o monos recosidos, llenos de piezas. Un hombre, de los que estaban sentados, abrió las piernas y escupió en el suelo. En el mostrador se acoplaban los muchachos y algunas chicas. Había mucho griterío.

—A ver si nos animamos después de unos tragos —dijo López.

Maruja sintió que la tocaban en la espalda. Juana se había recostado sobre su hombro. Le hablaba, señalando todo alrededor, con la lengua torcida en la boca, empujándose el carrillo por dentro, como hacen algunos castizos de Madrid.

—Chica, de seguro que no te habrás visto en otra.

Maruja no respondió nada. Notaba una gran soledad.

Juana, entonces, se volvió al que la acompañaba. Se cogieron las manos, como dos novios.

Maruja se bebió de un trago lo que había en su vaso. Era un vermut espeso que sabía a canela y zarzaparrilla. Le supo mal. Fuera, había caído la noche, parecía que se hubiera abierto de golpe por el campo. Por la puerta entraba un vientecillo fresco. La música del *picú* seguía sonando y las parejas bailaban; algunas se habían aproximado más a la puerta, pero la mayor parte se escondían en la oscuridad o se abrazaban a la débil luz de las bombillas eléctricas colgadas de los postes. Maruja se volvió varias veces, para mirar a través de la puerta. El gramófono estaba ronco.

—¿Quieres que salgamos ya? —dijo el hombre. La miró en el pecho, estuvo mirándola mientras se lo preguntaba.

—No, quiero salir yo sola —dijo Maruja.

Juana se volvió.

—¿Quiere salir a orinar? —dijo sin darle mayor importancia.

Los hombres rieron. López, el del traje azul marino, se llevó las manos a la boca para contener una carcajada.

—¡Qué leñe de chica! —dijo el que tenía la cara llena de granos.

Maruja notaba que estaban pendientes de ella. Le parecía que todos los gritos y todos los rostros de las personas, hasta las más alejadas, no podían ocuparse de otra cosa si no era de ella. Sentía desasosiego y angustia. No paraba de moverse. Uno de los hombres que parecían parroquianos habituales acercó la botella de la caña por delante de Maruja.

—Llénanosla otra vez de blanco —dijo, dirigiéndose al dependiente. Al acercarse le echó a la muchacha el aliento de vino.

—Sí, voy a salir —dijo Maruja en voz baja. Se encaminó hacia la puerta, aprovechando el momento en que López y los otros miraban al hombre medio borracho que se había inclinado sobre el mostrador.

Cuando salía la muchacha, todavía quedaban todos medio riendo.

—Vuelve en seguida, en cuanto acabes —gritó el que tenía granos.

Se asomaron, con la cara de broma, a la puerta. López el último.

Una luz amarillenta se derramaba alrededor de los postes. Largas sombras se movían por el suelo y luego se perdían en la oscuridad. Maruja oyó, a ras de tierra, las pisadas de los que bailaban, el arrastrar de los pasos. No miró nada; sólo sentía la música ronca, jadeante, del *picú*; y veía, como a través de un cristal con gotas, la noche que se espesaba a lo lejos. Por las lomas, parpadeaban las luces de algunas casuchas, los candiles; dos o tres chabolas no tenían luz eléctrica. Estaba triste y tiraban de ella muchos temores, miedos ocultos. Sintió un escalofrío. Delante, se

extendía el llano, la hondonada del cebadal, que se movía y rumoreaba con el poco viento. Había como un gran pozo entre las lomas y las casuchas. A la espalda, hacia la terminación del barrio de Usera, se alzaba un cerro más alto y sobre él una pared manchada de negro.

Maruja miró atrás, por si venía alguien. La sangre le latía muy deprisa.

—Oye, oye.

A pesar de la oscuridad, se dio cuenta de quién la seguía: era aquel chico de pelo rizado que había pretendido sacarla a bailar.

Se detuvo.

—¿Qué?

Fue en la confluencia de la senda que ya entraba por el sembrado. La luna empezaba a salir, pacíficamente; llenaba el campo de luz. El pitido de un tren se oyó muy cerca, como detrás de la pátina uniforme que ponía la luna, en algún lugar invisible. Desde allí no se veía la vía del ferrocarril.

—¿Dónde vas tan deprisa? Te he visto salir corriendo y me he dicho: ¿dónde va ésta tan deprisa?

Se quedó callada, pero le alegró oír la voz del muchacho. No se detuvo, aunque acortó el paso. Iban más despacio.

—¿Vives por aquí cerca? —añadió el chico, a la par que seguía andando detrás de Maruja.

—Sí. Se me hace tarde para llegar a mi casa.

—¿Dónde?

—Ahí arriba, cerca de la fuente, cerca de la taberna que llaman «Los Rosales».

—No sé. Hay muchas tabernas por aquí.

—Sí.

—Es lo que digo, de Orcasitas a Usera, sólo hay una fuente, pero lo que es vino...

—Sí —dijo Maruja. Sonrió. Le miró de reojo, conforme seguían andando. Tiró por el camino más largo.

—¿Esta es la cuesta que sube hasta la fuente?

—Claro. ¿No vives por aquí?

—Vivo en Madrid, por Lavapiés. Vengo porque mi amigo vive en los Almendrales, trabajamos juntos. ¿Vienes tú mucho a este baile?

—No, no pienso volver.

—¿Por qué?

—No me gusta. No quiero volver —dijo Maruja.

El muchacho se quedó un momento callado. Todavía llegaba, de tarde en tarde, con las rachas de viento, la lejana música del merendero. Los campos de arena, bajo la luna, volvían a mostrar sus lomas, las filas de casas formando posibles calles y las sendas blancas entre los antiguos sembrados.

—Yo iba a venir el domingo, por si te veía, se lo había dicho a mi amigo.

Se oían las pisadas de ellos dos y el aleteo de los grillos. Discurrían por el cielo unas nubes redondas. Maruja volvió a mirar al chico, de reojo. Por la senda vieron pasar un chico en bicicleta, el farolillo de la luz.

—Algunos domingos voy a *la parada*, donde era antes el final del tranvía, voy con mis hermanos a comprarles un dulce en la pastelería.

—¿A qué hora sueles ir?

—Igual me da. A las siete.

—¿Irás este domingo?

—Sí, iré —dijo. Notó que le venía un calor a la cara. Se volvió, pero el chico no la miraba—. ¿Sabes dónde es?

—Sí, ahora va el tranvía mucho más lejos, están haciendo muchas casas de los Sindicatos por ahí.

La cuesta subía camino de la fuente. En el suelo se notaban las marcas de los carros que dejaron su cicatriz sobre la tierra húmeda el pasado invierno. Por aquel lado apenas había casas, sólo campos de arena, cerro tras cerro. Ahora andaban por una senda, entre unos blanquecinos vertederos manchados de escombros, de trozos de yeso. Un perro hociqueaba en el suelo.

—¿Cómo te llamas tú?

—Maruja. ¿Y tú?

—Luis.

Detrás del primer desmonte había cuatro o cinco casas solitarias; formaban una posible calle. Maruja se detuvo y miró a lo alto.

—Aquí es.

El muchacho y la chica se miraron. Estuvieron un rato parados, quietos, con las cabezas levantadas. A Maruja le daba vergüenza pensar que el muchacho supiese dónde vivía ella.

—Hizo mi padre la casa hace poco, cuando vinimos del pueblo —dijo.

—Ya.

Luego, el chico dijo:

—Te esperaré el domingo a las siete en *la parada*.

—Bueno —dijo Maruja.

Maruja se volvió, por dos veces, para mirarle desde la loma, angustiada por la carrera, ahogándose. Parecía hasta más pequeña, subiendo la cuesta, con la espalda doblada y el pelo atado a la nuca.

Maruja se quedó parada en lo alto. Sentía como una desazón.

Era una casita de un solo piso, con el tejado de un agua, hecho de tejas planas. Por la puerta entornada se novia una cortina de colores.

Por la noche, toda la plaza está llena de gente. En el tiempo bueno, los vecinos se

acomodan en sillas y banquetas, a la puerta de sus casas y los parroquianos salen de las tabernas —también hay muchas tabernas— con los vasos de vino en las manos. Junto a la boca del metro, las mujeres que venden tabaco vocean más fuerte. Los novios se sientan en los bordillos de las aceras, cogidos de las manos. Los chiquillos corretean de aquí para allá. Los cristales de los faroles se cubren de una capa de polvo. Todo vibra, se agita; sobre todo, el olor, los olores y el humo de las gallinejerías, de las tahonas que huelen como el incendio de un bosque. Los coches no se atreven a cruzar entre la gente, dan la vuelta por otra calle. Hasta los pequeños murciélagos parecen asustarse y buscan espacio entre los rincones más oscuros y olvidados, en los patios y sobre los tejados; ese otro mundo, otra ciudad, la de los tejados, la de las bombillas en equilibrios extraños.

En la plaza siempre parece que fuera a ocurrir algo, pero así lleva muchos años, sabe Dios hasta cuándo.

El domingo por la noche, Luis subió contento las escaleras del metro.

II

El hombre que no había encontrado pareja y López se quedaron solos. En el merendero, dentro, se veía menos gente. Se había apagado el bullicio de por la tarde. Las conversaciones eran poco frecuentes, sonaban más roncas y desganas. Se oía el golpear de los vasos. Serían más de las diez y media.

En el grupo de los parroquianos habituales un hombrecillo pelirrojo se puso a cantar seguidillas, por lo bajo, a hacerse palmas. No se le entendía. Apenas le salían las coplas de la boca.

—Lo que no comprendo es cómo se os ocurre siquiera venir por aquí.

—Ya ves —dijo López, aburrido.

—No os comprendo, ni a ti ni a Jesús; él al menos está ahí fuera dándose la fiesta con esa de la fábrica, pero tú...

—Cada uno sabe sus cosas.

López se asomó a la puerta. Se puso a mirar las largas sombras que hacían las parejas en el suelo, a sentir aquella especie de misterio y ahogo que venía de la música, del calor del campo de arena. A veces casi callaba el altavoz y sólo se oía un arrastrar de pasos. Por el otro lado, cruzaba la vía del tren, delante de unos cerros descarnados; en lo alto se veían las luces de unas casillas, al comienzo del barrio de

las Carolinas o del de San Fermín. Había mosquitos.

Mató uno, de un palmetazo sobre la frente.

—La pequeña seguro que no vuelve ya, y a Jesús y a la otra no los veo por ninguna parte.

Era un chico delgado. Tenía mala cara, como de enfermo del estómago, aunque parecía unos años más joven que el otro. Hizo intención de asomarse fuera y, luego, de sentarse en cualquier sitio. Sacó la cartera y le largó tres billetes de cinco pesetas al dependiente que había detrás del mostrador.

—Estate quieto, Hernando, te hemos traído nosotros.

—Bueno, no vas a pagar tú siempre. Todavía Jesús, que es técnico en la Reglamentación... Esto es barato.

Sonrió. Dejó dos pesetas de la vuelta y cogió una. Oyeron, detrás, las «gracias» del dependiente. Se asomaron los dos hombres al *descampao*.

Todavía hacía calor. Las bombillas eléctricas arrojaban una luz amarillenta que se mezclaba con la claridad de la luna y que parecía niebla o humo.

—Sí, vámonos, allá se entienda ése.

—Menos mal —dijo Hernando. Escupió en el suelo—. Cada vez me da más asco el vino y me siento peor, no sé ni para qué bebo.

En este momento llegaba Jesús, solo. Se dieron de cara con él.

—Creíamos que no volvías.

—Si nos hubiéramos traído las motos... —miró a Hernando— claro, tú no tienes.

—Voy a ver si me compro una «Vespa» a plazos.

—Ya.

Echaron a andar por la ancha explanada, en una dirección que suponían perpendicular al camino. Cerca, surgía un confuso grupo de casuchas con las ventanas encendidas. Atravesaron un prado, un espacio lleno que llamaban el Prao del Hongo, el Praolongo. Había un olor denso, sofocante. Pasaba un regato de agua sucia, la presencia espesa del agua, del lodazal.

—Cuando lleguemos a la calle Usera cogeremos un taxi —dijo Jesús.

—¿Sabes bien el camino? —preguntó Hernando.

—Estuve aquí hace dos domingos —dijo el otro—. Además, este es perro viejo.

Hernando iba a su lado, pero un poco detrás, apretando el paso, echando un trotecillo de vez en cuando. De una casa que había a la izquierda salía el llanto de un niño y la voz de una mujer que estaba cantándole. La luna ponía su luz quieta y pacífica sobre el llano, sobre el agua podrida del arroyo. Estaba medio seco. Anduvieron hasta encontrar un puentecillo. Luego, todo el campo era igual, subía en leve pendiente hasta los cerros.

—No veo nada. Esto está como boca de lobo —dijo Hernando.

—Hay luna. No protestes más. En seguida llegaremos a la carretera —dijo Jesús.

Calló un rato y, después, añadió, mirando a López—: Era mona esa rubita, ¿no te parece?

—Sí.

Hernando miró también a López, de refilón.

—Bueno, no conozco a su mujer, pero me figuro que si se enterara de que este anda por aquí... Seguro que preferiría que se echara una querida de verdad.

—¡Bah! Me recuerdas a los tipos que responden a las encuestas que hacen los periódicos sobre el matrimonio. ¡No sé por qué! —dijo Jesús.

—¿Por qué se casó, entonces?, digo yo.

—Caramba ¿por qué eres tú delineante? —dijo Jesús.

A Hernando se le había desatado el cordón del zapato. Siguió unos pasos andando detrás de sus amigos, con cuidado. Pensó continuar hasta el final, pero al momento se agachó.

—Espera —dijo—. Soy delineante porque de algo hay que comer —añadió desde el suelo.

López tenía las manos metidas en el bolsillo del pantalón, estaba dos pasos más allá. Tenía un aire aburrido. Y no decía nada. Jesús se echó a reír.

—Este Hernando tiene la misma cara que un fulano de esos de las encuestas.

—Al menos tengo buena intención —dijo Hernando de mal humor.

Jesús le cogió del brazo según el otro se ponía de pie.

—No te enfades, hombre.

—No me enfado, pero el domingo que viene no contéis conmigo.

—Pregúntale a López y verás si le gustaría convencer a esa rubita —dijo Jesús.

—Sí que me gustaría —intervino el aludido con voz de broma—. Era lo que iba a sacar en claro.

Lo dijo, pero sintió como si se le agriara el humor, cuando llegó a lo alto de la senda donde empezaban las calles y miró, atrás, al campo. Notaba mucho aburrimiento aunque se pasaba el domingo tan deprisa. No quería pensar que al día siguiente había de volver a la fábrica. Trabajaba también de delineante como Hernando: estaba a las órdenes de Jesús.

—Vaya puñeta, mañana lunes —murmuró.

Iba el taxi por la cuesta abajo, hacia el río Manzanares. Las casas de los lados eran más altas, cada vez menos pobres. La luna ponía blancas las azoteas.

Había algunos comercios, mitad bares, mitad tabernas, con los rótulos iluminados por la luz fluorescente, rayas rojas, verdes y azules. Se metían por los ojos. Se veían gentes endomingadas y familias que regresaban de pasar un día en el campo, hombres y mujeres cargados de chiquillos, de hatos, de extrañas cosas.

Hernando pensaba que no tenía bastante dinero para pagar el recorrido del coche, que lo pagaría Jesús. Se entretenía mirando cómo saltaban los números, del contador.

El chófer se puso la gorra, cuando se acercaban a Madrid. Miró por si acaso le había descubierto el guardia que había en la esquina de Legazpi y le ponía multa.

—Seguro que me tomas por un cínico por lo que te he dicho, pero yo sé dónde nos aprieta el zapato —dijo Jesús.

López intervino, volvió los ojos desde la ventanilla.

—Lo que pasa es que la vida está hecha un lío —dijo.

—Hace falta que una *gachí* te guste, su cuerpo lo primero, que os acopléis el uno al otro —continuó Jesús.

—Como tú con esa Juana, ¿no? —dijo Hernando.

A Jesús le pasó por los ojos una viva luz de rabia.

—A lo mejor... —dijo—. Si te parece voy a pasarme a dieta, de vigilia.

—No, si haces bien —dijo Hernando.

—Nos ha *fastidiao*. No lo hagas así y verás, te vas a morir lo mismo —dijo Jesús.

—Pero este... —dijo Hernando.

—Déjame en paz ya —dijo López molesto—. Lo que pasa es que toda la vida está hecha un lío, ya te lo he dicho.

Hernando le miró. Tenía un poco de miedo a tropezar con ellos, sobre todo en la oficina, donde trabajaban juntos. Prefirió continuar la conversación medio en broma. Además, le quemaba el estómago.

—Bueno, no me traeréis aquí a buscar novia —dijo. Y antes que el otro respondiera, añadió—: Me ha dado ardor con el vino; no debía beber una gota, ni probarlo.

Jesús observó el gesto de su amigo tocándose el estómago. Continuó con la conversación, sin hacerle caso:

—Habrás que ver cuando te lées de veras. A no ser que resultes de la raza calé —dijo Jesús riendo—. ¿No te parece? —dijo volviéndose a López.

—Claro.

Hernando sonrió, por compromiso. Movi6 la cabeza de un lado a otro.

—Eres un tío —dijo.

—Si te casas, pregúntamelo a mí —dijo Jesús—. Tengo experiencia en mujeres aunque esté soltero.

—No, si...

—Lo que es que yo sé dónde me aprieta el zapato —repitió Jesús—: donde a ella, ¿entiendes? En el mismo sitio. —Le dio a Hernando en la espalda, medio riendo. Luego se volvió a mirar a López, que seguía distraído, con la cara cansada, vuelta a la ventanilla del coche.

El coche siguió por el paseo de las Delicias. En la parte más alta de la glorieta de Atocha el empedrado estaba lleno de baches. Crujían las ballestas del automóvil. Saltaban a cada trecho, a cada vuelta de las ruedas. Tuvieron que apoyar los brazos en

los asientos.

La gente los miraba, fugazmente, desde las aceras y desde los pasos de peatones. Un cura medio calvo se les quedó mirando. En la puerta del Hotel Nacional unos chicos vendían «Goleada», con los resultados de los partidos de fútbol. Estaba terminando la temporada.

—Habrán pasado hoy calor en Chamartín —dijo Hernando.

—Sí. Podríamos cenar juntos en la tasca...

—Espérame en esa cafetería de la calle de Fuencarral —dijo López—. Bajaré en seguida.

—Me gustaría meter a Hernando en un jaleo con gachís —dijo Jesús—. A ver si se espabilaba.

—Si no fuera por lo que me duele el estómago...

Jesús se echó a reír.

—Te juro que a mí también me hubiera gustado seguir bailando con la chiquilla rubia de López —dijo.

—Sí que eres un tío grande —murmuró Hernando.

López miraba las verjas del Jardín Botánico y las copas oscuras de los grandes árboles.

III

La tierra aparecía seca, con grietas pequeñas, amarillenta por la parte en que daba el sol. Se notaba que venía el verano. Al llegar a los cardos, delante de las chabolas recién blanqueadas, Maruja se cambió la cántara de mano. Tenía la mirada perdida en el campo. Se quedaba con el pensamiento suspendido, sin escuchar nada. Le daba vueltas y más vueltas a lo que había ocurrido el domingo por la tarde con aquel chico.

Su madre le miró desde la puerta, y le gritó:

—Estás como tonta. No sé qué te pasa.

La muchacha siguió, con la cántara vacía, hacia la fuente. El campo brillaba con la mañana de primavera. Era esa mezcla de campo y de pueblo; el *descampao* revuelto de casuchas. Las posibles calles caían en cuevas suaves. Las paredes parecían más rojas o más blancas a la luz del día; algunas enseñaban los agujeros de sus ladrillos huecos, las celdillas, porque no estaban revocadas y parecían panales de miel, colmenas abiertas. Una casa tenía una tela metálica delante de la ventana y los

vecinos habían dejado a un gatillo preso entre el cristal y los alambres. Se oían los maullidos del gato pequeño; lloraba como un niño chico. En la fuente había muchas moscas y las avispas zumbaban alrededor de los charcos y los regueros de agua. Se oía gran algarabía. Una mujer que estaba en el centro del corro de gente que rodeaba el caño, no paraba de hablar.

—¿Qué pasa? —le preguntó Maruja a la última.

—No sé. Dicen que van a tirar las chabolas que han hecho las últimas, que no quieren que venga más gente de los pueblos.

Maruja la miró para ver qué debía contestar. Pensó que la mujer hablaba como las que eran de Madrid. No sabía.

—Mi padre se ha venido aquí para buscar trabajo, en el pueblo sólo se trabaja cuando la recolección, por la aceituna —dijo Maruja.

—Algunos dicen que los de los pueblos habéis *llegao* a comernos el pan —dijo la mujer. Era alta, huesuda y estaba despeinada.

Maruja calló. Estuvo esperando su turno. Se puso a pensar en el próximo domingo, en el chico que tenía la cicatriz debajo de la mejilla. Se sentó en el suelo, en un espacio que estaba seco, junto a la cántara vacía.

Por el cielo venían las nubes manchadas de luz. Corrían por el azul firmamento de la primavera. Se fue la muchacha cambiando de sitio, conforme avanzaba la fila de mujeres. Tres chicos pequeños se pusieron a jugar en el barro, con los pies descalzos en el agua. En el corrillo que había en torno a la fuente, las vecinas seguían conversando. Pasaron unos hombres con espuelas en la mano y le dijeron algo a una mujer gruesa que estaba en cuclillas enseñando los muslos.

—Callaros, *desgraciaos*, los hombres no valéis ahora para un pimiento.

—Ven conmigo y verás —dijo, riendo, uno de los hombres, el que parecía más joven, que llevaba desabrochada la camisa y se le hinchaba con el poco de viento.

Los chicos construían una presa con arena. Uno empezó a perseguir a una avispa con un palo.

—Quita —le dijo al chiquillo la mujer que iba delante de Maruja. Se volvió a la muchacha.

—¿Son hermanos tuyos?

—No —respondió.

Había visto a sus hermanos por el otro lado del corro.

—¡Ah! —dijo la mujer levantando la cabeza. Luego, se puso a relatar por lo bajo.

Cuando le llegó el turno, Maruja llenó la cántara hasta el borde y se marchó. Le chorreaba el agua por los brazos. El griterío de la fuente fue decreciendo, hasta esfumarse del todo. De nuevo, cruzó Maruja el trecho de campo y subió la cuesta hasta su casa, detrás de los vertederos blancos de yeso. Se paró para descansar, un par de veces. La luz le hacía daño en los ojos.

—¿Has oído algo en la fuente?

—Dicen que van a tirar las chabolas que hemos hecho las últimas.

—Ayer vino Antonio el de «Los Rosales» con el cuento.

—A mí me lo dijo esa Juana que vive donde la fragua; pero no le hice caso.

Se pusieron a trajinar en la casa. Maruja puso un barreño en el suelo y metió dentro la tabla de lavar. Se colocó a la puerta. Arrodillada en la tierra, fue metiendo la ropa de los chicos. Le daba el sol por la espalda. Se le notaban las nalgas flacas. La madre estaba dentro, junto al fogón, que era una hornilleja de carbón de encina. Saltaban las chispas desde el carbón recién encendido. La mujer se puso a hacer aire con un soplillo de esparto.

—Si tiran alguna, no va a ser la nuestra, ¿no crees? —dijo Maruja, en voz alta, para que su madre pudiera oírla desde adentro.

La madre calló.

Maruja descansaba a ratos y, después se pasaba unos minutos restregando la ropa y el jabón contra la tabla. Se formaba una espuma negra.

Hablaban siempre en voz alta. Maruja apenas distinguía a su madre, en la sombra, al fondo de la casucha. Era muy fuerte el contraste que hacía la luz.

—Tengo ya ganas de que vayan los chicos al colegio —dijo la madre.

—Apunta a Andrés el año que viene. Cuando estemos solas, yo podría colocarme en algo.

—Claro.

Por el cielo del campo había pasado un avión. La muchacha se puso en pie para mirar. Había dejado el aeroplano en el aire una raya blanca de humo. El sol estaba ya muy alto en el azul completamente limpio y espléndido.

Se oyeron los gritos de los chicos a lo lejos. Estaban subidos en dos piedras grandes que había sobre el cerro. Se veía asomar las piedras en lo alto de la loma, sobre una meseta que formaba arriba.

La madre se acercó a la puerta.

—Estoy cansada —dijo Maruja a media voz. Se quedó un rato con los brazos en jarras, para estirar la espalda.

—Anda, llama a tus hermanos, que vengan a comer —dijo la madre.

La chica siguió con la espalda arqueada.

Anduvo, en una breve carrera, hasta el *descampao*, por delante de la loma, por el viento que le enfriaba el sudor. Se oían las primeras chicharras. Cuesta arriba venían los chicos.

—¡Andrés! ¡Nenes!

Andrés era el mayor, tenía seis años. Se acercaron los dos hermanos; traían varas en la mano y gritaban sus juegos. La muchacha les esperó un rato hasta que se aproximaron lo bastante. Después, se volvió hacia la casa andando despacio. Los

chicos seguían sus pasos, de lejos, picoteando la tierra con los palos.

—No hago más que pensar en eso de que van a echar abajo las chabolas —dijo la madre.

Maruja volvió a hincarse de rodillas en el suelo, junto al barreño. Lo trajo un poco para dentro, donde hacía sombra. Delante caía un sol quieto que lo abrasaba todo y se pegaba en el suelo. No parecía que era primavera.

Maruja pensó en el chico del domingo. Por el final del llano pasaban unos guardias civiles; les brillaban los correaes. Se oyeron las voces de los chicos y por detrás de la espalda de Maruja aparecieron sus cabezas rapadas y pequeñas. Entraron armando ruido en la casa.

El padre llegó al oscurecer, como siempre. Se llamaba Andrés y era un hombre alto, con el pelo medio rubio, medio cano; venía a grandes zancadas por el campo. Tenía los brazos muy largos y podía pensarse que con muy poco esfuerzo cogería las cosas del suelo. No era andaluz; había nacido en un pueblo de la provincia de Cáceres.

Se oyeron sus pasos. La silueta de Andrés rompió la luz del candil que había a la entrada. Todavía no habían enganchado la instalación de la luz eléctrica. Al entrar el hombre, se movió aire y tembló el candil.

Dejó Andrés la tartera vacía sobre la mesa y tomó asiento en la primera silla que encontró a mano. Se notaba cansado.

—¿Hay algo de nuevo? —preguntó.

—Qué va a haber —dijo la mujer. Luego, añadió—: la chica ha oído también eso del derribo, en la fuente estaban diciéndolo.

Los chicos gritaron desde dentro.

—Hola, padre, hola *papa*.

Maruja estaba también en el interior de la casa. Vio a su padre a través de la cortina que separaba el dormitorio del cuarto de la entrada. Se había puesto a desnudar a su hermano pequeño, en el espacio abovedado donde los chicos tenían la cama. Quedaba como un túnel de sombra. No llegaba desde allí la luz del candil. Lo más que aparecía iluminado era aquella habitación grande y larga de la entrada donde, además, estaba la cocina. Andrés se volvió, cuando los chicos comenzaron a gritar.

—¿Estáis ya *acostaos*, buenas piezas? —dijo.

Los chicos gritaron más fuerte, desde dentro. Salieron a darle un beso y regresaron pateando el suelo con sus pies descalzos.

—Hala, dormiros.

Maruja no salió a besarle. Cuando era pequeña solía abrazarse a él y tocarle las manos, tan grandes. Ahora era ya mujer, tenía que serlo. De tarde en tarde se movía la luz del candil, cuando entraba un poco de aire caliente. Cruzado el otro cuarto se

sentía el campo de noche. Pasaban sombras de figuras humanas y se oían gritos lejanos.

Maruja cruzó delante de su padre, por la habitación donde ardía el candil de aceite. Los techos eran tan bajos que podían alcanzarse con la mano. Cuando se asomó a la puerta de la chabola, el campo le pareció más grande. Se apoyó en la fachada blanca de la casa. En el suelo había una gran lata de conservas, con tierra, en la que crecía una mata de geranios. Le gustaba a Maruja quedarse allí. A la luz de la luna, el paisaje le recordaba a los campos grises que había visto en el cine. Sentía algo que la inquietaba, y se ponía a pensar en su pueblo, en antes de que se vinieran a Madrid. Era la hora en que muchos hombres solían regresar a sus casas. Pasaban sombras por el campo, por las vaguadas, entre los vertederos de yeso.

—¿Qué fue lo que dijeron en la fuente? —preguntó el padre, desde dentro. Maruja estaba distraída y no le entendió.

—¿Qué dices?

El padre repitió la pregunta.

—Nada, lo mismo que te ha dicho *mama* —dijo la chica.

—Estás hoy que no sé qué te pasa —dijo la madre.

—Sí, *mama*.

—Acuéstate pronto.

—Sí, *mama*.

«Sí, *mama*». Creía que su madre le había dicho algo otra vez, pero el hombre y la mujer seguían dentro, hablando entre ellos machaconamente de lo del derribo. Maruja miró a la vaguada: pensaba en el chico del domingo.

«Hasta allí llegó», se dijo. Desde hacía unas horas, poco más de un día, descubría las cosas como si las viera de nuevas. Les daba vueltas a sus pensamientos y los engordaba como una bola de nieve. La pareja de los guardias civiles pasó de regreso; irían camino del cuartelillo de Usera. Cantaban grillos. Oyó ruidos de latas en el vertedero y vio, huidiza, la sombra del perro que buscaba algo que comer entre las basuras. Sonaba, lejos, la música de algún aparato de radio. Pensó que en el merendero no había baile; era lunes. Le ahogaba pensar en el baile. Algunas veces, todo se le antojaba como lleno de dificultades, de trabajos. Pensó que para el domingo próximo sólo tenía la blusa que le dieron en la parroquia del pueblo hacía dos años, pero que le valía aún.

IV

Deseaba Luís que pasaran los días. Evitaba entablar conversación con Antonio —su compañero de trabajo— y por la tarde salía un poco más tarde del taller; se hacía el entretenido con cualquier cosa. Andaba solo por las calles, hasta cansarse; llegaba hasta los bulevares de la Ronda de Toledo, detrás de la fábrica de gas; a los solares donde había ido de chico, cuando era alumno del Grupo Escolar. Se reunían, allí, siendo él un niño, una banda de golfillos. Jugaban al fútbol con una pelota de trapo o tomaban asiento en el suelo, junto a la tapia, y se ponían a tirar las tabas o los *güitos*. Cerca vivía el señor Pepe, un cobrador del tranvía, que les echaba puñados de arena cuando se subían a las traseras, y, de cuya hija, Gloria, había estado enamorado Luis con ese silencio y esa torpeza con que suelen enamorarse los niños. Luis se conformaba, por entonces, dando vueltas alrededor del grupo de las muchachas, para coger a Gloria de la mano o por la cintura, aprovechando algún juego. Recordó que al padre de la chica se lo habían llevado preso poco después, y que Gloria se fue a vivir a Segovia.

Los recuerdos le llegaban con tanta claridad que a Luis le extrañaba que hubiese pasado tanto tiempo, lo menos diez años. Le parecía que después de una época oscura, volvía a descubrir las cosas con la misma claridad que cuando era niño.

El martes estaba su tía en casa. Se la encontró casualmente, la vio un rato porque ella había ido a retirar unas cosas al piso de Lavapiés. Realmente, Luis vivía como si estuviese solo, pues su tía era una mujer ya vieja, que trabajaba de criada en casa de un médico del barrio de Salamanca, y pasaba en casa de sus amos los días enteros.

—Oye, ¿no te importa que te entregue menos dinero de aquí en adelante?

—¿Para qué lo necesitas? —dijo la mujer.

Era menuda, de pocas carnes. Tenía unos ojillos penetrantes que se clavaban en las cosas.

—Quiero guardar algo, ¿sabes? —dijo el muchacho.

—Tu padre y tu madre se casaron jóvenes, y ya ves, con la guerra. ¿Es que tienes novia?

—¡Qué va! —dijo Luis.

—Haz lo que quieras, pero los tiempos están bien difíciles.

Luis encendió un cigarro. Antes no fumaba más que cuando se ponía a esperar a una chica en cualquier esquina o si se encontraba charlando con los amigos, en la taberna. La vieja movió la cabeza y se fue.

Por la tarde, Luis sentía, con más fuerza, la necesidad de verse con aquella chica que había conocido el domingo. No tenía ganas de hablar con nadie, por eso eludía a su amigo Antonio; sin embargo, a mediados de semana no tuvo más remedio que enfrentarse con él. Antonio le esperó a la puerta del taller. Había salido un poco antes

y se quedó a esperarle.

—Vaya, tenía ya ganas de tropezarme contigo.

—Me quedo estos días distraído con el trabajo; ya sabes que lo llevamos *ajustao*.

—Sí —dijo. Calló un rato—. Tenía ganas de saber lo que pensabas hacer para el domingo que viene.

—Yo he quedado con esa chica.

—Ya parece que vas a tomártelo en serio.

—No sé, es una chica rara —dijo Luis.

—Me gustan las mujeres de otra manera, con una así a lo mejor vas a liarte en serio.

—Bueno...

—A mí hermano le pasó lo mismo, y ahora está *casao* y con tres chicos —dijo Antonio.

—No será para tanto —dijo Luis.

—Fueron juntos hasta Atocha, donde Antonio cogía el tranvía. Luis se volvió a su casa, más contento, como más tranquilo. Pero sentía vergüenza y pena cuando pensaba que Maruja vivía en una chabola.

Una chiquilla que estaba a la puerta se acercó para darle un beso. Luis la cogió un instante en brazos y le dio una perra. Vinieron otras tres o cuatro chiquillas corriendo. Eran unas niñas flacas, con coletas. Parecían mujeres pequeñas. Siempre que veían a Luis hacían lo mismo.

La tía del muchacho solía decirle que le gustaban mucho los chicos.

—Verás cuando te cases, vas a llenar la casa de mocosos.

Pensó Luis que su tía se lo había repetido muchas veces. Cogió él a la chica de la mano y subió, seguido por todas las otras, los peldaños de la escalera. Habían fregado y la madera era más amarilla. Olía a humedad y a lejía.

Todo ocurría como en tantas ocasiones y, no obstante, Luis notaba que ya era un hombre, como si algo nuevo le dijese que ahora sí era de verdad un hombre y que debía resolver las cosas de otra manera.

En el corredor había unas vecinas tendiendo la ropa. Las sábanas colgaban sobre el vano del patio, que estaba lleno de los rumores de la casa, del ruido de freír y de los chorros de agua.

—Ea, daros la vuelta —les dijo a las chicas. Se puso a repartirles monedas. Las niñas gritaban. Echaron a correr escaleras abajo.

—Estás muy *delgao*, Luis, trabajas mucho —le dijo una de las vecinas que tendía la ropa. Todo el mundo le conocía desde siempre. Se dio Luis cuenta, en ese momento. No podía explicarse por qué se le ocurrían aquellas ideas, aquellos pensamientos. Era como si todo lo viese ahora después de una larga ausencia.

—¿Y el Antonio? —le preguntó un vecino, un muchacho joven, parejo con ellos,

con el que a veces iban al fútbol.

—Se ha ido a su casa. Vive tan *retirao*...

—¿Iréis el domingo a la semifinal?

—No, no pensamos ir.

Vio la cara del otro, como extraña, distinta; unos grandes ojos sin expresión, que no le decían nada. Le parecía un desconocido. Las mujeres que tendían la ropa se habían apartado para dejarles paso. Estaban arrimadas a las barandillas del corredor. La gente que cruzaba por el patio resultaba muy rara vista desde lo alto, muy pequeños, como enanos. Se apoyó Luis en la pared, distraído, sin escuchar apenas lo que hablaba el otro.

—Bueno, a lo mejor no vemos nada interesante, a lo mejor os ahorráis cuatro duros —dijo su vecino.

—Sí.

Se quedaron un momento sin saber qué decir. Luis abrió la puerta y se metió en su casa. Al instante de meter la llave y entrar, tuvo la impresión de que regresaba de un viaje, como le había pasado cuando un año estuvo un verano entero en Zamora y volvió. «Era cuando daban las bolas de pan, cuando hubo tantas hambres». Notaba también mucha soledad. La cama estaba deshecha, en un rincón, igual que la había dejado por la mañana. La chica rubia del almanaque de la pared de enfrente mordía una manzana muy roja. Pensó que el pelo de Maruja era también rubio y los ojos tan azules, el cuerpecillo ágil y gracioso... Imaginó que estaría ya metida en la cama, en aquel campo por el que ladraban perros, de noche, sobre la cuesta que subía al cerro. Todo el cielo encima lleno de estrellas, de ahogo, del aire caliente que venía como a bocanadas, de los grillos cantando como si se quemaran vivos. Estaría desnuda, metida en la cama, revolviendo su cuerpecillo blanco, y el pelo le caería por todos los hombros como a la chica del almanaque. Se acercó despacio hasta la cama, conforme estaba. Se echó sobre el colchón, boca abajo.

—Contra —dijo. Si no debía pensar en ella. Lo dijo en voz alta.

Se puso de pie y se quitó los pantalones.

—Lo que pasa es que al Antonio le gustan las que son mayores, las que se arriman en el baile, pero es una chavala que está bien —añadió.

Se calló, cuando se dio cuenta de que estaba hablando solo. Se figuraba que muy pronto iban a pasarle a ayudante de primera y que ganaría tres pesetas más. Era casi un hombre. «A muchas *tipas* de esas que dice el Antonio habría que verlas cuando estén en cueros. Contra».

Por la radio de la vecina de al lado, un señor, muy seriamente, opinaba sobre el partido de la Copa que iba a jugarse en el *stadium* el próximo domingo. Decían muchas historias, pero a Luis le daba igual quien ganase.

En la taberna más cercana a la parada del tranvía un hombre tocaba la guitarra.

Maruja llevaba al chico, a su hermano Andrés, de la mano, y se quedó mirando a Luis y a su amigo. Los vio por la acera y se quedó quieta, esperando.

—Hola.

—Es Maruja. Ya os conocéis del domingo. Es el que vive en la Colonia de los Almendrales, ha *bajao* a Legazpi a buscarme; se llama Antonio.

—Yo había salido con mi hermano a comprar unos caramelos.

—¿No vas hoy al baile? —preguntó Antonio.

—No puedo. Además, con el chico...

—Entonces, ¿os quedáis por aquí? —insistió Antonio. Miró a su amigo.

—No te enfades. Si quieres quedarte tú también...

—Yo me iré al merendero —dijo Antonio.

Por la calle había un ir y venir de chicos y chicas muy jóvenes, con aire de personas mayores; niñas con las caras pintadas y muchachos con corbata de domingo. Se notaba la desgana del día de fiesta. Por el centro de la calle chirriaban los tranvías amarillos. Luis se inclinó hasta la altura del hermano de Maruja.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Andrés.

Luis se puso a buscarse una peseta rubia en el bolsillo del pantalón. Antonio se paró a mirar al otro lado, a escuchar la guitarra. Eran soleares. Salían como una pena hacia la calle. Cerca, pasó una muchacha que tenía los dientes manchados de rojo; se le había corrido el carmín de los labios. Antonio se volvió para mirarla, para ver cómo movía el cuerpo al andar.

—Déjalo, no le des nada al nene —dijo Maruja. Luis se buscaba aún en el bolsillo.

—Cómprate pipas o lo que quieras —le dio la moneda al chiquillo.

—Vaya chavala —dijo Antonio.

Andresillo salió corriendo para donde estaba la mujer que vendía golosinas. Era un tinglado junto al que se sentaba una vieja con un pañuelo negro a la cabeza. Había dos o tres chicos alrededor, y una niña descalza, en enagua, que tiraba de un perro pequeño, atado con una cuerda. De las casas más cercanas venían otros dos chicos, corriendo, con las monedas en la mano.

Antonio se volvió, entonces, para hablar.

—Bueno, si me acompañáis hasta el baile os pago de camino unas gaseosas en la taberna de Lali —dijo.

—Nosotros daremos luego una vuelta por el Prao y por ahí —dijo Luis.

—Le diré a mi hermano que se vaya a mi casa.

El niño volvía a todo correr. Venía masticando pipas, retozando. Se cogió de la mano de Maruja. Torcieron por una de las bocacalles que terminaba en el campo.

El día estaba nublado y parecía como si fuera a estallar en tormenta. Se veía, en el

breve horizonte, una masa gris de nube. Corría viento y los remolinos, por la calle de tierra, arrastraban espirales de papeles sucios y granillos de arena, desde el suelo; subían muy altos. La gente cerraba los ojos. El aire hacía daño en la cara.

—Se os va a aguar la fiesta —dijo Luis.

—Qué va —dijo Antonio.

A Maruja le dio rabia, porque le parecía que era el otro el que llevaba la voz cantante, el que mandaba. Miró a Luis; le resultaba más alto que el domingo pasado.

—Desde la taberna de Lali ya sabe mi hermano volver a casa.

—Es una gaita que no os decidáis a ir al baile —dijo Antonio, molesto.

La calle estaba sin urbanizar; era como una zanja ancha, como una cicatriz entre las filas de casas pobres. La taberna quedaba en un alto; para entrar en ella había que subir una escalera de tres o cuatro peldaños.

—¿No es aquella tu amiga, la del otro día? —dijo Antonio.

Se volvieron para mirar. Venía Juana del brazo de uno, que Maruja reconoció en seguida. Era el hombre de la cara de granos.

—¿Quién es ese? —preguntó Luis.

—Debe ser su novio —dijo Maruja.

Iban, la Juana y el otro, abrazados, con las manos cogidas y haciéndose arrumacos. El hombre pasaba su brazo por la espalda de la muchacha; a veces la pellizcaba en la cintura. Fue en ese momento cuando Juana se apercibió de la presencia de Maruja y de los jóvenes.

—Mira —dijo.

Se detuvieron todos, menos Andresillo, que se soltó de la mano de su hermana y se puso a seguir el curso de un hormiguero. Llegó intrigado al agujero, que estaba entre el muro de una casa y la misma tierra.

—He *estao* en tu casa a buscarte —dijo Juana.

—¿A mí?

—A la misma que viste y calza. Había una persona que quería verte.

Lo dijo de una manera especial, dándole una entonación extraña a las palabras. Se soltó del brazo del de la cara con granos y se acercó a Maruja. Las dos muchachas quedaban algo aparte, separadas de los hombres.

—¿Queréis fumar? —dijo el amigo de Juana. Sacó una cajetilla de «Bisonte» casi llena y le ofreció a los otros.

—No —dijo Luis—, termino de tirarlo.

Antonio cogió el paquete y sacó un cigarrillo. Lo golpeó contra la uña, antes de llevárselo a la boca.

—¿Tiene lumbre?

—Sí, hombre.

Juana seguía hablando en voz baja para que los muchachos no pudieran oírla.

—Han venido con las motos, son jefes de la fábrica donde yo estoy. El que te sacó a bailar quería charlar contigo, dice que le gustas. Es de los que dibuja las máquinas de la fábrica.

—Mira, voy con estos chicos —dijo Maruja.

—Dales de *lao*, el otro está en el merendero esperando. Han traído las motos y dicen que pueden llevarnos por ahí lejos, hasta la Bombilla.

—No puedo.

Se dio cuenta de que los chicos estaban medio escuchando. Luis se volvió a Maruja y le dijo:

—Bueno, ¿te vienes?

—Caeros al menos un rato por allí, por el merendero —dijo Juana como dirigiéndose también a los muchachos—. Este y yo estamos recorriendo las estaciones, volveremos en seguida.

Tenían la moto arrimada a una pared. Era una «Vespa» con calcomanías pegadas en el guardabarros: Mickey Mouse y una mujer en traje de baño. Arrancó la máquina sin hacer apenas ruido, y se fue dando saltos, sorteando los baches, las cicatrices que habían dejado los carros. Juana iba en el sillín de atrás, a mujeriegas. Le temblaban los pechos.

—Parece un tipo simpático el novio de esa; *farda* bien —dijo Antonio.

—Te decía que no sé qué de otro amigo de ellos —dijo Luis, mirando a Maruja. La chica estaba colorada hasta los ojos; la sangre se le había parado en la cara. No sabía qué hacer para quitarse de encima la vergüenza.

—Es uno que me sacó a bailar el domingo, parecía un señorito —dijo, nerviosa.

—¿No irás?

—No.

—En cuanto dejes a tu hermanillo, podemos darnos una vuelta por ahí —dijo Luis.

El chico pequeño les había alcanzado de nuevo. Maruja volvió a cogerle de la mano. Se sentía como más contenta de todo. Una luz blanca se filtraba a través de las nubes. La tabernera —una mujer guapetona, algo metida en carnes— estaba arrimada a la puerta.

—Buenas tardes —les dijo.

Al otro lado asomaban los campos amarillentos, yermos, sembrados de cardos, las casuchas, los vertederos. Olía a lluvia. A Maruja le parecía aquel un hermoso mundo.

Le pasaba a Andrés, muchos domingos, cuando no tenía que trabajar y había bebido unos vasos de vino con el almuerzo.

Se sentó, y notaba como si se le durmieran las piernas. Miraba a la gente, a las familias con los chicos a cuestas o cogidos de las manos, a las mujeres con los vestidos nuevos. Los gritos, las voces de los vecinos que se llamaban por sus

nombres, tenían un sonido especial, de calma y de modorra. Sonaban algunos aparatos de radio, siempre las mismas coplas. El barrio y la gente no podían despegarse de aquello y del trabajo. Pero era mejor el domingo. Aunque, también, sentía Andrés como si estuviesen todos muertos, vagando por Orcasitas, como almas en pena.

Andrés y su mujer seguían a la puerta de la casa.

—¿Te acuerdas lo que nos dijo mi hermano cuando nos vinimos? —le preguntó la mujer.

—Sí.

—Lo que nos contó de cómo andaba la cosa de los alquileres por *Madrí*.

—Qué quieres... —dijo Andrés.

Le parecía que también tenía dormida la cabeza y era incapaz de protestar por nada. Nunca iba a pasar más de lo que venía pasando: del tajo al domingo y otra vez a la obra, siempre igual.

Se quedó un rato mirando al campo, a las casuchas. Una pandilla de gente bulliciosa pasó despacio. Delante del grupo iba una mujer gruesa con dos frascas de vino y un plato de aceitunas verdes.

—¿Si gustan?

—Gracias, siente bien —dijo Andrés.

Se los quedó mirando. Los siguió con los ojos, hasta que se metieron todos en una chabola. La fachada estaba dada de cal. Todavía continuaba el griterío dentro. Se les oía reír.

—Cada uno va a lo suyo —dijo la mujer de Andrés—. Si en el pueblo hubiéramos *tenío* siquiera un *cacho* de tierra...

—En tu pueblo la tierra es buena, pero nadie tiene *na* y por el mío te haces un esclavo *pa* sacar un *puñao* de patatas —dijo el hombre.

—No; ¡qué es mejor *Madrí*...!

—Anda... —le cortó él.

—Te digo que lo del derribo va en serio.

Andrés se puso en pie.

—Pero, me *cagüen* la leche ¿qué vamos a hacer? ¿Volvemos al pueblo? —dijo.

—Tenemos que buscar un sitio para meternos.

—Vete a saber; a lo mejor nos dan una casa; a muchos se la han dado.

—Fíate —dijo la mujer—. Fíate.

—Pero ¿qué quieres que hagamos?

—Yo qué sé, dicen que estamos en contra de la ley, que hemos hecho la chabola después de salir no sé qué escrito —dijo la mujer.

El padre se puso a pasearse dentro de la casa. Luego, salió y continuó paseándose delante de la puerta. Tenía la colilla pegada a los labios. Se dio cuenta de que estaba

apagada y la tiró al suelo. El geranio que había sembrado en la lata de conservas tenía tres o cuatro ramilletes de flores y sus hojas grandes y ásperas aparecían cubiertas de polvo. Muy cerca se oía el pitido del tren de Portugal.

—*Contre* de bochorno, tan pronto; ojalá que llueva —dijo el hombre.

—Se oye silbar al tren, a ver si vienen los chicos.

—Mañana voy a acercarme a hablar con aquel don Antonio el *périto*, que estuvo en la casería, el que se engulló las obras. Me dio una tarjeta *pa* cuando viniésemos a *Madri*.

—Están haciendo casas ahí mismo, y por Villaverde; si ese quisiera...

—Algo tendrá que salir; si no, no sé qué puñeta vamos a hacer.

—Poco les importa a ellos.

—Tendrán que apañarnos algo.

—Lo mismo se le da a ese don Antonio, ni a nadie —dijo la mujer.

El chiquillo, en lugar de irse directamente a casa, corrió toda la senda adelante, hasta el Praolongo. Cruzó el arroyo, metió los pies en el barro y llegó hasta la vía del tren. Le gustaba ver pasar los trenes. Estuvo esperando un rato. Escuchó el silbido de la máquina y echó a correr para llegar a la pequeña explanada que había delante de la vía. El suelo temblaba bajo sus pies. Miró la locomotora y los vagones. En uno de los primeros asomaba una mujer con un turbante verde en la cabeza. Andrés, con las manos levantadas, agitándolas en el aire, se puso a saludar a la gente que se asomaba a las ventanillas, pero nadie respondió a su saludo. Se puso a contar los vagones; sólo sabía hasta diez. Estuvo con la vista fija en el tren hasta que dio la vuelta sobre el puente. Todavía levantó el chico la mano y volvió a saludar, sin que nadie le hiciera caso.

Se fue esfumando el temblor, el estremecimiento del tren. La máquina pitaba a lo lejos, bajo un túnel de nubes.

Había tomado asiento a la puerta del merendero, en la silla que había junto a las mesas más próximas a la explanada. Hacía bochorno. En la lejanía, de vez en vez, el viento levantaba una polvareda que se deshacía por los cerros arriba. Poniéndose de pie, podían ver un trecho de la vía y la gente dedicada a recoger la carbonilla que se caía de los trenes. Siempre había mujerucas agachadas, rebuscando entre las piedras negras y las traviesas.

—Debíamos coger las motos y largarnos hasta Antón o a la Bombilla, antes que empezara a llover —dijo Jesús. Sudaba.

Tenía la piel brillante, grasienta, pero no se apartaba de la Juana. Le tocaba la cara en cuanto tenía ocasión.

—No le sabéis sacar el sabor de todo esto —dijo López, con la voz afectada, sin mirarles, con la vista perdida, como buscando alguna oculta belleza del paisaje.

—Llevas ya dos botellas esta tarde —dijo Jesús.

—Si quiere López, nos acercamos otra vez a ver qué hace mi amiga.

—¡Quiá! —saltó López—. Yo estoy a gusto aquí.

Se bebió otro vaso. Tenía los ojos cargados, sin expresión.

—Lo que es yo, ya me estoy hartando de este barrio —dijo Jesús.

—Qué vas a pedirle a esa —insistió Juana—. Es una tontaina que en su vida se habrá visto en otra.

—¿Vive por aquí cerca? —dijo López, volviéndose, aunque como sin darle importancia.

—En una de esas chabolas que dicen que van a tirar.

—Lástima que no las echaran abajo todas —intervino Jesús.

—¿Por qué? —preguntó la chica.

—Yo qué sé. La verdad es que me da lo mismo; ¿vives tú en otra?

—No, yo vivo más para Usera. Ahora van a meter la instalación del agua en la calle.

—A mí me fastidia dármelas de señorito —dijo López, sin dar la cara.

La chica no le entendió del todo, pero se le quedó mirando con simpatía, aunque no sabía por qué.

Jesús le miró de arriba abajo. Se sirvió una copa, antes de decir nada. Le molestó que López hablara así, delante de Juana.

—Este se las da de romántico, pero viene a buscarse una niña que esté sin estrenar en este barrio —dijo. Lo dijo como en chungu, por molestar.

López se le quedó mirando. Se observaron un instante, pero López agachó la vista. Notó que se le nublaba, igual que si viera a Jesús y a Juana detrás de una atmósfera de humo. Se pasó la mano por los ojos.

—Si os estorbo, me largo —dijo.

—Lo que me cabrea es que hagas el idiota; búscate otra chavala, si es que quieres bailar.

—Oye, yo no te he insultado a ti.

—Bueno, callaros, callaros, no discutáis... —dijo Juana.

—Yo no tengo ganas de bronca, pero que se calle él, que me ha insultado.

—Está bien, déjame —dijo Jesús.

Quedaron callados. Poco a poco el silencio fue ganando terreno. La música del *picú* se arrastraba como una carreta. Juana no se atrevía a hablar, ni siquiera a mirar a López. No podía quitarse de la cabeza que era también medio jefe de la fábrica. Se pasaron los tres un rato grande, escuchando la música, mirando detenidamente a las parejas que bailaban. Jesús sirvió vino; de nuevo llenó la copa a López.

—Nosotros vamos a seguir bailando un rato —dijo Jesús.

Jesús y Juana se levantaron y, cogidos de la mano, fueron hasta la explanada, delante de la tapia.

López apoyó los codos en la mesa y encendió con pretendida furia un cigarrillo, cuando ni Jesús ni Juana le miraban. Le iba ganando el aburrimiento, la pereza. Le pasó en seguida la rabia que sentía contra Jesús. Le importaba poco lo que ocurría a su alrededor. Al rato, se volvió para mirar a dos chicas que bailaban en broma, abrazadas, apretándose como si fueran muchacho y muchacha. Le dolía un poco la cabeza. Llamó al camarero y pidió otra botella. Le daba vergüenza ponerse a bailar con cualquiera. El color del cielo iba volviéndose más oscuro, gris, aunque no serían más de las siete. Las nubes de polvo que levantaba el viento, los remolinos, daban vueltas, más cerca cada vez. Una de las chicas que bailaban se sujetó la falda con las manos, y dio un grito. Al poco, rompió a llover; caían gruesas gotas.

—¿Volvemos a la taberna de Lali? —dijo Luis.

—Cae muy retirado. Hay un sombrero en aquellas casas —dijo la chica.

Corrieron hacia donde Maruja había dicho. Se cogieron de la mano.

—Corre, está apretando —dijo la muchacha en voz alta.

Era como un rumor sobre el suelo. A lo lejos se extendía la cortina de lluvia. Olía el aire, la tierra. El agua tibia les chorreaba por la cara. Se sentían contentos, empujados a correr alocadamente.

—Corre, corre —repitió la chica. Tiraba de él, gritando, como si le conociera de hacía mucho tiempo.

Había un buen trecho. A mitad del camino, Luis la adelantó en su carrera; tiraba entonces del brazo de la chica. Se volvió para mirarla: de qué manera ella reía y cómo el pelo se le pegaba a la frente con el agua. Tenía la chica los ojos más azules y los párpados llenos de oscuro.

—No puedo, espera, espera.

Se soltaron. Llegaron casi al paso, uno detrás del otro. La chica no tenía fuerza. La blusa se le ceñía mucho a la carne. Se reía despacio, cansadamente. Se pasó la mano por el pelo empapado, por la frente. El vaho salía de la tierra y se les pegaba al cuerpo. Sentía Maruja el calor subirle por las piernas.

Buscaron refugio en el sombrero, que estaba hecho de cañas trenzadas, medio cubiertas por una parra; temblaban las hojas con la lluvia.

Se miraron, estuvieron un instante mirándose. A Maruja se le ahogaba la respiración. Era delante de una casucha roja, con la fachada sin enlucir, que tenía la puerta abierta.

—Es una buena tormenta —dijo Luis.

Las nubes parecían humo negro. Era cerca, asomándose sobre el Praolongo. Se notaba el olor podrido del cieno. Un arroyo de aguas turbias y sucias pasaba por en medio del prado, venía de las cloacas de la carretera de Toledo y daba vida a la hierba diminuta, provocaba la fermentación de la tierra. Así se había formado aquel campo. Ahora no había un alma. A veces, pastaba en él un pequeño rebaño de ovejas;

llegaban allí los animales, con sus lanas cubiertas de polvo, renqueando de reuma, ahogados de calor, y se tropezaban con el verde fresco de la hierba. A veces, un borriquillo suelto se esforzaba mordisqueando la hierba, tan corta que ni siquiera el viento podía despeinarla. El prado amarilleaba en los confines. Para cruzarle por el arroyo, había un puentecillo que construyó un albañil de Orcasitas y que pagaron a escote todos los vecinos. De noche era más fuerte el olor del cieno y salían los mosquitos, zumbaban. Pero ahora llovía y el Prao del Hongo se estremecía bajo la lluvia.

Maruja miró dentro de la casa. Las paredes, los tabiques, también estaban hechos con ladrillos huecos; se veían los agujeros.

—No hay nadie —dijo.

Luis volvió a cogerle la mano. Notó que la chica no la retiraba. Una sensación de alegría y de calor y cansancio le invadió por dentro. Después, Maruja se soltó, de repente. Luis le tocó en los hombros.

—Estás muy mojada —dijo.

—Y tú—le dijo la muchacha. Se echaron a reír. Estuvieron así un gran rato, olvidando su alegría poco a poco hasta que se callaron; quedaron con la vista perdida en la lluvia, en el prado y en el campo de arena. En la lejanía, por donde empezaban las señales de unos antiguos surcos, cruzaba un hombre cubriéndose la cabeza con un saco.

—Vaya carrera. Ya le dije al Antonio que se le aguaría lo del baile —dijo Luis—. ¿Prefieres que estemos paseando por el campo? Otro día podíamos ir al cine.

Maruja, distraídamente, siguió con la vista al hombre que cruzaba a lo lejos.

—Muchos días tengo que quedarme al cuidado de mis hermanos; pero a lo mejor me coloco pronto y los chicos van al colegio.

—¿Dónde piensas colocarte?

—No sé. Esa amiga mía está en una fábrica de bombillas.

—¿Hace poco que has venido a Madrid?

—Casi medio año —dijo—. No he ido más que tres veces al centro.

—Si quieres te llevo a que lo veas. Te arreglas un poco y nos vamos el día que quieras a un cine de Madrid.

—Mi padre tenía *pensao* llevarnos a ver todo, pero tiene pocos dineros y anda *preocupao* con eso de que van a tirar la casa.

—Hacen falta perras para todo —dijo Luis.

—¿Tú eres de aquí?

—Sí. ¿Por qué van a tiraros la casa?

—Dicen que salió una ley para que no hubiera más chabolas y que nosotros la hemos hecho después.

Guardaron un rato largo de silencio. El cielo iba poniéndose más oscuro. El humo

negro de las nubes ganaba, se extendía, Los truenos recorrían el horizonte en lontananza. Los relámpagos encendían brillos en el campo. Ante la misma puerta de la casucha se había formado un pequeño charco. La lluvia menuda parecía ahora un susurro.

—No para de llover.

—Ahora llueve menos —dijo Maruja—. Podríamos salir.

—Espera. Se está bien aquí. Todos los domingos me ocurre igual, no quiero que se pase la tarde.

Oscurecía rápidamente.

—Cuando amaine, te acompañaré a la parada —dijo Maruja—. Esta noche no hay luna, a lo mejor no encontrabas bien el camino.

—¿No te da miedo volver sola, a oscuras?

—Qué va.

—¿Te importa que nos veamos el jueves que viene? Yo no me quedo el jueves a velar.

—Como tú quieras —dijo la chica.

Se pusieron a escuchar las gotas que caían del sombrero; se oía también el murmullo del agua del arroyo, que venía crecido.

Al poco, salieron. Apenas llovía entonces. Toda la tierra surgía a sus ojos, negra, empapada de agua; sonaba con los pasos, como si fuera la corteza de un árbol.

Dieron la vuelta por el final del prado, por donde estaba la cerámica, detrás de otro vertedero. Subía la cuesta hacia una calle que llamaban del Olvido. Cuando llegaron a Usera era completamente de noche. De vez en cuando, caían breves aguaceros. Se refugiaron en un portal a esperar que llegara el tranvía. Los autos pasaban deprisa, salpicando el suelo, y las luces de los faroles y de las tabernas se reflejaban en las vías. Luis se dio cuenta, la chica tenía muy mojada la ropa. Se le transparentaba la blusa. Le dio pena y un oscuro deseo. También sentía empapada su espalda. Le venía un escalofrío y luego mucho calor. Casi en seguida llegó un treinta y dos. El tranviario se bajó, para darle la vuelta al trole; dio una carrera y volvió a subirse por la puerta de la otra plataforma. Dos o tres personas, que habrían estado escondidas en cualquier parte, se subieron deprisa.

—Hasta el jueves.

—Vendré a buscarte a las seis, al mismo sitio.

—Adiós —dijo Maruja.

El chico la vio alejarse, vio cómo la muchacha le saludaba con la mano y torcía por la primera calle, por el oscuro camino que iba al campo. Le dio pena de que se fuese sola.

Maruja echó a andar. Llegó al *descampao*. En ocasiones, como entonces, todavía tenía miedo y se ponía a escuchar los mil ruidos que surgían de la noche. Muy lejos,

de extremo a extremo del horizonte, se ladraban dos perros.

—Dios mío, qué pasará con eso de la casa.

VI

¡Hala! Lárgate a darte el verde por ahí —le había dicho López a Jesús, por lo bajo —. Ahora parece que llueve menos. Mañana te contaré en la fábrica.

Jesús le había reído la gracia.

Vio López cómo la moto se perdía en el barrizal, detrás de las rayas finas de la lluvia, que cruzaban sobre la atardecida. Se quedó López apoyado en el mostrador. Miró la taberna, llena de gente, las mesas abandonadas de la puerta. Se dio la vuelta y se acodó sobre la madera del mostrador.

—Sáqueme una de Moriles.

—Casi se ha bebido usted solo la otra.

—¿Es que no tiene?

—Haber... sí que hay.

Era un tabernero viejo, con cara de infeliz.

A López le sabía mejor el vino, ya no le amargaba en la boca. Sentía una especie de tranquilidad, de modorra. Tenía ganas de hablar, de contar cosas.

—¿Fuma?

—No tengo ganas, pero traiga, me lo pondré detrás de la oreja.

—En cuanto pare de llover, cojo la «Vespa» y ¡zas!

—Su amigo se ha llevado a la chica.

—No para de hacer manitas con ella.

—No es por no servirle, pero no debía beber más.

—¿Sabe usted eso de las chabolas que van a derribar?

—Hay algunas por aquí cerca. No debía beber usted tan aprisa.

—En cuanto pare de llover, me largo.

De nuevo volvía a llover. A Maruja le cogió el chaparrón en pleno campo. Pensó en salir corriendo, pero tenía tan empapada de agua la ropa que le daba lo mismo seguir mojándose. Se había pasado el tiempo con aquellas alternativas durante toda la tarde. Anduvo por donde el campo era más llano. Regresaba. A ratos se sentía contenta e, impensadamente, apretaba el paso. Las luces de las lomas del barrio de

Zofío parpadeaban; algunas veces le parecían estrellas. Por el otro lado, por la parte en que estaba oculta la luna, el cielo era blanco y se veían los bordes de las nubes más bajas.

Sería a mitad del camino, ya en la senda que bajaba hacia Orcasitas, cuando oyó un ruido a ras del suelo. Un bulto se movía, un poco más allá. Maruja se detuvo, permaneció unos segundos sin decidirse, sin saber qué hacer.

Se acercó despacio. Vio que era un hombre quien se movía, un hombre caído en tierra. Entonces se dio cuenta de que por la senda venían dos chicos corriendo.

—¡Eh! ¡Chicos!

—¿Qué quieres?

—Hay un hombre caído en el suelo, aquí.

Los chicos se aproximaron a la carretera. Apenas si se les distinguían las caras en la oscuridad aunque no parecían tener más de diez o doce años. Maruja y ellos se acercaron, poco a poco, al hombre que había en el suelo.

—Es un hombre con una moto —dijo el niño que representaba mayor edad.

Vieron la cara del hombre, sin distinguir sus facciones, sólo percibieron que se incorporaba y que estaba relatando, murmurando maldiciones. La moto le había caído encima de una pierna. Maruja se agachó, se puso en cuclillas, al lado del hombre. Le dio un olor a vinagre y a borrachera.

—¿Qué le pasa?

—Leñe. ¿No lo veis?... Ayudarme a salir de aquí.

Maruja reconoció su voz. Se dio cuenta de quién era, más que nada, por la forma de hablar.

Los chicos cogieron la moto por el manillar; la levantaron.

López hizo un esfuerzo. Según se levantaba, miró los muslos de la chica que seguía en cuclillas. Consiguió ponerse en pie. Entonces, también él reconoció a la muchacha.

—Vaya, ¿eres tú? —dijo. Se le notaba en la voz que había bebido mucho. Luego, empezó a andar con dificultad, de un lado a otro, como para desentumecer las piernas. Cojeaba. Miraba, de vez en vez, a Maruja.

La muchacha veía brillar los ojos del hombre, pero no sentía entonces ningún miedo. López tenía la mirada torpe, como los pasos. Estaba callada Maruja, junto a los chicos que sujetaban la máquina.

—¿Es tu amigo? —preguntó el mayor.

—Sí.

—Pruébala a ver si arranca —dijo el chico, dirigiéndose a López.

—Me duele la pierna, me duele todo el cuerpo —murmuró—. Lo mejor sería que la guardara por aquí.

—¿Se la guardamos nosotros?; vivimos en aquella casa —señaló el chico a la

derecha.

—Bueno. Eso está bu-bueno —tartamudeó.

—Venga usted si quiere para hablar con mi madre.

—No. Tomar, tomar. —Se sacó unas pesetas arrugadas del bolsillo. Se acercó, cabeceando, sin sostenerse derecho, al chico—. Dárselo a ella. «Mañana mandaré por la Vespa». —Todavía se le trababa la lengua. Hizo un esfuerzo de voluntad y se puso más tieso, como agarrotado.

Los chicos se fueron despacio, empujando la moto. El que parecía mayor se volvió para hablarle a Maruja.

—Oye, es allí, ¿sabes? Somos de Manolo el Zorro, el de Úbeda.

Maruja y López vieron cómo se alejaban por la cuesta abajo. No llovía apenas.

—¿Se encuentra mejor? —dijo Maruja.

—Juana es de la fábrica y siempre me tutea, cuando nos vemos por aquí. —Se rio. Echó a andar, exageradamente derecho.

—¿De la fábrica de bombillas?

—Claro.

—A mí también me gustaría trabajar.

—¡Bah!

Maruja le miró. Andaba al lado, un poco separada de él. López caminaba, ahora, haciendo eses. Señaló Maruja, con la vista, hacia donde se veía la aglomeración más grande de casas, de luces.

—Es por allí —dijo.

El hombre no le hizo caso. Se paró dándole vueltas la cabeza. Se llevó las manos a la frente.

—¿No te importa acompañarme un poquito? —dijo.

—Bueno.

Se apoyó en el hombro de Maruja. A la muchacha le parecía como si fuera un chico pequeño. No le tenía miedo, casi le daba lástima de él.

—¿Has dicho trabajar? ¿Para qué?

—Para lo que todo el mundo, para ganar dinero —dijo Maruja—. Si en la fábrica necesitaran a alguna...

López vio que ella caminaba como distraída, mirando el suelo. Se sentía mareado del vino y notó que se le enredaban las ideas en la cabeza. La muchacha tenía el cuello bonito, parecía una niña, tenía los hombros blancos, parecía una joven de otra clase, de otro mundo, que habría conocido en otra ocasión, la muchacha tenía unos senos pequeños, apretados, la muchacha era lo único que López veía, lo único que deseaba en aquel momento. Hizo un esfuerzo para recuperarse del mareo, de la torpeza de su lengua.

—Oye, el otro día... —dijo.

—¿Qué?

—La verdad es que estoy harto de aguantar a esos —se interrumpió un instante—. Podemos vernos, si es que quieres trabajar, en la fábrica, claro, en la dichosa fábrica —añadió.

Maruja le miró abiertamente; se quedó callada, mirándole.

—El martes puedes ir a verme, podemos quedar —dijo López.

—Yo no sé.

—¿Sabes la Glorieta de Atocha? Voy a un bar que se llama La Perla. No te creas que soy un borracho, suelo ir a las siete a tomar café.

Se quedó parado, haciendo esfuerzos para hablar y decir las cosas como quería decirlas.

—Bueno —dijo Maruja—. Si fuera fácil eso de la colocación...

—Seguro, sí, seguro —dijo López.

—Aunque sea en algo de poco, yo no sé como no sea las cosas de mi casa o lo del pueblo.

—Hablaemos allí, en el café —dijo López.

Llegaban cerca del barrio de Usera, de las luces, donde ya estaba empedrada la calle. Maruja se volvió. López siguió caminando, solo, torpemente, medio apoyándose en los muros de las casas. Iba dando trompicones. Pensaba que no le diría nada a Jesús, ni a ninguno de la fábrica, de lo que había tratado con la chica. Se alegraba de haberse caído, de estar casi borracho. Se le venían a los ojos las luces, los portales abiertos; los deseos que tenía, que eran como una necesidad. Le venían los deseos con más fuerza que el vino. Precisaba estar con una mujer distinta a la suya. Se había casado no sabía cómo. Necesitaba abrazar a una muchacha oscura, tocar sus brazos y sus pechos. Le era menester que algo le arrastrara lejos de su aburrimiento, de su apatía. Los días le parecían tan iguales y tan repetidos. Tenía la cabeza llena de extraños pensamientos, de ideas que no eran suyas; le golpeaban incesantemente; pero no podía ser como Jesús, por más que se esforzaba, y le venían todas las cosas juntas a su imaginación y se le enredaban como gusanos.

Estaba encendido el candil de carburo y había mucha luz. Salía toda la claridad a esa especie de calle sobre la loma. La puerta aparecía abierta de par en par. Maruja notó que en la casa pasaba algo raro, imprevisto. Además de a su padre, vio, sentados a la mesa, al señor Remigio —que era un vecino— y a Joaquín, uno de la obra. Se les conocía en los ojos que ocurría algo distinto a todas las noches.

La madre recibió a Maruja con mala cara. La chica notó que pasaba sabía Dios qué. Presintió que sus padres tenían algún disgusto, y que todo el mundo menos ella lo sabía.

—Vienes chorreando, como una gallina *grifa* —dijo la mujer—. ¿Dónde has *estao*?

—Dando una vuelta.

—Qué gracia, podías haberte *metío* en algún sitio, hasta que pasara el chaparrón —lo dijo despreocupadamente, como si estuviese pensando en otra cosa.

El padre y los otros dos hombres fumaban, hablaban por lo bajo. No parecían haberse apercebido de la llegada de la muchacha.

—¿Qué pasa? —preguntó Maruja.

—Qué va a pasar, los guardias han *veníó* a avisar que dentro de quince días nos tiran la casa.

Maruja se puso a mirar lo que hacían los hombres. Tropezó un momento con los ojos de su padre, aunque él no pareció darse cuenta; la miró, distraídamente, como tantas veces.

—Han *montao* una brigadilla especial para eso —estaba diciendo el señor Remigio—. Para tirar las chabolas que están hechas después de la prohibición.

Era el señor Remigio un viejo que sabía mucho, la única persona de por allí que leía los periódicos, y según él mismo había dicho, que podía sacarles lo poco de verdad que traían. Los vecinos recurrían a Remigio cuando tropezaban con alguna duda sobre las leyes o si les era menester echar cualquier cuenta complicada. Tenía buena estatura y porte distinguido. Llevaba, en todas las épocas del año, el pelo cortado al rape y vestía con relativa limpieza; de no haber sido porque ya se le notaban muchas arrugas en la cara, hubiera parecido un hombre bastante más joven.

—¿Y qué vais a hacer? —dijo Joaquín, el compañero de Andrés. Se puso en pie. Era un hombre también alto, con una cara inexpresiva, como grabada en madera.

—Yo qué sé.

—Tendréis que apañar algún sitio donde meteros, antes que vengan los de la piqueta.

Maruja corrió y se metió en el otro cuarto. Se quitó el vestido. Hacía calor en la casa, que estaba llena de humo de tabaco y del olor dulce que despedía el carburo. Le daba vergüenza salir en combinación, además la tenía algo rota por la falda; se le veía la corva de la pierna. Se echó en la cama. Le habían pasado tantas cosas en aquella tarde que tenía la cabeza hecha un lío. Comenzó a toser; pensó que, tal vez, se habría acatarrado con la lluvia.

Sus hermanos rebullían al otro lado. Vino, de puntillas, el pequeño.

—¿Te has *enterao*? Han *veníó* los guardias —dijo—. Eran *güenos*, uno me ha *tocao* la cabeza y me ha *llamao chavea*.

Andresillo también se asomó.

—No hagas caso, han *veníó* a decirle a *mama* que nos vayamos —dijo.

—Bueno, callaros.

—Es *verdá* —insistió el mayor.

Se volvieron, despacio, a su cama, hacia donde se abuhardillaba la casa. Se echó

Maruja por los hombros una blusa vieja y no tuvo más remedio que salir de nuevo a ver lo que decían las personas mayores. Pero los hombres seguían fumando. No hablaban. Joaquín continuaba de pie, apoyado en el muro.

La madre la miró. Se dio entonces cuenta de que Maruja no había cenado.

—Cómete unas sardinas fritas que hay en la cocina. Te has *pasao* la tarde de pingo por ahí.

El señor Remigio se levantó también de la silla y fue a colocarse cerca de la puerta. Se puso a mirar al suelo.

—No hay que amilanarse, no hay que amilanarse por nada —dijo.

Andrés fue hacia donde estaba el viejo, como para despedirle.

—Lo dicho... No sois vosotros solos, igual les pasa a otros que conozco de Orcasitas y vete a saber a la gente que le ocurrirá.

Lo dijo como si quisiera quitarle importancia.

Tenía ganas de irse.

Joaquín se adelantó hacia la puerta.

—Yo también tengo que marcharme —dijo.

—No, espérate un poco. Me da no sé qué quedarme solo con estos —dijo Andrés. Señaló a la mujer y a la chica—. Me da miedo que nos quedemos aquí solos.

—No te amohínes. Vete a ver a ese aparejador que conoces.

—Sí, tengo que ir.

—Ve mañana mismo —dijo Joaquín.

—Bueno, me marchó. Tengo prisa —dijo el señor Remigio. Estaba dudando, a la puerta.

—Yo digo que son los dineros los que tienen la culpa de *tó*, lo que trae así de *liá* la vida —dijo Andrés—, no me canso de decirlo.

—¡Si tuviésemos dineros! —dijo la mujer.

El señor Remigio salió deprisa, sin volverse, mirando como distraídamente. Estaba nervioso.

—Sí tuviésemos... —murmuró Andrés.

Un leve viento iba abriendo la noche, desgarrando las espesas nubes.

VII

Andrés dejó el trabajo, en cuanto sonó la campana. No se quedó a hacer horas

extraordinarias.

Los obreros se lavaban en un patio interior de la obra. Se vestían allí mismo o bajo la bovedilla de la escalera. Conforme llegaba el momento de salir, sentía Andrés como un vacío, como una desesperación. Tenía, doblada en la mano, la tarjeta que hacía años le había dado, en el pueblo, aquel perito. Se la enseñó a un oficial que era de Madrid.

—¿Por dónde cae esto?

—Es por la Castellana. Cógete un tranvía cuatro.

Andrés hizo un hatillo con la tartera y se la metió debajo del brazo. Se había traído el traje más nuevo de que disponía y estuvo limpiándose una mancha de yeso. Los otros dos o tres compañeros que tampoco se quedaban aquella tarde a velar iban más retrasados. Pasó uno, desnudo de medio cuerpo para arriba; llevaba cogido por el asa un cubo lleno de agua.

—Vaya, a ver si te arregla algo ese tío de la oficina.

Joaquín le despidió desde el piso de arriba.

—Suerte, Andrés. Te veré a la noche en tu casa.

Llegó a la parada del tranvía. Un grupo grande de gente se arremolinó alrededor de la puerta automática del coche. Entraron a empujones. Andrés miró al bosque de caras, de cuerpos, que le rodeaban. Sentía ganas de hablar de sus cosas, pero no se atrevía. Se lo hubiera dicho a los que tenía más cerca, les hubiera hablado largamente de su problema, de que le iban a tirar la casa y de que tenía tres hijos pequeños.

Una mujer gruesa dijo:

—Podían poner más servicio, vamos peor que animales. ¿No le parece?

—Claro —dijo Andrés—. ¿Quiere avisarme cuando llegemos a la Castellana?

—No se preocupe —dijo la mujer.

Se le pasó el viaje volando, sin darse cuenta aletargado entre tanta gente. Se bajó y se dio de golpe con la calle. Era como si penetrara en otro mundo.

Desde que estaba en Madrid apenas había ido por aquellos barrios. Siempre de la obra a su casa, el mismo camino. Los edificios eran aquí grandes y limpios y las calles anchas, llenas de árboles, de verdor. Le parecía venir de un lugar lejano y oscuro. Había por el paseo de la Castellana mujeres y chiquillos bien vestidos, alrededor de los bancos de piedra y de las mesas de los aguaduchos. Pasó también un niño con una cesta, vendiendo barquillos; llevaba puesto un delantal blanco y tenía la cara seria, como un hombre.

Era en un portal muy amplio. La oficina estaba en el primer piso, detrás de una puerta entornada que tenía un escudo.

Había un hombre con uniforme gris y botones plateados sentado a una mesa.

—¿Qué quiere?

Le enseñó Andrés la tarjeta arrugada y sucia de tanto tiempo.

—¿Le ha citado para hoy?

—No, me dio la tarjeta hace bastantes años.

El hombre le miró de arriba abajo.

—Está muy ocupado, no sé si podrá recibirle.

Se dio la vuelta y entró sigilosamente en un despacho. Regresó al momento.

—Espere, ya le avisarán.

Andrés tomó asiento en un banquillo que había arrimado a la pared. Enfrente, al final del pasillo, se veía un reloj que no tenía números. Por la posición de las manillas estuvo haciendo cuentas para cerciorarse de la hora que sería. Las siete y diez. Andrés tenía la bolsa con la tartera, puesta sobre las rodillas. No sabía qué hacer con ella, y terminó dejándola a un lado, encima del banco.

De vez en cuando, alguien salía de una puerta del final del pasillo y entraba en otra habitación. Una muchachita joven, morena, miró desde la puerta de uno de los despachos. Se pasaban ratos en que todo permanecía en completo silencio; si acaso, se oía el ruido del ascensor en la escalera; siempre subía a algún piso más alto.

Sonó un timbre. El conserje se asomó al despacho y regresó al momento para decirle a Andrés que podía pasar.

—Puede recibirlo por unos minutos.

Era una habitación amplia, con ventanales, que daba sobre las copas de los árboles del paseo. Se veía la rama de una acacia tocando casi la ventana.

Andrés se quedó delante de un hombre moreno, de pelo muy peinado y liso, que estaba sentado detrás de una mesa. Apenas podía Andrés recordarlo, hacerse idea de si era, realmente, el que había conocido hacía tiempo.

—Me dio la tarjeta cuando estuvo *usté* haciendo la obra del Auxilio en Fuenteborbote. Le dije que iba a venirme a Madrid y *usté* me la dio.

—¡Ah!, ya recuerdo —dijo el otro—. Era de los que se encargaban de descargar los camiones. Tengo buena memoria —añadió.

Sonó en ese momento un teléfono que había sobre la mesa. Entonces, Andrés se dio cuenta de que también se encontraba dentro del despacho una mujer joven. Se había levantado de una pequeña mesa y se acercó a coger el teléfono.

—¿Dígame? —preguntó ella en voz baja.

Andrés se quedó cortado, esperando a que la muchacha terminase.

—¿Usted me dirá? —insistió el aparejador, mirándole para que continuase.

—Como le decía, hace poco que vine aquí con la familia. No conozco a nadie en Madrid. Nos han *avisao* que van a tirarnos la chabola.

La joven intervino.

—Es de la oficina de proyectos, del propio don Pedro, ¿le digo que espere?

—No, traiga —dijo el aparejador. Cogió el teléfono y se puso a hablar monosílabos, respetuosamente, más que nada como si pretendiera adular a quien

estaba escuchando.

—Sí, sí, don Pedro. Sí, don Pedro, don Pedro.

La muchacha y Andrés se miraron un breve instante. Andrés se cambió de mano la bolsa donde llevaba la tartera. Estuvo esperando, lleno de inquietud, como temeroso de todo, a que el otro terminase de hablar por teléfono.

De nuevo se encontraron frente a frente.

—Bueno, si lo que pretende es un piso... —dijo el aparejador.

—No, no señor —se quedó callado y luego continuó—. No, nosotros no podemos tener un piso ni tan siquiera de esos, quiero seguir viviendo donde vivo o en una casa que pague muy poco.

El otro le miró. La muchacha se había puesto a escribir a máquina. Se oían los golpecitos de las letras.

—No es asunto mío, realmente, entienda.

Se fijó en el gesto de Andrés.

—De cualquier manera, deme su nombre y las señas —añadió.

Nombre: *Andrés Muñoz García*. Profesión: *Jornalero*. Asunto: *Van a derribarle la vivienda, necesita una de renta limitada*.

La fábrica de bombillas tenía naves largas, grandes, con cubiertas de dos aguas, apoyadas en cerchas y tirantes de hierro, naves inmensas donde trabajaban cientos de muchachas. Hacían el mismo trabajo que los hombres y les pagaban menos.

La Dirección estaba en un edificio aparte. El personal de la Dirección Técnica rara vez se quedaba a hacer jornadas extraordinarias. Allí, cosa rara, trabajaban sólo ocho horas diarias. No contaban con sueldos muy grandes, pero iban viviendo de las gratificaciones que cobraban de vez en cuando.

Las órdenes de pago las daba directamente el Consejo de la Administración y, debido a lo mismo, era un dinero que llegaba con sigilo y no se registraba en ningún libro. El personal obrero, por otro lado, tampoco tenía motivo para escandalizarse: la vida estaba difícil para todos.

Hurtado, aquel delineante proyectista, a quien tanto le gustaba darle vueltas a las cosas, decía:

—En esta fábrica de lámparas hay tres zonas de iluminación: la zona de luz, que son los del Consejo; la zona de penumbra, que somos los técnicos que estamos en el secreto; y la zona de sombra, que son los parias; estos no deben enterarse de nada.

Aquella tarde, Jesús le rio la gracia; pero luego hablaron sobre muchas cuestiones y la conversación fue haciéndose larga e insostenible.

Eran las siete en punto de la tarde. El despacho de Jesús y sus ayudantes tenía un panel de vidrio abierto en el muro, y, desde allí, podía verse la sala de Delineación. Había muebles y ficheros de acero. Las paredes surgían pintadas de blanco. Jesús y

López estaban cada uno en su mesa; se levantaron cuando dieron las siete. Hernando había permanecido en pie durante la última parte de la conversación.

—Vámonos, es ya la hora —dijo Jesús—. No tengo ganas de seguir escuchándote. —Se dirigió a Hernando, sonriéndole de mala gana.

—Bueno, yo en la fábrica estoy a tus órdenes —dijo el otro. Le golpeó levemente en la espalda.

Jesús echó a andar delante, hacia la escalera. Era blanca y limpia como la de un sanatorio.

—A Jesús lo que le pasa —dijo Hernando, mirando un poco hacia atrás—, es que no piensa más que en el potaje y en darse la buena vida. —Luego añadió, queriendo suavizar un poco lo que había dicho—: Como tonto...

Cuando llegaron a la puerta, el sol pintaba una raya amarilla en la acera de enfrente, se notaba el final de la tarde. Brillaban como topacios los cristales de las ventanas. López se paró un segundo.

—Hoy tengo que hacer, no puedo acompañaros a tomar café —dijo. Lo dijo sin verdadera convicción, ni interés, como si le diera miedo irse solo.

—No digas. Vente —dijo Jesús.

Se quedó quieto. Se detuvieron todos un momento.

—No —dijo.

—¿Te reclama tu mujer? —dijo Jesús, en chunga.

López sonrió, se quedó un momento ensimismado mientras seguían andando, pensaba en su mujer, realmente. Por la mañana había hablado un instante con ella. Vivían en una casa antigua de la calle de Valverde; su suegro era el casero y también dueño de una carbonería de por la Corredera. López se quedaba con casi todo el sueldo de delineante. Los problemas económicos de la familia los resolvían los padres de su mujer. Casi no paraba en casa. Cuando estaba entre cuatro paredes se ahogaba y el mundo se le venía encima. No sabía cómo se había casado. Ni siquiera sus hijos —tenía ya dos críos pequeños— le preocupaban mucho. López y su mujer, no obstante, dormían en la misma cama. La mujer se había despertado y se dio la vuelta. Le miró con ojos de sueño.

—No te he dicho, mis padres quieren que vayamos a la comunión de los chicos de los del Buen Gusto, de los de la tienda de ropa.

—Bueno, sí —dijo López.

—La Adela es una idiota, pero voy a ir con el sombrero, con ese que tengo del velito. Se creen que tienen más cuartos que nadie.

—Sí.

—Pasado mañana.

López se había ido a la fábrica y no había vuelto a acordarse de nada. Le ponía malo y triste pensar en su casa, en su mujer. Se había cansado de ella.

Conforme seguían hacia la otra acera, le pasó todo como un relámpago por la memoria. Jesús llevaba a Hurtado cogido por el brazo, hablaba en voz alta, para que López y la poca gente que pasaba pudieran oírle. Sentía especial placer en decir las cosas que parecían terribles. Diríase que iba dando una charla por en medio de la calle.

—A los que hablan con tanto romanticismo les digo yo: un tío puede vivir a pan y agua, ¿verdad? Pues ya tienes ahí a esa chica que te gusta, *pa* siempre; pero tú te apuntas a pan y agua *pa toa* la vida. Ten por seguro, que el romántico no aguanta ni un año.

Se echó a reír de su propia gracia. Cruzaron los tres hombres hacia la parte de la calle donde dejaban arrimadas las motos. Las acacias tenían un color verde oscuro al final de la tarde. Pasaba una chica alta, con el pelo cogido atrás con una cinta.

Jesús continuaba riendo, del brazo de Hernando. Se dirigió a López, que ya se había puesto los guantes de conducir.

—Verás cómo piropeo yo a esa chica.

Se adelantó, él solo, hasta ponerse frente a la muchacha que pasaba.

—¡Cordera! —gritó Jesús—. Te voy a romper el vestido a cachos.

La chica no le miraba, torció, si acaso, un poco su camino. Vio, de refilón, que Hernando se reía.

—Te voy a raspar el trasero con un cristal de roca —añadió Jesús reventando de risa.

La muchacha continuó, por la calzada. Se cruzó a la acera y siguió deprisa, casi corriendo, hacia la boca del metro, donde en aquel momento entraba poca gente.

López se acercó a su moto el primero.

—Anda, ¿no te vienes? —dijo Jesús.

Se detuvo todavía un instante, como dudando, sin atreverse a darles una explicación.

—No —dijo—. Tengo que hacer un asunto de mi suegro.

—Lo que te he dicho, te ha *dao* el alto tu mujer —dijo Jesús riendo.

López puso en marcha el motor. A veces le molestaban aquellas bromas, pero Jesús le trataba bien en la oficina. Además, no quería estar solo. No tenía más amigos que Jesús y Hernando y le daba miedo no tener nadie con quien hablar o con quien pasar un rato de juerga.

—Este técnico es un gamberro —dijo Hernando, bromeando, pero como para disculparse de que se quedaba con Jesús.

—Adiós, hasta mañana —dijo López.

Deseaba encontrarse con aquella chiquilla del baile, aunque de repente sentía como un disgusto, sin saber por qué. Quería ser como Jesús. Pretendía hacer las cosas como las hacía su amigo. «Está bien ese *guayabo*, puede salir un buen *cortao*», iba

murmurando.

Dio la vuelta, extendió la mano y siguió, velozmente, hacia la Glorieta de Atocha.

A las siete y cinco, la raya de sol que daba en la casa de enfrente de la fábrica no existía ya. La tarde se apagaba de golpe. La fachada tomaba una tonalidad morada y brillaban los cristales de las ventanas que daban a Poniente. La otra fachada de la casa, la que hacía ángulo, quedaba más oscura, en penumbra. Pero esto sólo duraba un instante, luego, todo el color del edificio se hacía igual, y los cuadrados negros de las ventanas empezaban a encenderse, uno a uno. Las muchachas del segundo turno solían mirar a esta hora la casa de enfrente. Eran las siete y cuarto.

Maruja estaba ya esperándole. La vio: asustada, parada a la puerta del café, vestida con el traje de siempre, con la blusa estrecha y desgastada por el cuello y la faldita negra que le hacía brillos. Estuvo López observándola durante un rato, mientras arrimaba la moto a la acera.

—Pasa, vamos a tomar café.

Se colocaron en una mesa del fondo, en un rincón. Era un café pequeño, que al mismo tiempo tenía un escaparate con cosas de pastelería. También había restaurante, en el piso de arriba.

Maruja se sentó en el borde de la silla. Procuraba parecer tranquila, indiferente, pero hasta le temblaba el pulso.

—He estado pensando en eso de la fábrica —dijo la chica.

—Bueno, ya tendremos tiempo de hablar de todo —dijo López. Tenía mucha indecisión.

Maruja calló un momento, mientras les servían el café. No sabía realmente qué decir y se puso a mirar a la gente que entraba y salía del bar. Llegó un hombre alto, en camisa, que debía ser americano, del brazo de una chica en pantalones.

López estaba pendiente de Maruja, de sus hombros, de algo que tenía en el gesto, en los movimientos de su cuerpo, en sus senos naciendo.

—No haces más que pensar en el trabajo —dijo López.

—Sí, claro —dijo Maruja—. No hay más remedio.

Estaba nerviosa y se puso a beberse el café a sorbos muy pequeños, como si temiera que se terminara y encontrarse sin nada que hacer ni dónde poner las manos.

—Tenía ganas de charlar contigo —dijo López, sonriendo con el mismo gesto que lo hubiera hecho Jesús. Hablaba así, simplemente, como si quisiera colocarse al nivel de la chica, pero, al mismo tiempo, dominarla, hacerle ver que era muy hombre. Acercó más su silla a la de Maruja hasta que rozaron las piernas de los dos debajo de la mesa.

—La Juana, esa de mi barrio, está contenta con trabajar en la fábrica.

—Tiene allí el novio, a lo mejor es por eso —dijo López.

—Sí.

—Porque tiene quien la mete mano a la salida.

López buscó inútilmente alguna reacción en los ojos de la chica. Era como si él tropezara con una muralla, con algo que él había olvidado ya.

—Mira, la verdad es que ahora no hay sitio en la fábrica, además ibas a ganar cuatro perras —dijo secamente, casi de pronto.

Maruja se quedó seria.

López estaba encendiendo un cigarrillo. Se había puesto a encenderlo con premeditación, para ocultar la cara.

—Tengo mala suerte —dijo la chica.

Bajó los ojos y se puso a mirar al resto de café que quedaba en el vaso.

—Se me ha ocurrido para ti otra cosa mejor —dijo López.

—¿Qué?

—Jesús ha alquilado un estudio en la plaza de Manuel Becerra; piensa poner una oficina, para hacer proyectos de instalaciones eléctricas; seré yo el que esté allí, el que *pringue*.

Maruja le miró de soslayo, sin decir nada.

—Podíamos pasar muchos ratos solos —añadió López. Miraba a la muchacha con avidez, brillándole los ojos.

Maruja sentía calor en la cara. Probó el poso de café que le quedaba en el vaso, pero estaba frío y le supo mal. Se puso a dar distraídamente con los dedos en la mesa.

—¿Tienes novio? —preguntó López.

—Salgo ahora con un chico.

López sintió como miedo. No sabía de qué.

—No hace falta que se entere él —dijo—. Se dio cuenta de que la chica estaba llorando en silencio. Se le borró a López el gesto cínico que había grabado a la fuerza en su cara. Se dio cuenta de que la gente les miraba.

—Oye. ¿Qué te pasa? Yo no quería...

Maruja seguía sin levantar los ojos de la mesa.

—Mira, chica, yo no quería que te pusieras así. No creas que soy tan malo. Toda la vida está hecha un lío, ¿sabes? Déjalo, hazte la cuenta que no hemos *hablao* nada —dijo.

Se puso a mirar todo alrededor. Se encontraba, más que nada, nervioso.

—Escucha, están mirándonos —dijo con la voz temblándole—. Yo no pensaba tan mal como crees. De verdad, eres buena chica. Si puedo, te colocaré en la fábrica. Pediré una recomendación a Jesús.

Se alegró al ver que Maruja se tranquilizaba, cuando las camareras que estaban detrás de la barra, dejaron de fijarse en ellos. Experimentaba López, entonces, una mezcla extraña de sentimientos, como vergüenza y culpa y ternura. Se quedó un rato como amodorrado. Se puso a pensar que por la noche tendría que regresar a su casa,

donde estaría su mujer, las mismas cosas repetidas oscuras y vulgarmente; el mundo estaba hecho así, pero, ahora, desde el café, notaba que las calles, la ciudad, encerraban todo lo que de verdad él estaba deseando vivir.

Por la plaza pasaba gente, hombres vestidos con traje de pana, cargados con maletas. Imaginó López que terminaría de llegar algún tren. Un hombre con la cara cansada se acercó a mirar al cristal del escaparate, donde había pasteles.

—Tengo que marcharme —dijo Maruja.

—Si quieres te llevo en la moto, a donde quieras.

—No, quiero ir sola —dijo la chica.

La vio salir, tan pequeña, con los ojos enrojecidos.

Murmuraba: «Soy un gilipollas, es lo que soy, gilipollas». Luego de nuevo notaba congoja y aburrimiento; le parecía que otra vez más había perdido la oportunidad, que toda su vida venía pasándole igual. Sentía asco. Estaba molesto consigo mismo. Encendió desesperadamente un cigarrillo.

El señor Remigio se encontraba como sobre ascuas. Deseaba que regresara pronto su vecino. Quería saber si había sacado algo en claro con el aparejador. Desde que estuvo en casa de Andrés se encontraba lleno de inquietud. El viejo tenía alquilada una habitación, que daba al corral, en una chabola de al lado, en otra de las casuchas que formaban aquella especie de calle sobre la loma, delante del cerro.

No paraba de salir a la puerta, por ver si regresaba Andrés. Era ya noche cerrada. Se oían, mezclados con el silencio, todos los rumores que surgían del campo. Del cielo venía mucho fulgor. No había luna, pero brillaban las estrellas y el Camino de Santiago parecía más ancho y luminoso que nunca.

Llegó el viejo hasta la puerta de la chabola de Andrés. Se quedó en la explanada que se extendía delante del cerro. Había también algunas mujeres, pero el señor Remigio se apartó un poco. Comenzó a pasear por donde estaba más oscuro. Se dio en pensar sobre un sinfín de cosas. El porqué de su preocupación sólo lo sabía él mismo.

«Llevo quince años puñeteros para ahorrar esas perras y ya casi soy un carcamal», se dijo.

Varias mujeres se habían sentado a la puerta de la casa y cuchicheaban sin parar. Desde donde estaba él, no podía oírlas, pero brillaban las manos y las caras blancas de las vecinas, con la luz que salía de dentro de la casa.

—Leñe, que no y que no —seguía diciéndose—. Que me ha *costao* mis buenos sacrificios.

Se dio cuenta de que venía Joaquín, el compañero de Andrés. Lo vio asomar por la boca de la calle, donde ya daba la calluja a la explanada y al cerro. Lo conoció a pesar de la oscuridad, por lo tieso que era y la forma en que andaba. Se acercó el viejo, nervioso, como si tuviera algo que ocultar. Llevaba las manos metidas en el

bolsillo del pantalón. Se le había apagado la colilla y la tenía pegada a la boca.

—¿Qué hay?

—Vengo a ver si se ha *arreglao* algo. Voy a esperar al Andrés.

—Claro que se apañará. Dios aprieta, pero no ahoga, siempre pasa —dijo el señor Remigio. Quería convencerse. Le parecía que era cosa propia.

Siguieron uno al lado del otro paseando por la explanada. El trozo de horizonte por donde iba a salir la luna parecía un fuego. Aunque el viejo lo intentaba, no podía evitar sentirse culpable, responsable de toda aquella triste situación, como si estuviese en su mano resolverlo todo, a cambio de su dinero. «No sé qué *coñe* tengo que ver con ellos, porque viven aquí al *lao*... Llevo quince años *pa* ahorrar esas cochinas perras, quince años», pensaba. Pero no estaba seguro de nada.

Andrés llegó al campo. Le parecía regresar a la tierra de donde salió en su mocedad, mucho antes de tener mujer e hijos. Era un tiempo más remoto, lejano y oscuro; aquella sensación de la noche. Se llenaba de eso su corazón, donde le empezaba la sangre. Tantos años, tantos años. Habían escapado, siendo muchacho. Únicamente le venía ese temblor de la oscuridad: la aldea, con casas de piedras negras sin trabazón y los tejados de montones de pizarras, entre las que salía el humo del fuego, como una niebla. La aldea como una piña abierta y seca entre los cantiles de la sierra. Los hermanos y la madre vieja sentados en el suelo. Había hambre; todos los días había hambre. Se levantaba cada mañana y subía por la trocha hasta el bancal de los habichuelos. Los ponían a secar al sol, sobre las pizarras del tejado; manchas blancas, amarillas, de las pobres cosechas de habichuelos secándose al sol, sobre la negrura del pueblo. Y más hambre. El sol daba pocas horas sobre el breve cielo azul de la barranca. La aldea, la alquería, estaba en lo hondo de un cañón, donde corría el río. Detrás, estaban las montañas. «Me voy a ir a Castilla a mendigar». Se fue. Pero lo más doliente era aquella sensación de la noche, debajo de la cual se notaba la tierra tan viva, gritando con la voz de los grillos. Subió por el camino alto, a la montaña. Abajo, quedaban sesenta o setenta casas negras como la piedra, y temblaban las luces de los candiles y el ruido del río. Su madre y sus hermanos seguirían sentados alrededor de los habichuelos metiendo deprisa las cucharas, las manos, en silencio, sin tiempo para matar el hambre. Sentía los ojos pequeños de sus hermanos. «Leónides tenía siete años». Andrés estaba huyendo aún. Había en su memoria pueblos grandes, alegres, de pícaros, de diversiones, de tabernas, de casas blancas; más todo su recuerdo volvía oscuramente hasta la noche aquella cuando cruzó por el camino alto, oliendo los brezos por última vez y sintiendo las piedras rodar a su paso. Sí, la alquería era como una piña seca y abierta. Se había vuelto Andrés, para mirar la negrura. En el cielo estrecho del valle, las estrellas brillaban con más fuerza que cualquier noche. Le volvía aquel ahogo. Le parecía que toda su vida la había pasado perseguido. Necesitaba beber vino.

—Deme otro vaso, deme otro vaso.

Salió andando, corriendo, y tenía un ansia terrible de llegar a su casa, donde estaban su mujer y sus hijos.

Maruja se puso a esperar un tranvía de los que iban al comienzo de su barrio. Pensó que al día siguiente, mañana, Luis podría tomar el mismo para ir a verla. Estaba sola, entre tanta gente. Desde el centro del paseo de Delicias vio las desoladas filas de casas desconocidas y, en medio, el gris de la calzada. Subían filas interminables de coches. Cruzó corriendo, pisando con temor el suelo. Notaba como si algún miedo la sujetara. Se había deshecho el atardecer y ya era otra noche.

Nadie se apercibió de su llegada, ni de que venía medio llorando.

La madre estaba sentada a la puerta de la chabola. Maruja se sentó a su lado y también se puso a esperar al padre. Había un corro de seis o siete mujeres, casi a oscuras, aprovechando, apenas, la luz del candil que parpadeaba a la entrada. Los chicos seguían levantados. También, un poco más allá, estaban el señor Remigio y Joaquín; se veían las puntas rojas de sus cigarros.

—Tengo ya ganas de saber lo que ha *sacao* en claro —dijo la madre.

—No se preocupe.

—Cómo no me voy a preocupar.

—No lo arreglará con tirarse de los pelos. Ni por más vueltas que le dé.

—No lo apañará así.

Se volvieron todos para mirar a la calle.

—Ya viene —dijo alguien.

Maruja salió corriendo y alcanzó primero que nadie a su padre. Por la forma en que miró, se dio cuenta la chica de que no se había arreglado nada. Estaba triste y olía a vino. Se apercibió Maruja de que su padre había estado bebiendo. Echó de ver la amargura que su padre traía.

La madre les esperó en el umbral, subida al tranquillo donde se habían sentado los chicos, muertos de sueño, con los ojos casi cerrados y como con puñados de arena. Joaquín y el señor Remigio se acercaron, también, al mismo tiempo, hacia la puerta.

—¿Qué hay, Andrés? —dijo Joaquín.

Remigio no paraba de moverse de un lado a otro.

—Nada ¿qué va a haber?

—¿Te ha *arreglao* algo ese tipo? ¿Te ha dicho algo de los de la piqueta?

Andrés dio un paso torpe hacia los hombres. Se había cogido de la mano de Maruja: llevaba a la chica de la mano, igual que cuando era más pequeña.

—*Tos* esos tipos son los de la piqueta, los que de *verdá* quieren machacarnos —dijo secamente.

El corro de mujeres se abrió, para dejarles paso. La madre se volvió para mirar a los chicos.

—Anda, entraros —dijo. Cogió al pequeño en los brazos. El otro echó a andar, tambaleándose, restregándose los ojos con los puños. Tenía un sueño que se caía.

Maruja pasó la última. Se le atravesaba un ahogo en la garganta. Cuando hubo de volverse para cerrar y vio a las mujeres que se retiraban en silencio, cada una por su lado, le dieron ganas de echarse a llorar. Algunas habían traído sillas y se las llevaban, cargándolas sobre la cabeza, como cuando había cine en el solar. Los dos amigos de su padre se quedaron a la puerta. Vio cómo ardían, deprisa, las lumbres de los cigarros.

—Faltan sólo catorce días. Algo hay que hacer —dijo la madre, cuando entraban.

Segunda parte

I

El tiempo transcurría muy deprisa.

Andrés y su hermano Mario se pasaban el día correteando por el campo. A veces, se juntaban con todos los chicos un poco más mayores y se dedicaban a perseguir a los perros vagabundos, a pobres perros atemorizados y hambrientos comidos de pulgas y de garrapatas. Se ponían los chicos a tirarles piedras, campo adelante. Andresillo y su hermano solían quedarse rezagados; no podían correr tan aprisa como los otros. Se ponían a hablar.

—El chico del guardagujas dice que los perros sin amo se hacen lobos — aseguraba Andrés.

—En el Praolongo hay un perro muerto. *Tié* gusanos en la tripa.

—Cuando nos morimos nos *golvemos* gusanos.

—¿También las personas?

—También.

—¿Y los que van al cielo?

—En el cielo están Jesús y Dios.

—¿Cuántos dioses hay?

—Tres.

Sobre todo a los chiquillos les gustaba ver pasar los trenes. Tenían que andar un buen trecho y cruzar el prado y el arroyo de aguas sucias. Se metían en cieno hasta la rodilla. Corrían. Iban junto al paso a nivel o mejor bajo el puente, donde temblaba toda la tierra. Gritaban, agitaban las manos. Saludaban a la gente que se asomaba a las ventanillas o a los fogoneros y a los maquinistas manchados de negro, a los soldados con el pelo al rape.

—¿Por qué no nos hacen caso?

—No nos ven.

—¿Adónde van las máquinas? —preguntaba el pequeño.

—Con los indios —decía Andrés.

Cuando juntaban unos pocos cuartos, corrían hasta Usera, para comprar cualquier golosina. Solían irse también a Orcasitas, donde colocaba el puesto una vieja que

vendía flanecillos a real. Eran unas pastas dulces de gelatina, pegadas a unos papeles de estraza; los había con sorpresa, que tenían debajo, entre el dulce y el papel, una perra gorda.

A Andrés le tocaba un flanecillo con moneda, de vez en cuando.

—Tengo la *güena* —decía—. Las hormigas «del demonio» dan la *güena* suerte.

—¿*Cuálas* son?

—Las de la cabeza *colorá*. Las «de Jesús» son las negras.

—¿Quién te lo ha *contao*? —preguntaba el pequeño.

—Los chicos que van a la catequesis. Dicen que es *pecao* mirar cuando *sagachan* las nenas.

—¿Qué es *pecao*?

—Lo que hacen los novios en el río.

Se marchaban corriendo por todo el campo, por la solanera, a buscar hormigas de cabeza roja. Hacían agujeros en el suelo; cogían vivas a las hormigas más gordas y las metían en una caja de las de cerillas. Luego, se orinaban en los hormigueros.

—Vamos a ahogar a *toas* las hormigas del demonio.

—El Manolito también va a la catequesis, dice que nos van a echar, que van a venir los de la piqueta y vamos a tener que irnos, como los gitanos. Dice que los andaluces somos como los gitanos.

—No nos vamos a ir, el *papa* *pué* más. Ni aunque nos echen.

—El Manolo dice que sí.

—Los de *Madrí* son unos *joputas* —decía Andresillo—. Cuando vengan los de la piqueta los mato como a los indios. Me hago Supermán.

—¿Quién es Supermán?

—Es el que *pué* más que todos, el de los tebeos.

—¿Es americano?

—Los americanos son los machotes.

—El Manolo dice que los chinos son los *güenos*, que las películas son mentiras, se lo ha dicho su *papa*.

—Los negros son los malos.

—¿Los guardias son de Jesús?

—No nos vamos a ir, ni aunque nos echen —decía Andrés.

Luis y Maruja estaban sentados en el suelo, junto a una piedra grande que había en el camino de Orcasitas. Se resguardaban del sol bajo, de atardecida. La piedra daba una sombra larga.

—El suelo está ya seco —dijo Luis.

—Sí, aquí la tierra es como arena.

—¿De dónde eres tú?

—De por Jaén.

Se miraron abiertamente. Luis se dio cuenta de que la chica estaba triste; siempre le parecía que estaba triste.

—¿Por qué no has querido que fuéramos por Madrid?

—Me da lo mismo —dijo Maruja.

—A mí tampoco me importa quedarme por aquí, pero podíamos haber ido.

Luis la cogió las manos, como el último día.

—¿Qué ha dicho tu amigo el de los Almendrales?

—¿De qué?

—De que salgamos juntos.

—¡Bah! Eso es cosa mía —dijo Luis.

Se pararon un rato mirando el campo que les rodeaba, el barrio de Orcasitas, que quedaba como en un hondo. El esqueleto de la cúpula de la iglesia parecía un cesto al revés; las casas en fila caían cuesta abajo por las torrenteras y se juntaban luego, detrás del prado, formando una extraña y pobre ciudad.

Estaban sin soltarse las manos. Se enlazaron los dedos y Maruja sintió que un hormiguillo le corría por el cuerpo. No lo había sentido nunca. Las manos del chico le parecían muy grandes, como si tuvieran una vida, un calor que la muchacha desconocía y le hacía sentir vergüenza. Sentía que la vergüenza le quemaba debajo de las orejas y por el cuello. Le latía la sangre. Y se olvidaba de que iban a tirar la chabola.

Cuando quisieron darse cuenta, vio Maruja por la senda a sus dos hermanos.

—Hola —dijo Andrés.

La muchacha se levantó. Se apercibió de que venían desarrapados y sucios. El pequeño tenía un tiznón en la cara.

—Venga, iros a casa —dijo.

—¿Vais a poner os novios? —dijo Andrés.

Maruja se acercó al pequeño y le tocó la cara, el tiznón que tenía en la mejilla. Le limpió con un pañuelo mojado en saliva. Se agachó para que Luis no se diera cuenta de que se había puesto colorada.

—Venga, iros con *mama*.

Los chicos se resistieron un poco, pero luego echaron a andar, despacio, camino de la casa, volviéndose de cuando en cuando. Andrésillo se dio la vuelta.

—Voy a chivármelo —dijo.

—Sí, vamos a chivarnos —dijo el pequeño.

Maruja se había sentado de nuevo, al lado de Luis. No se atrevía a mirarle a los ojos.

—No les hagas caso —dijo.

—¿Quieres de verdad que seamos novios? —preguntó Luis.

—A lo mejor tengo que irme de aquí.

—¿Por qué?

—Por eso de que van a tirar la chabola donde vivo.

—¿Y dónde os marcháis?

—No sabemos —dijo Maruja.

Se quedó perdida la mirada, observando las siluetas pequeñas de sus hermanos que corrían contra los rayos del sol, por el paisaje ajado, y lleno de cardos. Silbaba un tren.

—Pero yo sí que quiero que seamos novios —dijo Luis.

—Bueno.

—Vendré a buscarte los días que pueda.

—Bueno. Mis padres están muy preocupados con eso de la casa. No sé qué vamos a hacer.

—A lo mejor se os arregla.

—Yo no hago más que pensarlo y me da mucho miedo.

Fueron dando un paseo, hasta el barrio del Zofío. Luis la cogió del brazo. Se recostaron en una tapia que estaba llena de letreros torpemente escritos. Había tres caras pintadas. «Esta es la Lumi, su hermano Pedro y su madre Iluminada». Más allá aparecía un rótulo con una palabrota y dos sexos enlazados grotescamente. Se veía un tachón minucioso con pintura negra; debajo podía leerse todavía: «Protestar contra la subida del pan del año 1914.»

Se habían pasado la tarde en un abrir y cerrar de ojos.

Los chicos se refugiaron en el rincón donde solía estar la cántara del agua fresca. Maruja y su madre seguían frente a frente.

—¿Y quién es ese?

—Se llama Luis.

—Buen tipo será —dijo la madre a media voz, pero casi contenta, sintiendo una velada alegría como si deseara encontrarse menos sola.

—Es mecánico.

—Tendrá que hablar con tu padre, en el pueblo era *asín* la costumbre, ya lo sabes.

—Aquí no —dijo Maruja.

—¿Le has *contao* que van a tirar la chabola?

—Sí.

—¿Qué dice?

—Me ha dicho que nos pongamos novios.

—A ver lo que cuenta tu padre. Estamos *arreglaos* —dijo la madre—. Estamos *apañaos* con tó; y los días que vuelan, sin que encontremos *aonde* meternos.

Maruja se quedó mirando a los chicos, que seguían arrinconados junto a la cántara. Se veía la panza roja de barro. Mario, el pequeño, vino corriendo hacia su hermana. Se apoyó en el regazo de la muchacha, con la cabeza agachada.

—Yo no soy un chivato, ¿sabes?

—Ya lo sé.

—Ni yo —dijo Andresito desde el rincón.

—Ya lo sé.

Se acercó, también corriendo, a Maruja.

Faltaban once días para que vinieran los de la piqueta. La madre se salió a la puerta de la casa. Oía a la chica, que estaba jugando, abrazada a sus hermanos, como reconciliándose con ellos. Pensaba la madre que Maruja era todavía muy pequeña, una niña. Sentía congoja. Echó un poco de agua en el suelo y se puso a barrer. Miró los muros de fuera, blanqueados de cal, y notó el olor fresco de la casa. «Hemos ido poniéndole remiendos poco a poco». La tierra de la entrada, la que rodeaba la chabola, por donde echaron los cimientos, era aplastada y dura. «Ya es viernes mañana». El geranio tenía más flores, crecían dos tallos nuevos, tan verdes.

II

Pasó el viernes y el sábado, y llegó el día de fiesta. Los padres estaban solos en la casa. La chica había salido temprano, andaría con Luis. Los chicos jugarían a la sombra de cualquier tapia. No se veía ni un alma por todo el campo, seco y desarbolado. A la hora de la siesta, el domingo, desde la puerta de la chabola, se divisaba el paisaje más vacío, más desoladamente quieto de la semana. Se oía el canto de alguna chicharra. Parecía que hubiese estallado de pronto el verano. El sol lo llenaba todo y se notaba el aire temblando, como un humo transparente.

—Sólo faltan ocho días —dijo la madre, María.

—¿Qué le voy a hacer yo? ¿Yo qué puedo arreglar?; no hago más que darle vueltas y más vueltas.

La mujer se puso a recorrer la casa de un lado a otro, sin hacer nada. Estaba medio desnuda, asfixiada de bochorno. Se le notaba la espalda algo encorvada y los huesos de las clavículas. Tenía ganas de hablar, para no sentirse tan sola.

—¿Qué dicen los de la obra?

—¿Qué quieres que digan?

María se asomó por entre el filo de la cortina. Se consoló un poco, porque era temprano, porque caía tanto sol. Todo parecía que estuviera muerto, lleno de paz.

—¿Y Joaquín?

—Dice que puede meter a los chicos en su habitación, ya lo sabes.

—Si pudiésemos hacer un chamizo en otro *lao*...

—No se puede.

También el padre estaba de pie. No conseguía descansar. Le parecía que pasaba el tiempo sin ninguna utilidad, fatalmente. Anduvo, unos pasos, con torpeza y, luego, se colocó al lado de su mujer, pegado al borde de la cortina que daba al campo.

Hacía días que nadie iba a verlos. El sábado se había tropezado Andrés con el señor Remigio, por casualidad, a la entrada de la calleja.

El viejo venía como sonámbulo, cuesta arriba. Se quedó arrimado al muro de una de las chabolas.

—Hola.

No sabía Remigio qué decir. Se puso a moverse de un lado a otro. Deseaba continuar hacia su casa; aunque no se atrevía a dejar al otro, abandonarle con aquella interrogación en la cara, con esa pena.

—No encontramos *ná*, ni sé lo que vamos a hacer —dijo Andrés.

—No hay que desesperar —dijo, al fin, el señor Remigio—. En cuanto sepa algo...

—Si al menos tuviéramos cuartos para un traspaso... —dijo Andrés.

—No preocuparos, en cuanto sepa algo *arreglao*, iré a veros —dijo el viejo.

Se fue deprisa, sin volver la cara. Se imaginaba que Andrés sabía que tenía aquel dinero, que se lo figuraba al menos. «No *pués* tener corazón ni *ná*. No se ha *pasao* uno quince años dale que te pego, *pa* que ahora...».

Se metió en su casa, en su habitación tan oscura, y se dio a pensar en cosas diferentes, que nada tenían que ver con el derribo de la casa.

María y Andrés notaron que el viejo hacía por evitar cualquier encuentro con ellos. No les extrañó, aunque a veces sentían mucha amargura. No era el señor Remigio sólo el que se hacía el desentendido. La gente tenía miedo a hacer causa común con Andrés y su mujer, a opinar, a decir nada. Estaban casi convencidos de que vivían allí de milagro y de que lo más conveniente era callar. Temían que los echaran, que los volvieran a sus pueblos por la menor causa.

—Estamos así, como animales *encerraos* —dijo Andrés.

—¿Has *preguntao* tú por el barrio?

—Nadie tiene donde meter un alfiler.

—¿Y el traperero?

—Pide doce mil.

—¿Y...? —Se quedó dudando—. ¿Y el tendero, el *Azafranao*?; ese te fía, podía alquilarnos el almacénico de atrás.

—Dirá que no —murmuró la mujer.

Sintió como una duda, algo. Se quedaron parados, pensándolo, igual que si

después de muchos días necesitaran descubrir alguna remota posibilidad.

—No, dirá que no —repitió María en voz más baja aún.

—¿Y si fuéramos a él? ¿Si se lo soltáramos de sopetón?

—Bueno, podemos acercarnos.

Se quedó un instante pensativa.

—En cuanto afloje un poco este calorín —añadió.

De nuevo, los dos juntos, se pusieron a mirar al otro lado de la cortina. Por el campo, por la solanera, soplaba un viento de bochorno. La madre deseaba, ahora, que el tiempo corriera deprisa. Estaban tan nerviosos que no pudieron esperar mucho. La mujer repetía de vez en vez: «No, si no...». Pero deseaba dar aquel paso lo antes posible. Salieron cuando todavía pegaba de lleno el sol y el calor se agarraba a la tierra con fuerza y el leve viento no conseguía arrancarlo. Se echaron a andar por el campo.

Iban un poco separados el uno del otro. Andrés acertaba el paso cuando veía que ella no podía seguirle. Se pararon un gran trecho sin hablar palabra. Las casas asomaban su tristeza, su soledad. Aquella chabola con su parcelita, apenas de dos pasos, sembrada, verde, delante, con los tres girasoles amarillos y doblados por el aire seco.

—Puede que no esté en casa —dijo Andrés.

—¡Quiá! Ese despacha los domingos por debajo cuerda —dijo la mujer—. Le untan al *ispetor*.

Era en el próximo grupo de casuchas, ya más cerca de Usera. Se veían las medianerías rojizas, sobre el cielo, en el paisaje monótono, sobre la misma tonalidad de la tierra, de los arenales.

Entraron por la puerta de la vivienda del tendero. Había un patinillo donde entonces caía ya la mitad de sombra y, en el mismo, se abría otra puerta que daba directamente a la trastienda. Todo estaba recién blanqueado con cal.

En el patio vieron a una mujer con un niño de seis o siete meses en los brazos. María la reconoció.

—Queríamos hablar con su marido.

—Está dentro despachando a unas, en seguida sale.

María y Andrés se acercaron a la mujer del tendero. Parecía una infeliz. María se puso a hacerle carantoñas al chiquillo, mientras Andrés se quedaba un poco detrás, con los brazos caídos.

—Es muy rico.

—Sí —dijo la mujer—. Va a cumplir los siete meses. Empezó a moverle para ver si se dormía. Le cantaba:

Este niño chiquito

*no tiene cuna,
su papá es carpintero
le va a hacer una.
Este niño es chiquito,
no tiene a nadie,
tiene un calabacino
lleno de aire.*

El niño no se quería dormir. Andrés se colocó enfrente y le tocó pitos con los dedos, aunque no tenía humor para nada. El niño sonrió; agitó un poco los brazos y las piernas.

—Está muy *espabilao*, no es porque sea mi hijo —aseguró la mujer del tendero—. Ya hace pedorretas. ¿Ustedes viven en Orcasitas?

—Un poco más acá —dijo Andrés.

En ese momento se dieron cuenta de que salían dos muchachas gordezuelas; llevaban unos paquetes en la mano.

—¡Genaro! —llamó la mujer.

Andrés y María se quedaron mirando al hueco de la puerta que daba a la trastienda. Vieron al tendero que salía hacia el patinillo. Era un hombre bajo, de cara afilada.

—Buenas tardes. Pronto empezamos a disfrutar del calor —dijo.

Se les quedó mirando. Notó que no venían a comprar.

María y Andrés tenían las caras como demasiado serias y ceremoniosas. Se dio cuenta por eso, de que venían a pedir algo, de que eran *grullos, del ronquío*, pobres gentes.

—¿Qué quieren? —les preguntó. Se quedó mirando más que nada a su propia mujer.

—Quieren hablar contigo —dijo ella. Se puso a darle paseos al chico que lloriqueaba.

—Verá —dijo María—. Sabemos que tiene vacío el almacénico de atrás; queremos que nos lo alquile *pa* dormir...

El tendero iba cambiando de expresión según la María continuaba. Ella terminó, ya llena de desaliento:

—... Sólo por unos días, mientras resolvemos. Van a tirarnos la casa.

El comerciante empezó a mover la cabeza de un lado para otro, a mover todo el cuerpo, y a sonreírse o a tomarlo a broma, igual que hacen las personas mayores cuando piden algo imposible los niños.

—Son ustedes, son ustedes... —dijo.

Andrés sentía calor, un calor grande por el pecho, hasta la cara, como si la sangre

le subiera desde los talones.

—Van a tirarla y nos van a poner en la calle, tengo tres chicos —dijo.

El tendero se había puesto pálido, con la cara triste, de circunstancias.

—Dios mío, cuántas penas —dijo—. Si uno pudiera arreglárselos a ustedes, pero ese almacén yo... Es indispensable en un comercio, por pequeño que sea, comprendan.

Cambió de voz.

—¿No han preguntado ustedes? A los del «Barrio sin permiso», allá por la autopista, les dieron casa a todos, que yo sepa —dijo.

—No nos dan.

Andrés sentía mucho calor, todo el calor de la tarde, aunque la sombra llenaba ya por completo el patio; sólo en el piso de arriba quedaba una franja de sol.

No tenían ya nada que decirse. La mujer del tendero continuaba dándole paseos al chico. María cogió a Andrés por el brazo. Todavía se volvió para dirigirse al tendero.

—Tenga compasión.

—Dios mío, Dios mío, si yo pudiera —dijo el hombre.

*Mi niño es chiquito,
se va a dormir,
le haremos la camita
en un torongil.*

Pobrecicos, Dios mío, tres avemarías para que se les arregle. Dios te salve, María, llena eres de Gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto...

Por la Santísima Trinidad, en Niño Dios, por el Santo Rostro que se conserva en la Catedral de Jaén, bajo siete llaves. Dios te salve María, llena eres de Gracia el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre...

*Ea, ea, ea.
Ea, no ea.
Cominitos y clavos
y alcaravea.*

Los padres se pasaron el resto de la tarde en la casa, solos, sin encender la luz del candil. De tarde en tarde, la mujer se ponía a gemir, y el hombre que estaba sentado en el suelo, encendía un cigarrillo.

—Es como si todo estuviera en contra nuestra.

—Si supiera quién tiene la culpa... —dijo la mujer. Paró de llorar. Fue a oscuras hasta la pared, apretó las manos contra el muro, como si quisiera derribar ella misma su casa. Le dio como una convulsión de rabia. Se irguió, alzándose sobre sus talones. Respiraba con un sonido ronco, precipitado.

—Me *cagüen* —dijo el hombre, desde el suelo.

María apretó la cara contra la pared, la boca. Notaba la saliva con el yeso, el sabor y el olor del yeso mojado. Ya no sabía contra quién sentía rabia, aquella ciega rabia que se le fue deshaciendo cuando otra vez empezó a sollozar.

—¿Qué vamos a hacer? Nos hemos *pasao* poniendo los ladrillos uno encima del otro, *pa* que ahora... ¿Qué vamos a hacer? Nos hemos *pasao* trabajando y guardando *pa* poder venir a una capital, *pa* que ahora... Hemos *estao* soñando con venirnos, y relamiéndonos del gusto porque ya te iban a pagar una paga entera, *pa* que ahora machaquen la caseja en cinco minutos y te digan: «Hala, váyanse *ustés*». O *pa* que tengas que entregar los chicos que estás viendo crecer como arbolillos y nos veamos *tiraos* debajo de una tapia como los mismos gitanos, como la gentuza. Nos hemos *pasao* la vida haciendo cuentas, *pa* que ahora...

De nuevo le iba creciendo, agrandándosele el odio, secándosele la garganta y los ojos, anudándosele los músculos de las piernas, de los brazos y de la espalda. Respiraba y echaba su aliento contra la pared.

—Es nuestra mala suerte, pero si supiera quién *tié* la culpa —gimió. Empezó a golpear contra el frío del muro.

—¡Estás loca! Me *cagüen* —dijo Andrés.

III

Maruja no podía resistir en la casa. La tarde empezaba a nacer, con todo el peso del sol en lo alto, sobre los tejados, sobre los surcos endurecidos y las lomas. No había ni una pequeña sombra. Pero, a pesar del calor, Maruja se fue. Salió al tiempo que sus hermanos. Se volvió desde la puerta, sujetando la cortina de flores con las manos.

—Me voy con ellos, al Praolongo —dijo.

La madre se figuró que habría quedado temprano con Luis.

—A ver cómo te portas —le dijo en voz baja, para que el padre no pudiera oírla.

Los chicos se fueron hasta el paso a nivel. Maruja se quedó sola en el prado. Corría un poco de aire y se notaba más fresco que dentro de la casa. Sobre todo, no

quería la chica oír cómo sus padres contaban los días, los ocho días que faltaban para que vinieran los de la piqueta a derribar la casa. Las chabolas se asomaban al arroyo, proyectaban una raya de sombra por el lado de Levante. Tomó asiento en un montón de tierra y se puso a dibujar en el suelo con una china. Luego, a ratos, se quedaba inmóvil. No hacía nada, ni siquiera quería pensar.

Todo el descampado estaba vacío. Sólo había un corro de gente alrededor de una casucha. Reían. Permanecían allí a pesar del calor. Era una boda. Se dio cuenta Maruja de que era una boda cuando vio salir a los novios. La muchacha vestida de blanco, con un traje que casi le arrastraba por el suelo.

Al poco, echó a andar toda la gente por en medio del campo, bajo el sol. Lo menos iban quince o veinte personas. Los hombres vestían trajes oscuros, de invierno, y calzaban zapatos cubiertos de polvo. Las mujeres iban de manga corta, pero llevaban las rebecas, dobladas y al brazo, para que las dejaran entrar en la iglesia. Saltaban todos, reían, al pasar a brincos por encima de las matas de cardos. Llegó la comitiva a la senda.

Maruja se levantó y se puso a seguirles, de lejos. Se había echado a andar detrás, impensadamente. Algunos chiquillos, descalzos y desarrapados, que habrían salido de cualquiera de las casas próximas, también iban siguiéndoles. El velo de la novia se agitaba con el viento; parecía una bandera blanca. Luego, corrió detrás del cortejo una nube de polvo. Se mezcló entre la gente y les obligó a todos a cerrar los ojos. Se deshizo, al fin, por la lejanía del campo. La chica que iba a casarse tenía la cara contenta. Otra muchacha le había dicho alguna cosa y la novia no paraba de reír.

Una mujer, que cruzaba el campo en dirección contraria, cargada con una cántara de agua, se paró y se quedó mirando.

—¿Dónde es la boda? —gritó.

—En San Fermín —dijo uno de los invitados que marchaba detrás.

Los chicos descalzos aprovecharon el momento para ponerse a gritar, a armar algarabía.

—¡Vivan los novios! —dijo uno.

Se volvieron los de la boda. Lo tomaron a chungu.

—¡Vivan! ¡Vivan!

Reían y gesticulaban, al tiempo que seguían andando por la senda. Una muchacha se había quitado los zapatos de tacón y andaba descalza. Hacía mucho calor. Maruja continuó detrás un buen trecho, hasta que llegó a la meseta de Orcasitas. Allí se paró en una sombra. Vio perderse al grupo sobre una loma, por el camino adelante. El murmullo, las voces, fueron esfumándose, poco a poco, y sólo quedó el campo en silencio.

Se paró Maruja un rato como amodorrada, imaginando a la muchacha que iba a casarse. Cuando quiso darse cuenta había llegado la hora en que tenía que encontrarse

con Luis. Y le dio mucho miedo y sintió mucha inquietud. Le parecía que tenía necesidad de correr a echarse en brazos de Luis, antes que se hiciera tarde, antes que vinieran los que iban a derribar la chabola y ella hubiera de irse por ahí, sabía Dios dónde.

Llegó corriendo al sitio en que había quedado citada con el muchacho.

Por la calle principal se veían las mismas caras, los mismos jovencuelos endomingados, como todos los días de fiesta. En las tabernas entraba y salía la gente. Tres chicos, de alrededor de catorce años, entraron atropelladamente en el bar que había al lado de la parada del tranvía, para ver la pizarra en la que estaban escritos los resultados del partido de fútbol, de la Copa del Generalísimo Franco.

—Son unos tíos los del *Atleti* de Bilbao —dijo uno que tenía la cara llena de pecas.

Maruja y Luis se abrieron paso, entre el grupo de mozalbetes, a empellones.

—¡Qué gaita! —dijo Maruja.

—¿Te gusta el fútbol? —dijo Luis.

—Sólo he visto jugar a los de Orcasitas, en el campo que hay cerca de la iglesia de Maristela.

Los tranvías que bajaban camino de Madrid iban repletos. Unos niños les dijeron adiós desde la ventanilla. La mitad de la gente, muchos viajeros, iban de pie en los pasillos, agarrándose donde podían. En la trasera se habían subido dos hombres que se sujetaban con las manos en la ventanilla de atrás. Renqueaban los coches y todo parecía tener encima esa lentitud de los días festivos.

—¿Y si bajásemos toda la calle, andando, hasta el río? Allí estará más fresco —dijo Luis.

—Bueno.

Continuaron por la acera de la sombra. Luis la cogió del brazo. La chica pensaba: «Mi novio». Tenía ganas de decir esas palabras a cualquier persona conocida con la que se encontrase. Le resultaba raro y extraño, pero le alegraba pensar que tenía novio o al menos que podía repetir aquellas palabras demostrativas de que ya era una mujer. Maruja notaba el hombro del muchacho, rozándole la cara. No podía evitar el sentirse contenta, aunque, de vez en vez, pensaba que iban a tirar la casa y se ponía triste. Un viejo les miró desde un portal, les siguió un rato con la vista. Maruja se dio cuenta. Pensó en el señorito amigo de Juana que le había pedido que fuese con él. Lo recordaba sin ningún temor. Le venían las cosas revueltas por la cabeza.

—Mi madre ya sabe que salgo contigo —dijo.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó Luis.

—Sí.

—¿Y tu padre?

—No hace más que pensar en eso de que van a tirar la casa.

—Si yo pudiera ayudaros en algo... —dijo Luis.

—Está *desesperao*. Se han *quedao* los dos en casa *desesperaos*, pero temo más a mi padre; a mi madre se le pasa pronto.

De repente se había puesto serio. Le corría como una sombra por la cara y se quedó sin mirar nada.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti? —le preguntó Luis.

—No sé.

—Que aunque eres pequeña pareces muy valiente.

—¿Sólo eso?

—No, más cosas.

Se echaron a reír. Se les pasaba la pena y luego, les venía de nuevo la inquietud, el temor, el recuerdo de que iban a tirar la casa.

Al llegar al puente torcieron por un camino a mano izquierda. En los pretiles de cemento de la canalización del río había sentadas otras parejas de novios. Bajo los árboles de la orilla se detuvieron. Pasaron un momento mirándose. La luz tenía una tonalidad verde, por la transparencia de las hojas.

—Qué pelo tan claro tienes —dijo Luis.

Maruja calló y se puso a mirar las manos del muchacho, que tenía enlazadas entre las suyas. Luis encajó sus dedos entre los de la chica, fuertemente.

—Me haces daño. No hago más que pensar que nos van a tirar la casa.

—Es *verdá*.

Se soltaron las manos y se quedaron mirando el suelo.

—Me daría mucha rabia no volver a verte —dijo Maruja.

—Ya verás como se arregla. Seremos novios, se empeñe quien se empeñe.

Maruja se sentía extraña, cuando quedaban sin hablar y se movían las hojas de los árboles. También la ponía triste el rumor del río. El chico la besó en los ojos. Maruja notaba la respiración ahogada de Luis, el olor amargo del tabaco.

—Yo también te quiero a ti.

—A ver si se os arreglan las cosas. Si tuvierais algún *conocimiento* que quisiera... No hay más que cabritos por ahí.

—Mi padre fue a ver a un señor, pero no le hizo caso.

—Si no tienes mano con algún pez gordo...

—Mi padre dice que los señoritos son peor que los de la piqueta, como los jefes de esa Juana, la que encontramos en la taberna de Lali...

—¿Qué te quería ésa el domingo? No me atreví a preguntártelo por lo claro.

—Nada.

—Ahora ya soy tu novio, ¿no?

—No me quería nada, que saliera con un amigo del que va con ella, ya te dije.

—No quiero que salgas con nadie, con ningún tipo de ésos.

Luis se calló y le soltó las manos. Se puso a escuchar el ruido del río en lo hondo, el murmullo que había por toda la alameda. Fueron andando despacio, hasta llegar a los pretilos de cemento. La luz del final de la tarde corría haciendo brillos por el agua. Unos chiquillos desnudos estaban chapuzándose desde una gran piedra blanca que había en el borde de la corriente.

—¿Te has *enfadao*? —le preguntó Maruja.

—No, qué va.

Maruja tenía miedo de regresar a su casa. No obstante, la embargaba una inquietud o un miedo tiraba de ella. Siempre pensaba que cuando llegase podía encontrarse algo nuevo, que a lo mejor se había arreglado todo, como en un milagro.

Empezaba una noche bastante clara; no sólo era el brillo de la luna menguante, sino también una luz difusa, total, que venía de las estrellas.

Maruja vio al pequeño, a Mario, llorando a la puerta.

—¿Qué hay?

—Al Andrés le ha *pegao* *papa*.

—¿Por qué?

—Hemos *veníó* tarde y la *mama* está mala.

La muchacha entró corriendo. Su madre estaba sentada en el borde de la cama. Tenía el pelo revuelto, desgredado y la cara pálida como una pared.

—No es *ná*, no te asustes, ya se me ha *pasao* —dijo la madre, dirigiéndose a Maruja.

El padre, sentado en una silla baja de esparto, miraba como un bobo a su mujer. Se restregaba las manos, los muslos y, luego, apoyaba los codos en sus propias piernas y se cogía la cabeza por las sienes. Se oía gemir fuera al pequeño. Andresillo estaba acostado y ahogaba su llanto contra el colchón de la cama. A ratos, se le oía como el cacareo de una gallina, cada vez menos, cada vez más despacio. Todo iba calmándose poco a poco.

Maruja se sentó a la puerta, al lado de Mario. Cogió al chico entre las rodillas y se puso a besarle.

Pasaron, cerca, unas chicas. A Maruja le pareció recordar que eran también amigas de Juana. Las conocía de encontrarse con ellas en la fuente. A una, que tenía el pelo moreno, la había visto por la tarde, entre la gente que iba a la boda, en Orcasitas.

—¿Te vienes al cine?

—No puedo —dijo Maruja—. ¿Qué ponen?

—*Camino del Oeste*.

—No, no puedo ir.

Las vio alejarse. De algunas casas salían hombres y mujeres. Se iban al «cine al aire libre». Le parecía a Maruja que ella y sus padres eran otra gente, que estaban

apartados de todos, condenados. Imaginaba que aquella tragedia era sólo de su propia familia. Y le daba mucho miedo.

IV

Si fuera a menda al que quisieran echar, defendería a sus hijos con uñas y dientes — dijo el oficial de la cuadrilla de albañiles, que se llamaba Paco—. Era delgadillo y leía *Pueblo* para enterarse de las cuestiones internacionales. Tenía el periódico abierto, cogido con las dos manos. Olía la tinta fresca del papel.

Andrés, aunque mucho más viejo, era peón. Se quedó mirando al oficial con cara seria, angustiada.

—Se habla mucho, Paco, pero luego...

—Bueno, viejo, no se ponga así. Me hago cargo...

Dobló el diario y se lo guardó en el bolsillo de la americana. Habían terminado el trabajo hacía poco rato. Era el momento de salir. A los rincones de la casa en construcción llegaba un nuevo atardecer. Joaquín, el peón suelto, que también vivía por Orcasitas, y otro, que era enlace sindical por *los sin calificar*, esperaban a Andrés. Paco se hizo un poco el remolón y aguardó a los otros oficiales.

—Estos jienenses, estos del *ronquío*... —dijo—. Al final vamos a tener que sacarles las castañas del fuego.

—Que lo digas.

Los peones salieron más tarde. Andrés estaba como abstraído. Parecía que el descanso mezclándose con la atardecida, con el ligero frescor que traía el aire, avivaba su pensamiento y le mostraba más cerca el peligro, el temor, la vida que se echaba a perder, sin que él pudiera hacer nada para arreglarla. No podía quitarse de su cabeza la idea de que, irremisiblemente, iban a derribar la chabola. Se sentía impotente. No sabía contra quién luchar. Le parecía mentira que no faltaran más que seis días, que las cosas continuaran igual, sin que hubiese ocurrido ningún cambio. Le parecía todo mentira.

—Mañana, miércoles —dijo en alta voz.

—Calla —dijo Joaquín.

—¡Leña puñetera!

—Calla, vamos a tomar unos blancos. *Tiés* que animarte un poco. —Le pasó la mano por la espalda; se la dejó un rato en la espalda, sin saber qué decirle.

Al final de la calle había un almacén de aguardiente. Era donde los albañiles compraban el vino, cuando comían en la obra.

El enlace de los peones parecía unos años más viejo que Joaquín y que Andrés, y sabía leer y escribir medianamente porque, según decía él mismo, había sido guarda jurado de Reforma Agraria, en tiempos de la República. Se llamaba Santiago.

Entraron. La taberna olía a la pez de los pellejos y a vinagre. Había una gran soledad. Un gato rubio estaba tendido en el suelo. En un cartel ponía: «Prohibido cantar bien y cantar mal». Tardó un rato en aparecer el tabernero, un hombre medio calvo, que se peinaba para adelante, con el pelo pegado a los cascos.

—Un litro de blanco y unos vasos.

Pusieron los vasos y la botella sobre la cuba que había arrimada en un rincón.

—Estoy bien *amolao* —dijo Andrés. Se bebió el vino de un trago—. Faltan sólo seis días y...

Sobre todo, le daba miedo echar la cuenta de los días, contarlos. «Faltan ocho». «Faltan siete». «Faltan seis». Siempre estaba con lo mismo. El derribo era algo irremediable. No sabía qué hacer, qué decir. Miraba la tarde, marchándose, y sentía ahogo. Notaba que se había pasado otro día más. Era igual. No sabía cómo parar el tiempo.

—Qué asco de vida —murmuró.

Por la calle pasó un coche, lo vieron cruzar, al otro lado de la puerta. Andrés empezó a mover los pies. Tenía la cabeza gacha y se puso a tocar con el pie a una bola de papel que había en el suelo.

—No sé cómo voy a salir de esto, no sé cómo.

—Ya te he dicho lo de los nenes. He *hablao* con mi mujer, los cuidará como a los míos, aunque aquello es tan chico que no podemos amontonarnos *tos* juntos, compréndelo.

—Ya —dijo Andrés—. No sé qué voy a hacer con la muchacha y la mujer.

Santiago, el enlace, dijo:

—Aquí nos tienes a los compañeros, si pones una lona en la medianería de atrás de la obra, ni Dios te va a decir nada, mientras dure el trabajo...

—¿Y el *encargao*?

—Ni Dios va a decirte palabra, allí en el solar...

—Es *verdá* —dijo Andrés.

Se bebieron la segunda ronda. El vino era clarete y pasaba bien. Cada vez bebía más deprisa y se desesperaba más. El derribo le parecía algo fatal, contra lo que no podía hacer nada. Estaba lleno de angustia. El Joaquín miró a un almanaque que había colgado debajo de la anaquelera de las botellas, a una estampa con una mujer rubia medio en cueros. Santiago llenaba deprisa los vasos.

—Bebe, anda, bebe.

—Pónganos otra botella por mi cuenta —dijo Joaquín.

—Déjame pagar —dijo Andrés.

—No, hoy no pagas; los amigos son para las ocasiones.

—Tú que lo digas —dijo el enlace—. Hay que pasar esta vida a tragos.

Andrés notaba como si estuviera encerrado. Se daba cuenta de sus caras, los gestos que hacían, de toda su tranquilidad, de sus buenas palabras. Le parecía como si a los otros no les importara mucho lo de la chabola, como si fueran seres indiferentes, ajenos, extraños. Sentía una luz que le subía hasta los ojos. Se pasó un rato grande callado, lleno nada más que de angustia. Le daba rabia saber que seguían hablando como si tal cosa. No le parecía cierto que nadie pudiera preocuparse de otro asunto si no era del derribo.

—Si fueran muchos los de las chabolas que van a tirar, seguro que no se atrevían —afirmó el enlace.

—Qué iban a atreverse —dijo Joaquín.

Andrés levantó la cabeza, para mirarles. Casi no veía. Le dolían las sienes. Bebía porque no quería pensar, ni darle más vueltas a las cosas.

—¿Qué decías? —le preguntó el enlace.

—No, nada —respondió Andrés.

Andrés se volvió de nuevo a arrastrar los pies por el suelo sucio. Tocaba Andrés con la puntera de la bota la bola de papel que había sobre el piso.

Joaquín y el enlace hablaban más alto. Se llenaban, el uno al otro, los vasos de vino, también el de Andrés. Charlaban del trabajo y se sentían valientes.

—Verás...

—Verás...

—Lo que pasa es que a los peones nos quieren sólo para hincar el lomo —dijo el enlace.

—Claro.

—Lo que pasa es que plantáis el dedo en la nómina porque la *mitá* no sabéis escribir.

—Eso es —dijo Joaquín.

—Y que yo he visto un cartel que pegan en la calle, con un peón *pintao*. «Los brazos sin *ténica* no valen», dice.

—¡Qué *leñe*!

—Y yo he *sío* guarda y luego he *estao* plantando pinos en la Repoblación, y los ingenieros dicen que hay que plantar pinos *pa* que llueva más.

Andrés intervino. Miró con rabia al enlace.

—Qué me importa a mí que llueva, si me he *tenío* que venir del pueblo de mi mujer porque no tengo ni una maceta de tierra, y en mi pueblo no dejan subir las cabras al monte *pa* que no se coman los tallos, y se mueren de hambre —dijo.

—Sí.

—Y no dejan hacer carbón con el brezo, en el verano, *pa* que no ardan los pinos.

—¿De dónde eres tú?

—De la provincia de Cáceres, por la sierra —dijo Andrés.

El enlace se puso a paladear el vino.

—Es lo mejor que se bebe por este barrio —dijo.

—Desde luego —dijo Joaquín.

Charlaron más, un gran rato.

Andrés siguió sin preocuparse de lo que los otros hablaban. Le temblaba todo el cuerpo. Le venía el temblor y le cegaba, le inundaba la cabeza. Iba haciéndole un fuego, una mezcla de claridad y de inconsciencia.

—Lo que hacen falta son perras, cuartos, *dineros* es lo que hace falta —dijo.

Los otros se le quedaron mirando.

—Eso —se rio el enlace—. Nos han *amolao*.

—Claro, eso —dijo Joaquín—. Dime: ¿dónde lo encuentras?

Andrés se puso a gritar:

—Lo hay, ¿sabes? Lo hay por ahí, a espuestas. Está *to* lleno, aunque no te den ni un chavo. ¡Lo hay a espuestas!

«Tengo que ir a ver a Maruja, no tengo más remedio que ir a verla —pensó Luis—. Me ocurre igual a esta hora, todos los días. El caso es que luego nos ponemos a dar vueltas por allí y no tenemos nada nuevo que decirnos, nada más que hacemos que hablar de que van a tirarles la chabola. *To* los días estoy *preocupao*, pensando si habrán *llegao* ya los de la piqueta y que es uno un infeliz, un muerto de hambre que no puede hacer nada. Ayer llego y me estoy mirando por alrededor, sin fijarme mucho, y no oigo más que decir: ‘es el novio de la del Andrés, de los paletos a los que van a tirar abajo la chabola’. Y yo no sé por qué los que mandan quieren que no se venga nadie de los pueblos. Lo que más me fastidia es no poder hacer algo por la chica, por la Maruja, que es mi novia...».

Por la espesura, entre los tejados de Lavapiés, cruzaban nerviosas las sombras de los murciélagos. Algún coche se abría paso, haciendo sonar la bocina, entre el río de gente, entre la sombría multitud que llenaba las calles. Empezaba a ceder el prematuro calor y los vecinos sacaban las sillas para sentarse a la puerta de sus casas, al fresco. Las mujeres picoteaban las palabras, como gallinas. Y las niñas entonaban las viejas canciones de todos los años. Luis se puso a escuchar. Sentía tristeza, cuando las oía.

*Quisiera ser tan alta
como la luná,
¡ay!, ¡ay!,*

como la luná
como la luná.
Para ver los soldados
de Cataluñá,
¡ay!, ¡ay!,
de Cataluñá
de Cataluñá.

Antonio y Luis iban juntos. No hablaban. Luis tenía ganas de andar, de correr, de llegar pronto. Pero le parecía que todas las cosas estaban quietas, que la vida seguía un curso muy lento, angustioso. Montaron en un tranvía y se quedaron en la plataforma. Luis sacó un cigarrillo y lo encendió, sin darse cuenta. Se apercibió de que estaba fumando cuando ya tenía el cigarrillo encendido. Le ofreció, entonces, a Antonio.

—¿Si quieres uno?

—No; fumas ahora mucho. —Luego dijo, en broma—: Como si estuvieras en un entierro.

—Si empiezas así... Quería hablar contigo, pero si lo tomas a broma... —dijo Luis.

—No, *coñe*, no. ¿Qué te pasa? Creí que hoy no ibas a ver a la Maruja.

—Me pasa que no sé qué hacer, que ve uno que es una mierda, y no sé qué resolver cuando la pongan a la chica en la calle.

Antonio vio que su amigo estaba triste, como derrotado. Se puso a morderse los labios, sin saber qué contestarle. Siguieron callados, en la plataforma de atrás del tranvía. Se movían las luces de toda la calle. Ya cerca de Legazpi, dos borrachos hacían eses alrededor de un árbol, cantaban el *Halá, Madrid*. En la plataforma se había acercado el cobrador del tranvía, con los billetes.

—Así están las cosas —dijo.

Luis se volvió como si le hubiesen pinchado.

—Sabe Dios por qué se emborracharán, cada uno sabe lo suyo.

—No lo ve *usté*, se emborrachan por el *Madrí*, está bien claro —dijo el empleado con mala cara.

—Vete a saber —dijo Luis.

—El que no sabe dárseles de *bofetás* con la vida es un cobarde, digo —siguió diciendo el tranviario. Era un hombre pelirrojo, con cara de saberlo todo.

—Puede que tenga razón —dijo Luis.

Antonio no se atrevía a decir palabra. Miraba a su amigo, de vez en cuando; le parecía más viejo, como si hubieran pasado muchos años por él, lo encontraba distinto, diferente, igual que si fuera otro muchacho.

El Manzanares venía casi seco, parecía un charco de agua sucia, debajo del puente.

—Padece el mal de «la gota» —dijo Antonio, para ver si hacía gracia, alguna gracia. No se rio nadie. Cuando llegó Antonio a su parada, se bajó. Le dio a Luis un golpe en la espalda.

—Adiós. Si se te ocurre algo...

Las estrellas estaban arriba, siempre sobre el mismo sitio. En la soledad del campo de noche, la tierra parecía más que nunca vivir, gritaba con la voz de los grillos.

La madre seguía muy excitada. No paraba de dar vueltas por la chabola, colocando aquí y allá las cosas. Vio que Maruja se preparaba para marcharse.

—Hoy no debías salir con ese —dijo.

La chica se la quedó mirando. Su madre tenía necesidad de decir, de gritar, de tropezar con alguien.

—No, *mama*, mira...

—Será igual que *tós*, ¿qué te has creído? —dijo la madre.

Maruja calló. Se fue y cogió la cántara que estaba en la cocina.

—¿A que ni te habla de *ná* en serio?, ¿a que no? —insistió la madre—. ¿Qué te crees?

—Acercaré la *cantariya yena* —dijo la chica.

—¿A que no te dice una pizca de *ná* en serio? ¡Qué te va a decir! —gritó. Se fue hasta el fogón y se puso a remover el cocido, a regañar a los chicos, que jugaban arrastrándose por el suelo.

Maruja salió a lo oscuro. Corrió, camino de la fuente. Tenía ganas de correr por el campo. Llevaba la cántara vacía, colgada en la mano, y el aire le echaba atrás la falda y le marcaba los muslos y el vientre. Iba murmurando:

—¡No, mira, *mama*, tengo que verle! —Corrió un buen trecho—. No, mira, *mama*...

Cantaban los grillos como nunca. Todo el campo estaba cubierto por el temblor de su canto, de su vida.

Luis estaba cerca de la fuente. La chica puso la cántara a llenar. No había ni un alma. Se abrazaron y estuvieron un rato seguido juntos. Las sombras de ellos dos, de pie, fundidas y únicas, se proyectaban muy largas en el suelo, desde la luna.

—Déjame, tengo que volver en seguida, no ha vuelto mi padre.

—No, quédate, quédate un poco.

—No, déjame, mi padre no ha vuelto.

El ruido hondo del chorro subía, poco a poco, hacia el cuello de la cántara. La luna corría entre dos nubes y su luz ponía culebrillas en los pequeños charcos, en los regueritos que se perdían por la cuesta abajo.

—Van a tirar la casa. Seguro. Nos vamos a tener que ir de aquí.

—¿Qué dices?

—Si quieres, no vengas más. Si quieres, ya no somos novios —dijo la chica. Se echó a llorar y Luis pasó sus manos por todo el cuerpo de Maruja. Luego se soltó un poco de ella.

—No, lo que ocurre, es que soy un *desgraciao* que no gano más de cuatro perras y no he hecho ni siquiera el Servicio.

—Si te parece, ya no somos novios —insistió Maruja.

Se le cortaba la respiración, estuvieron un rato sin hablarse, sin decirse nada, apartándose poco a poco. El agua rebosaba, se deshacía por las caderas de la cántara.

Iban los tres hombres corriendo, cogidos de la mano; gritaban como locos. Apenas se distinguían sus rostros en la pálida claridad de la calle. Había mil ruidos.

—Iros pronto a la piltra, yo no veo tres sobre un burro —dijo Santiago, el enlace. Y se echó a reír. Se perdió por la primera calle.

Joaquín y Andrés se quedaron solos. Cada uno por su lado. Andrés iba delante, farfullando, metiéndose con la gente que pasaba. Joaquín le cogió del brazo. Fueron dando trompicones por la oscuridad, sorteando los alcorques de los árboles. Era un paseo ancho. Debía ser por los mejores barrios de Madrid.

—Es un buen tipo ese enlace —dijo Joaquín.

Andrés no escuchaba; apenas si se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Si acaso, veía cruzar a la gente, sentía los faros de los coches.

Leñe puñetera...

Se paró, tambaleándose, dando pequeñas vueltas alrededor de sus pies. Se detuvo y se quedó mirando a los transeúntes, como dispuesto a hacer un discurso.

Pensaba y hablaba. Se le revolvía todo por la cabeza y se le trababa la lengua. Se le enredaban las palabras en la boca.

—Que no, que no me *chinga* ningún tipo. Y lo que voy a hacer es tirar por la calle de en medio, por la calle de en medio, tirar por la calle de en medio. Hay que sacar las perras a los cabritos, a los hijos de...

Dos mujeres viejas se les quedaron mirando, cuando los albañiles seguían haciendo eses entre los árboles.

—Estate quieto, aguanta —dijo Joaquín.

—Estoy harto, harto de aguantar palos.

—Cállate.

Se apartaron del pequeño grupo de transeúntes que había empezado a formarse alrededor. Estaban en una calle que no conocían, como en una ciudad extraña que no hubieran visto nunca. Continuaban, a zancadas, a pasos largos, tropezando con los muros a cada momento, perdidos entre las sombras transparentes que hacían los árboles y caían desde los faroles sobre el suelo de la calle, sobre el asfalto que olía y

estaba blando de calor.

—Estoy harto, harto de palos.

—Venga, no seas *gilipuertas*.

Andrés seguía con la cabeza gacha, sin ver pasar a nadie, como si fuese él quien estuviese quieto, con la cabeza y el sentido tan grandes, desparramados por la oscuridad, llenando casi toda la noche, y fueran las cosas, los edificios, los árboles, los que se movían. Hablaba y pensaba torpemente.

—Que voy a liarme la manta a la cabeza, aunque me *escuerne*, y tirar por *onde* sea. O me pongo a *afanar* o lo que sea.

—*Tiés* razón, pero no grites, no seas *gilipuertas*.

Andrés se quedó parado delante de una tapia medio en ruinas. Sintió una terrible ansiedad. Miró para cerciorarse de si alguien guardaba aquella obra.

—Dices que eres un buen amigo —dijo. Se puso en jarras. Se echó a reír—. ¿Dices que eres un tío bueno, un amigo de ley? Pero yo tengo que sacar perras de *onde* sea. —Le salpicaba la saliva de la boca. Se le trababa la lengua—. Yo sé echarle *reaños*, como un tío.

Estaban en una calle solitaria. Había un solar con un trozo de tapia medio hundida. Parecía como si la pared estuviera en obras. Al solar se asomaban las ventanas altas e iluminadas de una casa de vecinos, las ventanas interiores de un edificio de aspecto elegante.

Se apoyó en el hombro de su amigo.

—Podíamos tomar otros vasos, los últimos —dijo Joaquín.

—¡Qué no!

—¿Qué vas a hacer?

Andrés había levantado la cabeza y miraba hacia arriba, la casa que daba al solar.

—Mira, percátate —dijo.

—No sé qué quieres.

—Aquí viven señoritos.

—Ya.

—De los de venta por pisos.

—Claro, sí, pero cállate, cállate, cállate.

—De los que chupan. ¿No decías en la tasca que te dijera dónde hay perras? Lo que pasa es que sos faltan riñones, es lo que sos pasa.

Andrés retrocedió unos metros, hasta asomarse por el hueco de la tapia. Hizo intención de entrar, torpemente. Miró dentro, con los ojos velados. Echó todo su sentido dentro, lo arrastró con los pasos hacia el solar. Apenas notaba los pies ni el cuerpo, sólo la cabeza. Le pesaba tanto, tanto. Estuvo un instante con los ojos muy abiertos como si fueran a salirse de las cuencas.

—Que me lío a lo que sea y voy a tirar por la calle de en medio, a *afanar* o a lo

que sea.

—Espera, estás *trompa perdío*.

Andrés se metió en el solar y Joaquín siguió detrás de su compañero. Andrés notaba que la oscuridad era igual que una bola negra, muy grande; estaba girando alrededor de él, llegaba con su pensamiento hasta los árboles, llegaba con su sentido hasta los ruidos. A veces le daba sueño. Se oía la música de la radio.

—Hala, ayúdame. Venga, que me pongo a *afanar* ahora mismo. ¡Me *cagüen*! — Se le iba y se le venía la imaginación, se le paraba en las ventanas. Quedaba mirando las luces, con los ojos quietos y desmesuradamente abiertos.

A Joaquín le dio por reír.

—*Coñe*, estás *curda perdío*.

Cogió al Andrés de la mano. Se puso a tirar de él. No podía despegarle del suelo.

Se miraron hondamente. Joaquín vio que a Andrés le estaban brillando los ojos como los de un animal.

—Me aúpas y me cielo dentro. Te juro que agarro lo que pueda. Estoy harto. Me *cagüen*. Tengo que *afanar* dineros, lo que *haiga*. Me cargo al primer hijo de puta...

Joaquín volvió a cogerle de las manos. Se pusieron a dar vueltas, sin soltarse. Joaquín tiraba con todas sus escasas fuerzas, intentando separar al otro de allí. Giraban, estúpidamente, como dos chiquillos jugando.

—Lo que pasa es que estáis *castraos* —dijo Andrés.

—A mí no me jorobes —dijo Joaquín. Luego, volvió a cogerle de la mano, a hacerse amigo, como para darle la razón—. Hala ¿qué *quiés* hacer? Estás *chalupe perdío*.

En lo alto de la casa sonaba aquel aparato de radio. Por la calle, de vez en cuando, se oían pasos. No dejaba de pasar gente. Se oían las pisadas y las conversaciones lejanas. Joaquín veía las sombras movedizas de los transeúntes, que proyectaba un farol desde la acera. Le daba miedo. No hacía más que volverse para mirar.

—¿Y si hay alguien? ¿Y si hay alguien dentro?

—*Leñe*. Decías que eras un amigo de ley. Eres un *cagao*, es lo que eres —dijo Andrés—. Aúpame.

—¿Yo? ¿Yo un *cagao*?

Se encontraban, justamente, debajo de una ventana abierta, oscura. Joaquín le cogió de las piernas. Empezó a levantar a su amigo, haciendo un gran esfuerzo, jadeando. Andrés iba apoyándose, torpemente, en la pared, arañándose la cara contra los ladrillos, clavando los dedos en las grietas, rompiéndose las uñas. Tenía el rostro y las uñas y las yemas de los dedos contra el muro. Respiraba anhelosamente.

No puedo alzarte más —dijo Joaquín. Le daba risa, otra vez—. ¡Tu padre!, eres un *chalao*. —Le daba risa sentirle allí, en lo alto de sus hombros, haciendo equilibrios como un titiritero.

Andrés notaba debajo el rebullir de las carcajadas del otro. Bajó la cabeza para mirar, pero no veía nada, sólo sentía los saltos y el vaivén de la risa. Todo estaba oscuro. Apenas podía sostenerse, crucificado en el muro, con las manos crispadas que arañaban en las juntas de los ladrillos.

—Sigue. Tengo que afanar, tengo que...

—No puedo más. Estoy *rilao*, ¿no lo ves? No ves *ná*, no *gilas* ni una.

Le venía más risa y le resultaba difícil sostenerse en pie, con el peso de Andrés en lo alto.

—Pero sigue, sigue.

—No pue..., no puedo, no...

Cayeron. Rodaron por el suelo, entre unas latas viejas, abrazados, blasfemando. Quedaron un instante en silencio. Andrés escuchaba las explosiones de la respiración y de la risa de Joaquín. De pronto, notó una extraña lucidez. Parecía que tocaba con mayor fuerza el aparato de radio. Oía la música. En el cielo claro, iluminado de estrellas, se recortaban como sobre un telón brillante los perfiles de las altas edificaciones. De vez en cuando, se apagaba o se encendía la luz de alguna ventana. Le vino por la mente aquella extraña claridad y se puso a llorar, encima del otro. Se tapó la cara con las manos. «Madre mía, mañana miércoles».

—¡Qué risa! —Joaquín se retorció por el suelo, se sujetaba el vientre con los puños—. Te caes *pa trás* y casi te *escuernas*, casi te *escuernas* contra el mismo suelo.

V

El viento soplaba por el campo abierto, sin encontrar nada a su paso, sin encontrar ramas, ni gargantas con ríos en lo hondo, ni montañas, ni barrancos; sólo los borrados cerros. El viento seco, ardiente, sin tropezar con nada. El viento que tenía sed. Le secó las lágrimas, le secó el llanto caliente.

Andrés iba con los ojos vacíos, cansado, con los pasos tartamudos y torpes. De vez en vez, le daban ganas de tirarse al suelo, de dejarse caer, de tenderse en la tierra todo lo largo que era, quitarse los zapatos y sobarse los pies hasta quedarse dormido. El aire sediento de las lomas borradas, de la meseta, le había secado las lágrimas, lo tibio y caliente que no podía salirle de dentro, ni consolarle. Le parecía que las estrellas subían y bajaban. Lejos, cantaban los gallos. Sólo pensaba que ya era miércoles. Pronto iba a amanecer. Faltaban cinco días. «El tiempo se escurre, como

los chicos que bajan por una cucaña».

Era muy tarde. María, la madre, le vio venir desde la puerta. Andrés llegaba, desastrado, con la camisa fuera, saliéndole por debajo de la chaqueta. Traía la cara pálida, llena de arañazos. Tropezaba, daba tumbos por la cuesta arriba.

Andrés se quedó parado, delante de su mujer, sin mirarla cara a cara.

—¿Qué haces? ¿Qué haces ahí?

La mujer no dijo palabra.

Maruja estaba sentada en el tranquillo de la puerta. Se puso en pie.

—¿Qué hacéis ahí las dos, como tontas?

A Maruja le dieron ganas de esconderse, de taparse los ojos y de ponerse a llorar.

—Llego a la hora que quiero, a la que me sale... ¿sabéis?

Le abrieron paso, y entraron en la chabola, detrás de él. La luna daba más luz al interior de la habitación que el candil de aceite, medio apagado. Entraba la tenue claridad dentro de la casa. Andrés tropezó con algo, con cualquier cosa. Se quedó mirando con odio la negrura del cuarto, y le dio una patada a una silla, que crujió y rodó por el suelo.

—¡Estoy harto de vosotros! —gritó.

Los chicos se habían despertado y se pusieron a llorar.

Maruja pasó corriendo, a tientas, hacía donde estaban sus hermanos.

—Estaros quietos, callaros —les dijo en voz baja.

Los chicos lloraban despacio. Maruja se dio cuenta de que su madre hacía esfuerzos inútiles para tirar de su padre, para llevárselo a la cama.

—¡Déjame! ¡Déjame!

—Santorrostro, Santorrostro.

El hombre volvió a tropezar en la oscuridad. Se revolvió entonces, lleno de rabia, como loco. La emprendió a golpes con todo lo que le rodeaba.

Maruja se apercibió de que su madre gemía caída en el suelo. Se había caído. La muchacha se levantó de la cama de los chicos. Se había apagado el candil y, entonces, apenas llegaba claridad alguna desde el campo.

—¿Qué te pasa, madre? ¿Qué tienes? —gritó en lo oscuro.

Fue hasta donde estaba el candil, buscó a tientas una cerilla y le prendió fuego. Parecía más fuerte la luz. Había un montón de muebles en medio.

La madre estaba de rodillas en el suelo. El padre seguía apoyado en la pared, con la cara vacía, como sin expresión, o quizá, asustada; los ojos saltones, igual que si hubiesen espabilado de pronto de un sueño, de una pesadilla.

Maruja cruzó por delante del hombre y él bajó la cabeza.

—¿Tienes algo *mama*?

—No, no.

—¿Te has hecho daño?

—No, no.

Andrés dio un paso, torpemente. Se le doblaron las rodillas y se quedó así, un instante, en el suelo, cerca de donde estaba caída —sentada ya— la madre. Sentía Andrés un ahogo que se le atravesaba en la garganta y no le dejaba hablar. Abatió la cabeza sobre el suelo. «El tiempo se escurre como los chicos que bajan por una cucaña». Por las comisuras de los labios le salían las hebras de la saliva. La luz del candil hacía brillar una mancha que corría por los baldosines rojos y blancos del suelo.

Fuera soplaba el viento, el viento que anunciaba la madrugada de un día nuevo. Era mediada la semana.

VI

Faltan cinco días. El tiempo se escurre, como cuando los chicos bajan por una cucaña.

Faltan cuatro días.

Faltan tres días.

Andrés no podía quitárselo de la cabeza: faltaban sólo tres días. Sin embargo, hacía apenas un par de ellos le parecía que empezaba a ver las cosas con ojos distintos. Era ya viernes. Llegó del trabajo, dejó la tartera vacía sobre la mesa, como hacía siempre, y se sentó en una silla de la cocina sin decir palabra. Parecía una sombra, un ser que no contase para nada. Aunque hacía calor, se quedó sentado en la silla de la cocina, en el extremo más oscuro de la habitación, mirando, desde allí, las pavesas que saltaban de la lumbre de carbón vegetal. Se decía para sus adentros:

«Que me aspen si no es una puñetera vida. Te pones a dar *patás* cuando *tiés* uso de razón, o antes, sabe Dios, y ahora estoy *cansao*, me empieza el cansancio en las plantas y me sube por las cañas de los huesos; pero no es esto lo malo, el caso es que te metes a *ensoñar* o a dar *güeltas* por el magín a lo que has *pasao* en este pajolero mundo *pa verte asín*. Porque voy y llego a un pueblo mejor que *onde* mi madre me parió, y caigo bien, y te ajustan una *temporá*, aunque saquen las *túrdigas* y tengas que echar puntos en boca, y le llamas en la ventana a una mujer, aunque el buey solo bien se lame, pero lo que pasa es que te la llevas contigo, a lo mejor por no cantar la gallina, y mientras la esperas te la figuras siempre pasándolo bien, en pelota o retozando y descansado en la casa, pero no te figuras que te vas haciendo viejo y que

toas las cosas se van haciendo viejas, ni te *maginas* que *tiés* que robar aceitunas *pa* ir viviendo, ni te vas a llenar de nenes que te piden pan. *Toas* las noches piensas lo *mesmo*, pero te llenas de nenes, y te pones a mirarte en ellos, porque no te conformas con que sean *cémilas*, como *toa* tu casta, ni sepan dar más que un jornal o ponerse a quitarle mocos a los señoritos. Y alguien te *endica* que en las capitales, en los Madriles se vive mejor y que no hay *paraos*, ni *tiés* que mendigar y lamer culos *pa* sacarte una *peoná*. Y te vienes. (Los chicos no *jacian* más que mirarme los trenes y preguntarme por qué eran tan altísimas las casas). Y nos vinimos a los Madriles».

Andrés sonreía, sonreía él solo, mientras seguía pensando:

«Venga de poner piedras y ladrillos y hasta hacer la casa. Ni siquiera nos plantan una multa, aunque algún *cenizo* dice que van a tirar abajo las casillas, porque en *to* los *laos* hay *cenizos* y *pájaros* de mal agüero, pero resulta que ha *salío* en los papeles diciendo que no quieren más gente y ahora pasa que vas a tener que coger los bártulos y largarte con la música a otra parte, y te dicen que por ahí te pudras como un perro».

María cruzó delante de su marido, por en medio de la cocina, y dio una vuelta al puchero. Metió la cuchara y sacó a lo alto los garbanzos amarillos y pequeños que ya casi estaban blandos, con el piquillo abierto. Olía bien, como a huesos rancios y azafrán. Pensó que los chicos tendrían hambre y que iba a machacar los garbanzos con un poco de caldo.

—¡Santorrostro! Mi Andresillo, el pobre, que es bonito como un San Luis, y mi Mario, tan chiquito, que se los vaya a tener que llevar la mujer de Joaquín, y no es porque ella sea guarra, que no es, pero si *tié* que preocuparse más de alguno, será de los suyos, si falta un cacho de pan... Y los chicos, *separaos* de una, le van a perder el cariño. Y lo que más siento es por mi Maruja, que es una alhaja, que no quiero que se la deshonne ningún hijo de mala madre, sino un mozo como Dios manda, y no quiero que se vea *tirá* por ahí sin casa, como una zorra, que es sanita como una manzana, que hasta el Paco, el que hacía de *praticante* en el pueblo, cuando tuvo que ponerla las *indecciones* para la pulmonía, dijo que era la carne más bonita del mundo y eso que la chica no había *cumplío* los trece. Y a mí se me arruga el corazón con *to*. Y cuando oigo lloriquear a los chicos, ya creo que se los están llevando, *pa* no verlos más. Y me gustaría hablar con ese mozo que platica con mi Maruja, que *ojalai* que sea bueno, y decirle que me la respete como a la madre que le parió, que *toas* las mujeres somos unas pobres que no podemos ni tenerle cariño a un hombre, ni que sea un santo varón. Y seguro que me iba a echar a llorar, aunque una *paezca* una fiera, pues es que una no quiere ver que se deshaga *to* y que se lo lleve el diablo, como cuando sopla la ventisca en una era.

Maruja estaba cosiendo y levantó varias veces la cabeza, cuando vio a su madre trajinar, a su madre, que movía el puchero, mecánicamente. Hizo Maruja, por dos

veces, intención de levantarse de la silla que había entre la puerta y la mesa, entre el candil encendido que estaba en la mesa y la escasa luz que entraba del campo. Ya no veía para coser.

Se levantó, por fin, y se dirigió a su madre, que seguía en lo hondo de la cocina.

—¿Va a estar la cena?

—Sí —respondió la madre—. Hoy no has *salío* con ese chico.

—No.

—¿Os pasa algo?

—No.

Maruja dejó la costura sobre su regazo y volvió a sentarse. Le daba el reflejo del candil en la cara. Se puso a pensar:

«Mañana seguro que viene, tiene que decidirse a hablar con mi padre. El lunes va y me dice el Luis que va a hablar con mi padre, que en cuanto tiren la chabola va a llevarme con él a su casa, pero como se pasa solo, casi siempre, porque su tía está sirviendo con unos señoritos por ese barrio que llaman de Salamanca, dice el Luis que es capaz de llevarse a su casa a la niña de otra tía suya que vive también por Lavapiés, para que duerma conmigo y que él echará una manta al suelo, mismamente. Y yo no dije nada y me callé, aunque conozco a mi padre, que mi madre dice es como moro. Pero, sí, a lo mejor me voy con Luis y se echa con una manta al suelo, ahora que no hace frío, pero cuando llegue el otoño, agarra un enfriamiento el pobrecillo, como la pulmonía que yo tuve en el pueblo, cuando la aceituna. No sé de qué forma vamos a salir, porque las mujeres deben casarse como está *mandao*; pero tan pronto me dice el Luis que sí, como está relatando lo de que tiene que hacer la *mili* y buscarse algo más seguro de sueldo, ganar dineros para alquilar una habitación con derecho a cocina o ponernos a turno *pa* una casa de esas de los curas o del Sindicato, una casa de portal; porque es de *Madrí* y *tos* los de aquí son un poco *señoringos*, pero son mejores que los mozos del pueblo, que allí las mujeres cuando se casan no salen de la cocina, ni van a beber una caña ni un *vermú* a la taberna y están hechas unas esclavas y se cargan de hijos que no sé cómo se las arreglan... Pero Luis venga a darle vueltas y no se decide a decirle a *papa* que tampoco es *pa* tanto, aunque a mí me da más vergüenza que a él. Y hasta le he dicho que si quiere que ya no somos novios».

Maruja se alegró de que estuvieran tan a oscuras. Se pasó la mano por la cara, por los ojos y se sorbió la nariz.

«Me da más pena el pensar que ya no seamos novios y que voy a estar acordándome siempre de este campo, porque no sé qué cosa me da cuando veo la fuente y la senda y el *prao*, que se ha puesto amarillo del calor, y se me echan los ojos a llorar. Y no me voy a poner novia más con ningún chico. Y no sé lo que me va a pasar».

Maruja se salió un poco a la puerta, para que le diera el aire. Quería que el día se pasara deprisa, acostarse pronto y esperar a mañana. Se figuraba que el sábado vendría Luis. «Mañana quedarán ya sólo dos días». Los chiquillos estaban delante de la chabola, sentados en el suelo, jugando con una madera.

—*Mama* dice que en seguida va a estar el *cocío* —dijo la muchacha—. No iros por ahí.

—Estamos haciendo un patín —dijo Andresillo—. *Pa jugar* a los indios.

Estaba raspando el trozo de madera con una piedra de filo. Ras, ras, ras. Le daba vueltas en su cabeza a sus cosas.

«El Pepe dice que los indios de las películas son mentira. El Manolo no *quíe* dejarme la rueda de rozamiento, dice que nos van a echar de la casa como a los gitanos porque somos paletos, y le *quíe* pegar al hermano, pero como le sacuda a mi Mario, le voy a hacer *pedrea*, le vamos a hacer una *pedrea* y le vamos a ganar. Y mi *papa* me va a hacer una cometa *pa* que cuando suba por *to* el aire, se *chinchén*, porque mi *papa* sí sabe hacer cometas que suben alto como los aeroplanos y su *papa* es de *Madrí* y los de *Madrí* no saben hacer cometas».

Mario, el pequeño, miraba a su hermano, a la madera que el otro iba desgastando poco a poco. Ras, ras. Iba haciendo montones de arena.

«El hermano me va *hacé* un patín. Yo soy un campeón. Le pego más *patás* a la pelota que el Fernando, el de la pipera, y le meto gol. En el cine se ven los hombres muertos, y el mar, que es mucha agua, y los hombres que se montan en los caballos. Tengo que trabajar como *pa, pa, pa* ganar dineros y comprar un patín mejor que los de ruedas de rodamiento. Yo también sé trabajar, sé pegar golpes a una madera con una piedra».

VII

Se escapaba la semana. Luis no sabía qué iba a pasar cuando llegaran los de la piqueta. Quedaban escasamente tres días, y él no había visto a Maruja y no sabía nada. Era viernes. En el campo, detrás de la ciudad, estaban los umbrales de otra vida. Luis se daba cuenta de esto y se encontraba lleno de inquietud.

En la casa de vecinos las voces subían por los corredores. Era ya verano y la gente se acostaba tarde. Dormía solo en el cuarto. Se levantó y se puso a dar vueltas, desnudo, por la habitación. En la claraboya la noche surgía como un muro.

Fue al cajón, donde guardaba el dinero que había podido ir ahorrando y puso cuatro billetes viejos de cien pesetas sobre la mesilla. Tenía, también, tres de veinticinco y cuatro duros. Empezó a mirar el dinero, los números, los colores. Dobló los billetes y se los metió al bolsillo interior de la americana.

«Tengo que verla antes que les tiren la chabola. Tengo que ir mañana a la senda donde me va a esperar, estará allí de seguro, y decirle que me gusta más que ninguna *chavala*. Y que me importa un bledo lo que pase cuando vengan los tipos de la piqueta, porque yo sé ganarme el pan, seguro que me van a hacer ayudante de primera. Y ella tiene que ser *pa* mí. No crea que voy a aguantarme porque diga que no somos novios. Lo que ocurre es que ella se figura que soy un *cagao*, un fulano de éstos que no echan *reaños* cuando hace falta, o que no cuento con oficio ni beneficio como los de su pueblo. Tengo que ir mañana a la senda donde me va a esperar».

El camino era una línea perdida, serpenteante, bajo tanto sol. Luis echó a correr. Sentía como un ansia, una necesidad cada vez mayor de encontrarse con Maruja.

—¡Maruja!

La chica estaba esperándole al final de la senda que iba al Praolongo, aunque no habían quedado y ni siquiera se habían visto el día anterior. Maruja estaba sentada en el suelo; pero salió al encuentro de Luis cuando le vio llegar. A Luis le pareció que era otro día cualquiera, que nunca había dejado de ir allí a buscar a la chica.

—Vienes sudando.

Le tocó encima de la camisa.

—¿Hay algo nuevo?

—Nada. Se pasan los días sin que te des cuenta, como sin pensar. Creí que ya no venías más a verme.

—Sí —dijo Luis. Temeroso, cogió la mano de ella y cuando vio que Maruja no la retiraba empezó a acariciarla suavemente, como con miedo, con una mezcla de ternura y temor, igual que si de pronto terminara de atravesar aquel umbral misterioso, que le inquietaba tanto y ante el cual hubiera estado detenido mucho tiempo.

—No, déjame —dijo Maruja. Pero no sentía miedo de las manos del muchacho y no hizo el menor movimiento. Paso a paso, iban descubriéndolo todo. Él empezó a acariciarle las piernas, debajo de la falda, sobre la carne que temblaba.

—Tengo que hablar con tu padre.

—Está muy raro, vino borracho la otra noche; desde entonces está muy raro, aunque mi madre piensa que es mejor que le hables. Decía que no ibas a venir más.

Le daba el sol en la cabeza, por encima del campo de cebada.

—Irán a segar pronto —dijo Luis.

—Sí.

Se besaron, debajo de las espigas. Pasó un rato sin que pudieran hablarse. El

viento silbaba, suavemente, entre la cebada madura, ya amarilla y casi tostada, con color de verano.

—Yo quiero casarme contigo cuando venga de la *mili*.

—Y yo.

—Tengo que hablar con tu padre. A veces me duermo y sueño que estás llorando.

—Cállate. ¿Quieres que vayamos ahora? Dentro de un rato estará él en casa.

Miró Luis el reloj de pulsera y eran las seis y media. Se puso a jugar con una espiga caída, a mordisquear los granos.

—¿Qué le vas a decir? —preguntó Maruja.

—No sé —dijo el chico.

A las siete se levantaron. Luis sacó un cigarrillo de hebra e intentó encenderlo. Le costó gastar varias cerillas. Se pusieron a andar por el camino que siguieron la primera noche, cuando se habían conocido. Era sábado y también había baile en el merendero, pero ni se preocuparon de ello. Si acaso, escuchaban, de vez en cuando, la música. Se oía lejanamente.

Aunque Luis ya conocía la senda, le parecía distinta. Se mantenían apartados, sin cogerse del brazo. Iban despacio, por el campo polvoriento que ya teñía de rojo otra atardecida.

La madre estaba sentada, dentro, detrás de la cortina, cerca de la puerta, y les vio venir. Mientras llegaban, se levantó y volvió a sentarse. Le daba en el rostro la sombra de colores que filtraba la tela. Se la sentía jadear, nerviosamente, aunque pretendía disimularlo.

—Viene la chica con ese.

Esperaron. El padre no contestó, pero se puso de pie y comenzó a pasear por el espacio libre de la habitación. Se quedó de espaldas, un poco en lo hondo, donde empezaba a abovedarse el techo de la casa.

Maruja entró delante. Luis apoyó las manos en las jambas de la puerta. Aunque la chica había pasado ya, Luis se quedó fuera. Dijo:

—¿Se puede?

A Maruja le asomaba el temor y la vergüenza y, al mismo tiempo, como una extraña alegría a la cara y a todos sus movimientos. Miró con agobio a su madre.

—Pasa —dijo la madre sin dejar de observar al muchacho.

Según estaba, agarrado a la puerta, lo que más destacaba en la persona de Luis eran sus manos, largas y grandes. No sabía dónde ponerlas después de retirarlas de la puerta. Luis miró, por un instante, a Maruja, sin atreverse a decir palabra.

—Es Luis —dijo la muchacha.

El padre, aunque hasta el momento había permanecido de espaldas, se volvió al oír la voz de su hija; se dio la vuelta. Anduvo dos pasos hacia Luis, cabeceando, con la mirada baja. Estrechó la mano del muchacho.

—Me alegro —dijo. Tenía un gesto hosco.

Luis se buscó dos pitillos en la chaqueta, pero dudó y volvió a guardárselos. Se puso a mirar todo. Casi tropezaban en el techo, con las cabezas. En lo hondo, en otra penumbra, se veían las patas de una cama y una colcha que arrastraba.

—Vienes a esta casa en malos momentos —dijo la madre.

—Ya sé.

—Siéntate —añadió. Le trajo una silla de esparto.

Transcurrió un momento de denso silencio. Todo quedaba callado. Se oían las respiraciones y, lejos, los gritos de los hermanos de Maruja, por el *descampao*.

—¿Tú no te sientas? —dijo la mujer, dirigiéndose a Andrés.

—No, estoy bien de pie —respondió él, pero a la mitad de la frase cambió de opinión y se acercó otra silla. La colocó con el respaldo delante. Se sentó en ella como de mala gana, con las piernas abiertas.

—¿Tú eres Luis? —medio preguntó. No sabía qué decir.

—Sí, señor.

—Vaya.

—¿Si os parece que encienda la luz? —dijo la madre.

—Todavía se ve bien —aseguró el muchacho.

Cuando quiso darse cuenta tenía en las manos los dos cigarrillos, los había sacado impensadamente.

—¿Si quiere uno?

—Bueno.

Se pusieron a fumar, como para hacer algo, para llenar el tiempo. Se oían más lejanos los gritos de los chicos. Andrés echó seguidas varias bocanadas de humo.

—Vienes en malos momentos —repitió la madre—. Quieren tirarnos la casilla.

—Sí, ya lo sé. Me lo ha dicho Maruja.

Luis se puso a fumar, muy deprisa. Tomó aliento y se cortó. No dijo nada. Se cogió las manos, entrelazó los dedos, como si fuera a rezar.

—Dicen que se viene muchísima gente de los pueblos, que por eso; pero yo... —se atrevió a decir.

—En muchos pueblos de Andalucía los hombres están mano sobre mano casi *to el año* —dijo el padre.

—Es malo no tener trabajo.

Se borró un poco el gesto hosco del padre. Estuvieron un rato callados, inmóviles, esperando el uno las palabras del otro.

—¿Tú estás en un taller? —preguntó el padre.

—Sí.

—Los del campo no podemos aprender un oficio. ¡Puñeta de vida! —añadió.

—No se crea, que en *Madrí*... —dijo Luis.

La madre intervino.

—Sabemos que *festeeas* con la chica.

—Sí —dijo Luis. Se abrazó las piernas por las rodillas. Se echó un poco hacia delante, doblado en el asiento.

—¿Te ha dicho que no tenemos *onde* meternos?

—Sí, sí señora.

—Los chicos se van con un compañero, pero los demás... —explicó el padre, como justificándose.

—La Maruja me lo ha *contao*.

Casi no se entreveían las facciones de la mujer, en la sombra.

—Ella me ha *contao* a mí eso de tu tía —murmuró.

—Sí, a mi tía no le importa que se venga la Maruja a Lavapiés —dijo Luis. Tomó aliento—: Mi casa sólo tiene una habitación, pero me llevaré a mi sobrinilla, para que duerma con la Maruja, los días que mi tía se quede con los *señoritos*.

Andrés se quedó mirando, torpemente, sin entenderle. Luis tenía la cara simple, parecía un niño. Miró y acercó más a la silla a la que ocupaba el muchacho.

—¿Qué?

—Mi tía es buena mujer, está sirviendo. A mí me da lo mismo dormir en el suelo, echar una manta al suelo.

—¿Qué? —dijo el padre, y se quedó con los ojos pardos, vacíos, sin mirar a ningún sitio.

La mujer se encaró con Andrés. Se puso delante de él.

—No sé qué *leñe* vas a hacer —dijo.

—Yo no digo *ná*... —se disculpó el hombre. Acaso, bajó un poco más la mirada—. No digo *ná*.

La madre observó al muchacho, el rostro simple y joven del chico, que se le hizo borroso. Notó la mujer un golpe de luz. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Pero no quería llorar. De muy lejos, llegaban los gritos de los pequeños. Maruja se movió nerviosamente. Tenía el pelo recogido detrás de la nuca. Torcía a un lado y otro la cabeza.

La madre se dirigió hacia la puerta.

—Hay mucho humo —murmuró.

Se puso a descorrer la cortina, por esconder los ojos en alguna parte. Estaba el campo en silencio, lo oscuro de la loma dibujándose delante del cielo, de las estrellas primeras.

—Verán —dijo Luis—. Nos casaremos en cuanto tenga unos pocos cuartos.

—No sé —dijo el padre, sin mirarle directamente. Luego le preguntó: ¿Eres mecánico?

—Sí, de coches.

—¿No tienes padres?

—Los mató un *pepino* en la guerra. A mí me sacaron de entre los escombros.

La madre no hablaba, no pensaba nada. Maquinalmente se puso a encender el candil. Tardó un rato en quedarse quieta la llama. Todos esperaron a que terminara de prenderse.

—Eres un chaval. No sé —dijo el padre.

—Tengo ya veinte años. A mí sólo me quedó esto de la guerra.

—Luis señaló la cicatriz que tenía debajo de la mejilla izquierda.

—Sólo eso —dijo el padre.

Por la cortina entreabierta se veía apenas el campo yermo de los alrededores de Madrid. Iba cayendo la noche.

Cuando se asomaron a la puerta, a despedir a Luis, vieron en la semioscuridad a los chicos, que cruzaban corriendo hacia el otro lado del cerro. Las siluetas pequeñas, moviéndose sobre la suave cresta de la loma.

—Pasado mañana... —dijo la madre.

El padre salió también hasta el umbral de la puerta. Se cuadró y quedó mirando a Luis, como de hombre a hombre, cual si quisiera recuperar una olvidada condición, el orgullo.

—Van a acercarse el Joaquín y algún compañero de la obra, a ver si se atreven...

—¿Para qué?

—No *tién* derecho a echarnos, a plantarnos en la calle —dijo el hombre.

Luis le miró. Apenas se aguantaron las miradas.

—Yo tampoco iré a trabajar, vendré por aquí a enterarme de lo que pasa —dijo Luis.

La madre, entonces, rompió a llorar.

Maruja acompañó a Luis hasta un poco más allá del vertedero, donde los perros solían rebuscar entre las basuras.

El muchacho retuvo la mano de la chica, poco tiempo; la notaba temblar.

—Tranquilízate un poco —dijo él.

—Estoy ya mejor. No me habías dicho nada de lo de la guerra —dijo Maruja.

—Si no me acuerdo, si no tenía un año.

—Te cogieron entre los escombros.

—Sí.

—Pobrecillo —dijo Maruja. Le daba pena, inconcretamente; como si se hubiera desecho su memoria y, de pronto, hubiese olvidado que iban a derribar la chabola; pero al momento volvió a recordarlo. Se le quedó mirando en silencio. E imaginó a Luis pequeño, como habían sido sus hermanos en el pueblo, por los días en que ella los acunaba para que cogiesen el sueño.

—¿Te acuerdas cuando nos conocimos? Fue un domingo, tal día como mañana —

dijo Luis.

—Sí que me acuerdo.

—Fue cuando tú salías corriendo del merendero. Había luna.

—Sí. Tú venías deprisa por la senda. Me di cuenta en seguida de que eras tú quien venía detrás.

—Parece que hiciera tanto tiempo... —dijo Luis.

—Sí.

Se quedaron callados. Por el camino pasaba un grupo de hombres, que volvían del trabajo. Marchaban lentamente, hablándose a voces, gastando bromas. Y un poco detrás, un muchacho en bicicleta; el farolillo tembloroso moviéndose en los altibajos de la senda. De tarde en tarde, silbaba algún tren.

—Me gustaría que estos dos días no se pasaran nunca —dijo la chica.

—Vendré en seguida mañana —le aseguró—, en cuanto pueda. —Regresó sola, despacio. No quería volver. Sentía que le pesaban los pasos como si los pies se le pegasen al terreno. Oyó que sus padres estaban hablando y se quedó fuera un instante, detrás de la cortina. Escuchó que su madre decía:

—No tenías que haberle dicho al muchacho que van a venir los de la obra.

—Tú qué sabes lo que tenía...

—Yo sé que no debías habérselo *contao*, que seguro, no se atreverán a hacer *ná* —dijo secamente.

El hombre iba a decir cualquier cosa, pero se quedó en silencio. Miró a su mujer y, luego, se volvió despacio, como ensimismado, hacia donde estaba el fogón.

Maruja apartó la cortina y entró, aunque sus padres parecían no darse cuenta.

—Ya estoy aquí —dijo.

Pero no le hicieron caso. La mujer observaba a su marido. Le daba pena haberle dicho aquello y verle como tonto mirando a la lumbre.

Pasó un rato largo antes que volvieron los chicos. La madre lloraba despacio. El padre había arrimado de nuevo la silla de esparto y miraba al diminuto fuego de la hornilla, a las pavesas que saltaban como cohetes desde el carbón de encina.

Sobre el patio se movían las cuerdas con las ropas tendidas. Siempre que Luís subía por las escaleras, en la forma como las subía, dejaba ver si estaba triste o contento, o si tenía alguna preocupación. Iba muy deprisa, sin fijarse en nada, moviendo los brazos.

Abrió la puerta y, antes de entrar, le pareció que llegaba allí por primera vez. Se asomó a su cuarto. Miró a un lado y a otro, las paredes, tan sucias, el espejo que había sobre la cómoda, las botellas vacías. Se detuvo y se quedó un rato a la entrada, bajo el umbral. Pensó que quizá Maruja habría de irse a vivir allí, y notaba una extraña sensación, un ahogo y un miedo. No sabía qué podía ocurrir cuando llegasen los de la piqueta, ni después. No sabía nada. Terminaba la última semana. Sólo quedaba un

domingo perdido y vacío.

TERCERA PARTE

I

Parecía otro domingo cualquiera del verano.

La Juana llevaba más de media hora esperando a Jesús. Estaba harta. Se le iba metiendo una tristeza dentro. «Un señorito chulo, es lo que es...», murmuró. Tenía dudas por lo del retraso de su menstruación; era esto lo que más le preocupaba, lo que le afligía.

Se oía la música del bailongo. Desde el recodo del camino, hasta donde solía llegar Jesús con la moto, se veía a las parejas, que giraban levantando con los pies una nube de polvo, en la explanada del merendero, y a las chicas solas, arimadas a la tapia de ladrillo rojo. Se oía la música, el ruido de las notas de la música. «Me tocaba ponerme mala el martes y estamos a domingo». Echaba sus cuentas, cuando sintió el ruido de las motos. Ahora daban la vuelta por el ramal de carretera. En una venía Jesús solo y, detrás, en la otra, López, con una chica que Juana no conocía.

—¿Qué tal vas? —le preguntó Jesús.

—Ya te contaré.

—Voy a presentarte a la que viene con López; es una que vive en Vallecas; trabaja en una cafetería.

Se acercaron y se dieron las manos. Mientras los hombres colocaban las motocicletas bien atadas, las dos muchachas quedaron solas.

—¿Es tu novio? —preguntó la nueva.

—Sí, salimos hace más de dos meses. Pero ya estoy harta.

—¿Por qué?

—Es un golfo.

—Este que va conmigo lo conozco de la cafetería donde trabajo; allí le llamamos señor López...

—Es también medio jefe en la fábrica donde yo estoy.

—Por lo menos parece rumboso.

—Es *casao*, pero le importa tres pitos la mujer.

—Ya.

—No digas que te lo he dicho.

—No, chica.

—Me llamo Juana.

—Yo Ester.

—Es un nombre bonito.

—Bueno...

—Ya vienen —dijo Juana.

Se acercaron los dos hombres. Traían los cigarros encendidos, echando humo. Jesús lo llevaba pegado a la boca.

—Habéis hecho buenas migas en tan poco tiempo —dijo.

—Qué quieres... —dijo Juana.

Él la cogió por la cintura, como siempre. Los otros iban detrás, del brazo y en silencio.

—¿Te has lavado los pies con agua fría? —le preguntó Jesús a Juana, por lo bajo.

—Sí, y me he *duchao* en la casa de baños.

—¿Y sigues igual?

—Claro. Una vecina me ha dado —dijo dado, como cuando los niños conjugaban los verbos— un remedio; es como una purga.

—Bueno, tú te las arreglarás; tú verás lo que haces.

Juana cada vez iba sintiendo más rabia contra Jesús.

Llegaron a las mesas. Estuvieron un rato buscando, con los ojos, donde colocarse. Al fin se acoplaron en una de las que había vacías. Ya daba la sombra en la mitad del campo. La tarde se ponía melancólica, con color de azafrán.

—Si os parece nos pasamos aquí bailando hasta que sea de noche. Luego, podemos irnos por ahí con las motos, a Madrid —dijo Jesús.

Miraron a la fila de muchachas que esperaban para bailar, arrimadas a la tapia. Una chica morenilla, pequeña, enfundada en un traje muy estrecho, no paraba de moverse, sola, como siguiendo el ritmo de la música. Estaba un poco apartada de las demás.

López se dirigió a Juana, cuando terminaron de sentarse.

—Oye, ¿qué fue de aquella amiga tuya?

—Sigue saliendo con ese chico, con el mecánico. Dice la gente que va a armarse buen lío en el barrio cuando lleguen los de la piqueta, mañana lunes, a tirarles la chabola.

—Ya será algo menos —intervino Jesús.

—En el barrio somos muy *echaos palante* —dijo Juana, haciéndolo cosa suya, queriendo atemorizar un tanto a su amigo. De pronto, le parecía como si lo del derribo de la chabola tuviera mucho que ver consigo misma, con su propia vida.

—Ya será algo menos —repitió Jesús.

—¿Te has creído que aquí somos tontos y nos chupamos el dedo?

—Ya verás como no pasa nada.

—Bueno; tú eres una persona de orden —aseguró Juana con sorna.

—Claro que lo es —dijo López, sonriendo, como si pretendiese mostrar con una leve intención que estaba del lado de la muchacha.

Jesús se revolvió.

—Y al señor le gusta dárselas de amigo de los pobres.

—No discutáis de política. *Una* tiene miedo —dijo Ester.

Cuando llegó el camarero cambiaron de conversación; se entretuvieron preguntándole si la cerveza estaba lo bastante fría. Juana se quedó distraída, con los ojos vacíos, sin enterarse de lo que estaban hablando. No podía quitarse de la cabeza su preocupación. No se le pasaba la rabia que sentía contra Jesús. A ratos, le parecía que empezaba a dolerle el vientre, que iba a salir pronto de aquello. Pensaba en el viernes cuando había estado en la Maternidad.

Había llegado allí, sin atreverse, llena de vergüenza. Algunas mujeres esperaban, en la sala grande y blanca, a que diera la hora de la consulta. La enfermera —una chica flaca y con la nariz ganchuda— salía de vez en cuando, se sentaba frente a la mesa de oficina y rellenaba las fichas de las nuevas:

—¿Nombre? ¿Domicilio? ¿Profesión?

Una mujer gruesa, que hablaba mucho, se había sentado al lado de Juana. La enfermera levantó la cabeza cuando se dio cuenta de que la otra estaba allí.

—Usted, ¿qué quiere?

La mujer gruesa se levantó.

—Vengo a que me vea el doctor.

—Se lo dijimos la vez pasada; no sale usted de cuenta hasta el día cuatro de agosto. Vuelva el mes que viene.

—No, quiero que me vean; no salgo de cuenta ese día que *usté* dice...

La enfermera la miró con desagrado, desesperadamente.

—¿Quiere saber más que el médico? —dijo.

—No —dijo la mujer gruesa. Sonrió con sorna—. Pero puedo decirle todo, hasta la hora, ¿sabe? Mi marido es viajante de comercio y no viene más que cada dos meses.

Algunas mujeres reían.

La enfermera se puso colorada. Se volvió a la Juana, que seguía sentada en el banco, esperando.

—Usted, ¿viene también a la consulta?

Juana se quedó cortada. Se dio cuenta de que todas las mujeres estaban mirándola. Notó mucha vergüenza.

—No, no —dijo. Estoy esperando a una señora.

—Salga fuera, al *jol*; no puede esperarse aquí. ¡Vaya gente!

Recordó Juana que había salido azorada, a la puerta, y que había seguido por un largo pasillo, hasta encontrarse en la calle, sin saber cómo. Ahora, le venía todo a la memoria y le producía desazón y tristeza. Se encontraba muy sola, como separada de todas las demás gentes, sin poder contarle a nadie lo que le pasaba. Le tenía asco a Jesús. Jesús era distinto, diferente a todas las personas que ella conocía. Por eso había dicho aquello de la chabola de Maruja, por eso Jesús hablaba así: «Si tengo un hijo, padre puede echarme de casa». Pensó que, a lo mejor, no le decía padre que se fuese. «Te lo criaremos». «Yo no quiero, no quiero estar en el barrio». «La que quiera tener fama de limpia, que se lave con agua bien clara». «Yo no quiero». «La que quiera mirar con la cara levantada...». «Yo no quiero». «¿De quién es? ¿Quién te ha dejado preñada? —le diría padre—. ¿De quién es?». «De un señorito chulo, de un tarambana, de uno que se cree el amo porque lleva cuatro perras en el bolsillo, de uno que se figura alguien porque es más egoísta y más *vendío* que los otros; que se figura ser listo porque los suyos le dieron a estudiar cuatro leyes; de uno de esos tipos que se creen señoritos en cuanto se lo dice el primer limpiabotas; de uno de esos lamemierdas que son peores que los de *verdá*; de un cobarde, de uno de esos *desgraciaos* que no es ni rey ni Roque». Juana sentía el odio corriéndole por la sangre. Temía la cara muy pálida.

Jesús se la quedó mirando; le sopló en la cara.

—Oye, estás en la inopia.

—¿Qué?

—Que si quieres bailar —dijo en voz alta.

—Bueno —dijo Juana. Casi no podía disimular su rabia. Se levantaron y se acercaron a la música, donde bailaban las otras parejas. A Jesús se le hacía el tiempo largo y deseaba que terminara pronto de obscurecer. López se había animado con la chica de la cafetería. Daban vueltas y vueltas, arrastrando los pies, masticando el polvo que subía de la tierra. Juana le dijo a Jesús:

—No te arrimes tanto; me das calor —le empujó un poco por separarse de él.

—Tu madre...

Cuando se hizo de noche todos los grillos de Orcasitas se pusieron a cantarle a la luna.

La luna, que apenas brillaba sobre la ciudad, sobre las calles y las plazas, caía, fría y calladamente, en los tejados que se veían desde la claraboya. Luis sintió que se había pasado el domingo, la angustia, la apatía y la indiferencia del postrer domingo.

Maruja y Luis habían bajado hasta el paseo de Delicias, delante de las filas lentas de gente que esperaba a las puertas de los cines; parejas, novios cogidos de las manos, que miraban cómo se pasaba la tarde, cómo se les escapaba entre los dedos, detrás de algún viento que se llevaba las hojas y los papeles sucios; el día festivo, el día de domingo, su murmullo, la apatía y la desgana que se metía hasta los huesos;

Madrid estuvo lleno de bochorno y de polvo. La tarde fue un doliente fuego, como todas las del verano. Parecía que nunca podía pasar nada nuevo, que la vida estaba quieta y vacía.

—¿Subirán mañana los hombres de la obra? —le había preguntado Luis a Maruja.

—No sé —dijo ella.

—¡Ojalá!

Aquella tarde habían salido poco después del mediodía. Anduvieron juntos por la orilla del Manzanares, aguas arriba, por donde comienza la Casa de Campo, y más lejos aún. Buscaron los lugares apartados, las encinas, los remansos en los que el cauce es más ancho y por donde merodean los pescadores con la caña al hombro, metidos en el río hasta la rodilla.

Desde donde estuvieron sentados se veían los plomizos campos del lado de Madrid, detrás de la arena blanca, de los calveros, de los zarzales.

—Nos hemos *alejao* mucho —dijo Luis.

—Aquí parece como si fuera otro el río —dijo Maruja.

—Tenemos que volvernos.

Se oía el rumor manso de la corriente. Unos bañistas se escondieron, medio desnudos, detrás de unos matojos. Eran chicos solos. Las muchachas esperaban un poco más acá, sentadas en unas piedras en las que había sombra. Estaban descalzas, con las faldas arrugadas y mojadas por los bajos, mirando a los chicos.

—Nunca había *estao* por esta parte —dijo Maruja.

—Nos hemos *retirao* mucho. Por allá abajo se va a la Playa; luego está El Pardo.

—Me gustaría que no se pasara el domingo; echar el *reló* atrás —dijo Maruja—; siempre me pasa.

—Sí que sería bueno... Lo mismo me has dicho esta mañana —dijo Luis.

Porque también se habían visto por la mañana, en Orcasitas. La gente, casi sólo hombres, los padres, con los chiquillos pequeños, los muchachos formando grupo, marchaban hacia el solar donde estaba el campo de fútbol, para ver jugar algún partido. Se hacían grandes corros alrededor de las explanadas. Las mujeres, las muchachas que iban cargadas con los cántaros y los cubos de agua, llevaban los cabellos a medio peinar, los rizadores puestos y los moños mojados. Muchas madres sacaban las palanganas a las puertas de las chabolas para aviar a sus chicos.

—Por la mañana parece que todo tiene más alegría —dijo Maruja.

—Sí, ya sabes el cuento. ¿Adónde vas? A los toros. ¿De dónde vienes? De los toros —dijo, cambiando de voz y de gesto cuando hacía falta. Se rieron.

—Por la mañana cada uno tiene su ilusión —dijo la muchacha.

—Me gustaría tener perras para pasarme sin *currelar* todas las mañanas.

—A lo mejor te aburrías.

—A lo mejor.

—A mí me gustaría que no se pasaran las horas. Echar el *reló* atrás.

Se lo había dicho Maruja; muchas veces ambos lo habían deseado; pero se pasó el domingo. Luis lo tenía todo revuelto en la cabeza. «¡Adiós!... ¡Ven pronto mañana! ¡Adiós!». «¿Qué crees que va a pasar?». No. Prefería no recordarlo. Le daba dolor existir allí, en el cuarto sin aire. Llevaba mucho tiempo tendido en la cama, en la habitación a la que entraba la luz de la luna por la claraboya.

Se durmió mirando la lisura blanca de la luna. Se pasó la noche soñando cosas raras. En sueños, Maruja le tendía las manos y estaba esperándole detrás de un extraño campo que se parecía a alguno de los que él había visto en su niñez. Le oía decir a la chica: «Ven, ven. Vamos a llegar tarde al colegio». Luis llevaba los bolsillos llenos de cosas de la escuela, bolas de cristal y tizas manchadas de tinta. A lo lejos, las niñas cantaban:

*Coche de oro
para el moro.
Coche de plata
para la infanta.
Tú, turutú,
que te vuelvas tú.*

Corría de la mano de Maruja, por el campo, por los arenales de Orcasitas. Corrían. Por el Praolongo pasaba un gran río. Maruja le decía: «Te quiero mucho». La chica tenía una sonrisa como Luis no la había visto nunca. Sintió él una inmensa alegría que le estalló dentro, cuando fueron metiendo los pies en el agua tibia, salpicando todo el polvillo del agua, que caía despaciosamente. Era como si la alegría entera del mundo le corriese por la piel, desde la mano de Maruja. Se medio despertó, y la quería tanto, que le dieron ganas de correr a buscarla, de abandonar su sueño para irse en pos de la chica. «Te quiero mucho», murmuró. Y se despertó por completo, aunque todavía estaba todo a oscuras y sólo la luna caía, lisa y mansamente, sobre los tejados que se veían desde la claraboya de su habitación. Empezó a invadirle la inquietud y ya no se pudo dormir. Se destapó del todo. Echó, lejos de sí, la ropa de la cama. Se puso a contar las horas. Sentía como si se hubiese caído en un pozo. De lejos, desde la calle, llegaban los golpes de los chuzos de los serenos, el renquear de algún coche solitario, el pulso pequeño de la ciudad de noche.

El portal permanecía completamente a oscuras. En la esquina no había más luz que la que daba un farol con el cristal manchado de polvo.

El sereno parecía el mismo; hablaba con la misma voz. Todos los serenos parecían un mismo hombre, que corría golpeando el suelo con el chuzo, como el de

tres calles más allá, el que les había dicho:

—En esta casa están todas las habitaciones completas; sigan hasta la esquina en el bulevar.

El sereno de ahora dijo:

—Esperen.

Vieron salir a una pareja. Un hombre viejo y una chica joven.

—Suban las escaleras sin armar escándalo, al tercero derecha. Los vecinos son muy de orden... No se confundan; encima vive el señor cura.

López dejó la moto en la acera, arrimada a un árbol. Era en la parte donde daba la luna.

—Échele una ojeada —dijo. Estaba medio aburrido. Echaba de menos a Jesús; no podía pasarse sin él. Pensaba que no debieron haberse ido cada pareja por su lado.

—No se preocupe por la máquina —dijo el sereno.

Ester estaba muy nerviosa. Se metía y se sacaba el zapato; golpeaba en el suelo con el tacón.

—Tengo que estar pronto en mi casa.

—Sólo es la una —dijo López.

—No les he dicho que libraba en la cafetería; tengo que llegar a Vallecas antes de las dos de la mañana.

—Anda, sube.

El sereno les observaba de soslayo. Colocó la llave en el ojo de la cerradura.

—Tengo que ir a casa en seguida.

—Bueno, desde aquí te planto en menos de diez minutos.

Encendieron el automático eléctrico. Se oyó un golpecito y el latido urgente del contador. Subieron con cuidado, con los nervios y los sentidos en tensión, procurando amortiguar sus pasos en la escalera. La muchacha sentía miedo al llegar a cada descansillo en sombra. Miraba las latas de basura, que aguardaban en las puertas, donde arrancaban los peldaños que iban a los cuartos interiores.

—¿Habrán ratas? —le preguntó en voz baja.

—¡Qué va! No tengas miedo...

—En mi casa suben a comer, a los cubos de la basura.

II

Maruja se despertó de madrugada. Se pasó despierta en la cama hasta que fue de día. Después de vestirse, barrió la puerta de la casa. A lo lejos se oían las campanas. Cuando terminó de barrer, le pareció que no debía haberlo hecho, que su trabajo no valdría para nada. Notaba una extraña desazón, como si hubiera pasado toda la noche en vela. Sintió la necesidad de asomarse al *descampao*. Anduvo hacia lo alto del primer cerro.

Miraba; tenía ante sus ojos los tristes campos; las pequeñas ciudades de casitas pobres montadas sobre las mesetas de tierra, las medianerías rojas, que parecían murallas, las manchas amarillas de la poca siembra, los calveros grises, las sendas como ríos secos, todo el paisaje yermo y sin árboles, bajo la luz, en el cielo tan alto y vacío. Cielo y *descampao*. El firmamento era un abismo en el que surgía la luz sin constelación, como un fogonazo, y donde, más tarde, en seguida, iba ganando el sol y parecía ya un incendio que se extendía infinitamente. No se podía mirar arriba. Sólo había suelo y moscas. Sólo las moscas se atrevían con la solana. Había que huir a las sombras, a las tapias que olían a orines, a los rincones de los gatos. Vivían a esa hora, los pozos hondos de quince metros, de donde salía un agua profunda y fría. Moría la tierra viva y quedaba la tierra tierra. Morían los hombres, cada solana, y revivían cada atardecer, cuando brotaba la sangre del sol. Y, entonces, era preciso salir, respirar, sembrar el otro otoño.

Maruja sentía, ahora, todo el campo. Se le ponían lágrimas en los ojos. Oyó, a lo lejos, a una chiquilla que cantaba. Volvió a la puerta de su casa y miró dentro. De la oscuridad surgió la cara de su padre, embotada por la noche de vigilia y de desazón. Seguían sonando las campanas.

El padre se sentó en el suelo, junto a los geranios. La madre estaba dentro y, de vez en vez, se asomaba y miraba por enterarse de quién podía venir o escuchar las campanas.

Al poco rato vio Maruja asomar por la cuesta arriba, por la senda que pasaba por delante del vertedero, la cabeza de Joaquín, con la boina pegada, y luego, el busto entero, quieto. Joaquín traía la mirada perdida en la casa. Iba como el que ha ido muchas veces al mismo sitio; caminaba a zancadas, iguales; pisoteaba la senda cocida por el sol, por los días. Llegó el hombre hasta la puerta. No dijo nada. Se sentó Joaquín junto al padre y las latas sembradas de geranios.

La muchacha seguía vigilante; miraba por el sendero.

Eran las ocho de la mañana cuando llegó Luis. Maruja le vio venir. Caminaba deprisa, con las manos metidas en el bolsillo del pantalón, y venía derechamente, hacia donde estaban los hombres, hacia la casa que ya bañaba el sol.

Luis volvió la cabeza para mirar a Maruja.

—¡Eh! ¿Hay algo nuevo?

—Nada. No han venido aún —dijo Maruja.

—¿Van a subir por fin algunos de la obra?

—No sé.

En la casa que había al otro lado de la senda se asomó una mujer a la puerta. Estuvo un rato observándolos y, después, se metió dentro.

Luis llegó y tomó asiento al lado de Joaquín. No se atrevía a despegar los labios. Todos tenían las caras vueltas hacia el mismo sitio. Esperaban. El sol les caía de espaldas y sus sombras se hacían muy largas, como si fueran árboles.

A las ocho y media llegó la mujer de Joaquín y dos vecinas que la acompañaban. Entraron en la chabola. Los chicos se habían levantado ya y se oía dentro mucha algarabía.

Los pájaros piaban con fuerza, saludando la mañana.

López se levantó a las nueve. Había regresado a su casa a las cuatro de la madrugada y apenas consiguió pegar un ojo. Tenía el cuerpo revuelto y los nervios de punta. A pesar de que ya era julio, sentía como un temblor frío. Se vistió sin darse demasiada prisa. Su mujer seguía durmiendo. La había encontrado así, pero ella seguía como un tronco. Hacía como el chillido de un pito, cada vez que respiraba. Veía López el cabello en desorden de su mujer y su boca entreabierta.

Le molestaba tener que marcharse a la fábrica, siempre lo mismo: tejer y destejer. Le parecía que la vida valía bien poco la pena. Pensó que, tal vez, le hubiese gustado cambiar, hacer algo nuevo e insospechado; pero, luego, se dijo que ni siquiera esto merecía mayor esfuerzo. «Toda la vida de un hombre se pasa pronto; cuando quieras recordar, ¡zas!». Lo pensaba y al mismo tiempo le crecía aquel temblor frío por la espalda, por los brazos y la raíz de los dedos.

Entró en el comedor. Solamente se sentía el andar del reloj de pared. La criada — siempre tenían alguna muchacha recién venida del pueblo— calzaba con unas zapatillas, en chanclas, que se le salían. Le sirvió el desayuno en la mesa grande. Quedó López un rato allí solo, bebiéndose el café, mecánicamente, escuchando el reloj, que pendía de la pared de en frente, percibiendo el silencio de la casa a esa hora. Había una mosca solitaria que daba vueltas.

La chica se asomó, dos o tres veces, para retirar el servicio. Esperó la muchacha un poco más; se estuvo en la puerta, con la hoja medio abierta.

—El niño está bastante mejor de la tosferina. Ayer no tosió nada.

—¿Sí?

—Sí, señorito —dijo la chica.

López no supo qué decir. Siguió mirando al poso del café. Se volvió para observar a la criada. Se dio cuenta de que a la chica se le salían las alpargatas. Estaba gorda y andaba torpemente.

El desayuno le entonó un poco el cuerpo. Esperó todavía un instante en el comedor.

La muchacha pensó que la última vez que ella se había asomado, el señorito había terminado ya. Se le olvidó, entonces, retirar la taza. Entró la criada, de nuevo. Y López se dio cuenta de que eran las nueve y media. No tenía importancia que llegara algo más tarde. Jesús le servía de *tapadera*. Sin embargo, se levantó de la mesa. Salió sin decir nada, sin despedirse, con cuidado de no cerrar con violencia la puerta del piso. Siempre tenía la impresión de andar a escondidas, ocultando algo. Prefería pasar desapercibido, incluso ante su propia familia.

No sabía si irse al garaje a buscar la moto o marcharse en el tranvía. Por fin, llegó a la parada de la esquina. Dejó pasar un coche, que iba lleno. Encendió un cigarrillo. Prefería que se pasase la hora de entrada a las oficinas y a los comercios; le molestaba ver correr a los empleados que llegaban a su trabajo con los minutos contados.

«Tengo ya treinta y dos años; cuando quiera recordar, ¡zas!», pensó. Le dolía un poco el vientre. Por la calle pasaron dos muchachos con pinta de escolares a pique de ingresar en el bachillerato. El más alto era rubio; le recordaba a su hijo mayor. Una mujer flaca, con delantal de rayadillo, voceaba, en la esquina, el *ABC*. El sol teñía de claro las minúsculas hojas de las acacias, las fachadas grises de las casas de vecindad. Sentía López una congoja extraña, como si tuviese miedo de seguir viviendo.

«Lo que pasa es que tengo resaca, de la misma borrachera», pensó.

Fue justamente aquella mañana. Juana no había ido a trabajar. Tenía que verse con su vecina para que le diera el remedio. Vivía la otra ya asomando al barrio de Orcasitas. Juana tenía miedo. No sabía qué hacer. Pensaba que podía morir. Era precisamente la misma mañana en que los de la piqueta iban a derribar la chabola de Maruja.

Serían cerca de las diez cuando emprendió el camino. Tres chicos corrían, en dirección a las casas que llamaban de «Los cinco minutos», hacia la última aglomeración de chabolas.

Después de cruzar las calles últimas de Usera, Juana llegó al *descampao*. Vio, a lo lejos, un grupo de gente. Era delante de la casa de Maruja, en la posible calle que formaban las chabolas de entre el cerro y el vertedero. Venía un murmullo de multitud, de voces y de clamores, por todo el campo, igual que cuando había fútbol. Juana tenía ganas de que pasara algo y de que la gente, los vecinos, se revolvieran contra los de la piqueta. Sentía, sobre todo, mucho odio contra Jesús. Echó a correr. Corría, ahora, junto a las matas de cardos secos, junto a las casas desperdigadas a las que se asomaban algunas mujeres. Entró Juana por el camino, por la cicatriz que formaban las casuchas de la cuesta. Le parecía como si los del derribo y lo que a ella le ocurría fueran una misma cosa. Se oía más fuerte el clamor de la gente, aunque no se veía nada. Corría como una loca, como una chiquilla pequeña. El pelo se le volaba con la carrera. Le sudaba la cara, pero la tenía muy pálida. Se puso detrás de un grupo

de mujeres. Estuvo procurando mirar lo que pasaba. Se ponía de puntillas al otro lado del bosque de cabezas y de cuerpos. Se abrió paso a empujones.

—¡Déjenme!...

Siguió adelante, ciega, con la cara desencajada, como si temiera llegar demasiado tarde.

—¿Han *veníó* ya los de la piqueta?

—No, creo que no. Yo termino de llegar —dijo una mujeruca, vestida de luto, con una bata negra que se le transparentaba. Juana se detuvo un momento en su avance; pero luego intentó abrirse paso entre la multitud, hasta más cerca, para ponerse en primera fila.

—No empuje —dijo una muchacha que estaba delante—. Todos queremos enterarnos.

—¿Han llegado los de la piqueta?

—No.

Se quedó parada. Era seguramente el odio que sentía contra Jesús lo que la empujaba: «El Jesús decía que no ocurriría nada, y es porque se figuran que sólo ellos pueden hacer las cosas, que todas aquí somos unas guarras, unas pobres idiotas, y que ellos han *nació* mejor que los demás y que la gente se chupa el dedo, y que siempre va a tocar que nos machaquen a los mismos».

Otra muchacha, que la conocía de verla por el barrio, le hizo un poco de sitio. Se asomó Juana a un espacio más claro.

—Dicen qué va a armarse buena cuando vengan —dijo la chica, que era muy joven y no paraba de revolverse de un lado a otro.

—¡Ojalá! ¡Ojalá pase!...

Juana se puso a mirar, para cerciorarse de lo que hacían Maruja y su gente. Observó, también, a los vecinos que estaban a la entrada de la calleja. Crecían las voces, pero los hombres y las mujeres tenían los rostros vacíos, casi indiferentes, como si fuesen a presenciar algo que infaliblemente había de suceder. Mucha más gente debía acudir corriendo, porque se oían arrastrarse las pisadas en lo hondo de la calle. Fue por las caras y los movimientos de los vecinos por lo que Juana se percibió de que no ocurriría nada, de que todavía no podía ocurrir nada. Se volvió para mirar a la chica que le había dejado sitio.

—Sólo hay dos hombres delante de la chabola —dijo.

—Sí.

—Además, nos hemos puesto todos aquí, nadie se ha atrevido a plantarse en la explanada.

La chica la miró con extrañeza, y se dio cuenta de lo que Juana pretendía decir.

—Claro —dijo.

El hombre que estaba acompañando al padre de Maruja, apostado delante de la

casa, se levantó en aquel momento y encendió un cigarro. Tenía un cigarro de papel amarillo entre los dedos. Comenzó a pasearse. Por la parte del desmonte pasó una gitana cargada con unas cestas de mimbre; detrás, caminaban dos chiquillos descalzos. Siguieron de largo. Pegados a una tapia, dos perros se hacían el amor, descaradamente. El sol les daba en la cabeza a los vecinos que, desde la boca de la calle, estaban mirando la chabola, y tenían que hacer visera con las manos o mantener medio cerrados los ojos.

Juana vio a Maruja, que entraba y salía a la casa. También estaban los chicos pequeños, vestidos y peinados como si fuera domingo.

—¿Qué hora es? —preguntó Juana a la que estaba a su lado.

—Deben ser más de las diez y media.

Iban llegando más gentes, y siempre se ponían detrás, en la boca de la calle. Un fontanero y su aprendiz —un muchachito de catorce años, cargado con la caja de las herramientas— se acercaron por el lado donde estaba Juana.

—¿Pasa algo? —preguntó el hombre.

—Van a tirar la chabola.

—¡Ah!...

—¿Me dejan mirar? —dijo el aprendiz.

—Mira.

Se acercaron el hombre y el muchacho.

De todos los extremos de la barriada, de los grupos de casas que surgían todo alrededor, por las sendas, por las callejas sin urbanizar, no dejaban de venir gentes, mujeres, chiquillos y viejos, perrillos legañosos que ladraban los calcañares y hociqueaban las basuras, niñas con los ojos tristes y, también, algunos hombres. Muchos venían corriendo; alzaban sus cabezas por encima de los últimos. El sol subía, minuto a minuto, por mitad del cielo. No había una sola nube.

—¿Han *veníó* ya los de la piqueta? —preguntó una mujeruca, que se empinaba detrás, en la última fila.

—No.

—Parece que se retrasan mucho.

—Ya vendrán; esos no fallan —dijo la que estaba con Juana.

—Desde luego —dijo una mujer pelirroja.

—Y, usted, estese quieto. No se aproveche —dijo otra—. ¡Vaya guarro!

—¿Yo? —dijo el fontanero.

—*Paece* que se retrasan mucho —insistió la que se empinaba detrás.

—No, ya llegan —dijo alguien por el otro extremo de la gente.

III

La habitación estaba cerrada por completo. En lo oscuro se oía el bullicio de la gente. Entre grito y grito, las ideas eran como ratones que roían su descanso. El señor Remigio estaba en su cuarto interior, en una pocilga con una sola ventana al corral. Escuchaba el ajeteo de la gente. Seguía en la cama. Solía levantarse bastante tarde, a la hora que era buena para sus trapicheos, entrado el día en el invierno y caído el sol en el verano.

Encendió una colilla de puro que se había encontrado la noche antes en Legazpi. Se dio la vuelta en el camastro de paja. A Remigio, cada voz, cada grito, cada ruido que llegaba de fuera, le traía un remorder, una quemazón por la sangre.

«No es cosa mía, porque se crean que en Madrid atan los perros con longaniza y que esto es Jauja. No es asunto mío, ni es que yo sea un *abanto*, que no suelta prenda, ni un *miserias*, porque vengan unos paletos que parece que se han *caído* de un nido».

Remigio escuchaba el ir y venir de la gente, el clamor de la multitud.

«Todo el dinero es mío, es bien mío; mi trabajo y mis privaciones me ha *costao*, y fastidiarme y fumar colillas y comerciar hasta con mi puñetera madre. Todo el dinero lo tengo bien *ganao*, perra a perra, peseta a peseta. Todo es mío, sin que nadie me haya *ayudao*, ni siquiera con la punta de un alfiler».

No podía parar acostado y se levantó de la cama. Llevaba calzoncillos largos y le arrastraban las cintas por el suelo.

A pesar del cacareo de las gallinas seguía oyéndose el griterío de la gente. Por las grietas de la contraventana vio la sombra que daba la tapia. Serían las diez o diez y cuarto de la mañana. El señor Remigio tenía por seguro que iba a comenzar un día de mucho calor. Ya no olía a estiércol amontonado en el centro del pequeño corral. Lo había secado el sol de aquellas semanas.

Cerró la puerta y las contraventanas y, completamente a oscuras, cruzó el cuarto y volvió a meterse en la cama. Se puso a dar vueltas y a hacer círculos con la luz roja de la colilla del cigarro puro.

Aunque todo estaba cerrado, continuaba chillando la gente. Los oía como si estuvieran dentro de su propia habitación, igual que si él permaneciera también entre el grupo de vecinos, esperando a los de la piqueta. La lumbre del cigarro casi le quemaba los dedos.

«Lo peor es que parece que *tié* uno la culpa y nadie piensa que quien quiera peces que se moje el culo», repitió. Se dio la vuelta en el catre, intentando conciliar el último sueño. No podía. Sus ideas eran como ratones, royéndole la sangre.

Al otro extremo de las barriadas, detrás de los campos, habían abierto las tiendas de comestibles, hacía poco rato. Se notaba el olor aceitoso del jabón. A la entrada podía verse una gran caja de sardinas arenques, con reflejos azules.

El tendero estaba detrás de la báscula. Miraba con un ojo al fiel de la báscula y con el otro a las dos mujeres que habían llegado hacía un momento.

Una era jovencilla, morena, con los senos que le reventaban bajo la blusa, y la otra, metida en años y un poco gorda, de buen ver.

—Si se arma, mejor; así se enterarán —dijo la más vieja.

—Lo que es yo... —dijo la muchacha.

—¿Dónde dicen que está? —preguntó el tendero.

—A donde «Los cinco minutos», al principio —dijo la joven.

—Son unos que ella es andaluza, de por Jaén —dijo la gorda.

—No sé.

—Una que se llama María y su marido Andrés, que tienen una chica rubia.

—No sé. Hay tantos andaluces.

La mujer del tendero estaba durmiendo al chico; tenía al hijo en los brazos, como casi siempre. Se asomó por la puerta de la trastienda. Sólo se veían su cara y la blancura de las carnes del niño, en la semioscuridad.

—Sí, serán los que vinieron; los que querían el almacén —dijo.

—No me acuerdo —dijo el tendero. Se volvió un instante y miró a su mujer como si quisiera hacerla desaparecer.

—Bueno, aunque no sean clientes, lo siente uno —dijo.

—Apúnteme lo de los garbanzos —dijo la muchacha. Se echó un poco atrás el pelo. Al decirlo, le dio como un algo de vergüenza.

—Está bien, está bien; lleváis ya dos semanas sin liquidar —dijo el tendero. Miró a la chica, en el pecho, en las caderas y en el vientre.

—El sábado cobra mi padre los puntos...

—Menudo punto, menudo punto estás tú hecha; seguro que ya te pellizca algún rapaz, cuando sales de noche. —El tendero se echó a reír. Enseñaba unos dientecillos negros y pequeños. No paraba de mirar a la muchacha.

—Bueno, a ver si me despacha lo mío —dijo la mujer gorda—. Tengo ganas de ir a ver lo que pasa con eso de la chabola.

—¡Qué va a pasar, mujer! ¡Nada! —dijo el tendero—. En este barrio, digan lo que quieran, somos buena gente.

Le largó a la chica la bolsa de papel de estraza llena de garbanzos, rebosando. Le rozó las manos. Sentía un cosquilleo por todo el cuerpo. Los ojos le hacían chiribitas y le brillaban como a un gato por el mes de enero.

—Venga, señor Genaro, venga...

—No se preocupe, ya le despacho, que hay para todas —dijo el tendero. Se echó a reír, él solo, de su propia ocurrencia.

Olía a jabón, a lejía, a sardinas arenques y a papel de estraza; esa mezcla indefinible de olores que hay en las tiendas de ultramarinos.

La mujer, con el chico en brazos, se metió en la trastienda y tomó asiento encima de un saco, en la parte más oscura. Estaba angustiada. El niño tenía paperas y a la mujer le daba miedo ver el cuello hinchado de la criatura. Se figuraba que podía pasarle algo al chiquillo y se echaba a temblar. Sentía remordimiento, cada vez que imaginaba que su hijo podía ahogarse, cuando oía su respiración. Se dio a pensar que podía castigarla Dios, por lo de los andaluces aquellos, que habían pretendido alquilar el almacénico. Suponía que nada era más triste, nada podía compararse con un niño solo, abandonado en el mundo. Porque si Dios es bueno, igual había de ser para uno que para otros. Y que una mujer sin marido, o lo que venía a resultar lo mismo, sin un hombre de posibles; una mujer con un hijo en brazos era un ser indefenso y en trance de perecer. Imaginaba a una madre que iba por el mundo, allí por Orcasitas, por los campos llenos de calor, entre las casuchas miserables, sin pan y sin sombra.

Se puso a mirar en la oscuridad. Oía las voces de su marido, que bromeaba fuera. Se figuraba que Dios era un ojo muy grande, quieto y de cristal, mirándola, como ella había visto alguna vez en una estampa. Notaba a Dios en las tinieblas de la trastienda. Le daban a la mujer unos temblores y se abrazaba más a su hijo. Se le ponía la carne de gallina. Comenzó a rezar y, luego, se detuvo. «Se me va el santo al cielo; se me va el santo al cielo». «Que con la capa de Abraham seré rebozada y con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo seré bañada, Justo Juez...». Comenzó a llorar, encima de la cara del chico. Le castañeteaban los dientes, como si tuviese fiebre. Su marido estaba en la tienda gastando bromas con las muchachas. Les oía reír. La mujer veía el ojo de vidrio, parado y sin pestañear, fijo en lo hondo del almacén.

Gemía, despacio; únicamente se contuvo cuando vio que había contagiado al niño con el llanto. Lloraban los dos. Le acarició la cabeza y se puso a mecerle.

Ea, ea, ea.

Ea, no ea.

Cominitos y clavos,

y alcaravea.

«Pobrecita gente», dijo, apretando fuertemente a su hijo. Rezó de nuevo: «Justo, Juez, Nazareno...».

La trastienda estaba toda en tinieblas, y la mujer pensó que los sacos, los bultos oscuros, los costales, estaban llenos de muertos, con los cuerpos de las pobres gentes que se morían de hambre en este mundo. Y que su marido no paraba de gastar bromas con las muchachas.

—Venga, vamos deprisa.

Los dos chicos de Manolo, el de Úbeda, pasaron por la puerta de la tienda. Corrían. Se tropezaron con otros tres chiquillos que se dirigían también hacia la

chabola que iban a derribar los de la piqueta.

El sol no había podido aún con la mañana. Zumbaban las moscas. Las avispas volaban, amarillas, delante de la sombra de la tienda; llegaban hasta la improvisada verdulería, a un chamizo hecho de cañas y cubierto con persianas de paja seca; se ponían a picotear los tomates rojos, las lechugas de las huertas del barrio de la China, regadas con las inmundicias del Manzanares, los albaricoques de Toledo, de hueso dulce, y dos o tres melones blancos, tempranos, que habrían llegado de las lejanas tierras llanas de Valencia y que olían a miel.

Vamos, deprisa, *tién* que ir allí *toas* las bandas, los de la *ca* el Olvido y los de Usera —dijo uno de los mayores.

—*Mecagüen* la bata del que no venga.

—Y yo delante *pa* que no cante.

—¿Sabéis de quién es la chabola?

—De la chica que conocía al que nos dio a guardar la moto.

—Yo me ajunto con el Andrés y el Mario —dijo uno de los que terminaban de llegar.

Acortaron un poco su marcha. Seguían, deprisa; los mayores primero, dando grandes zancadas, y, detrás, a trotecillos, carrera a carrera, los pequeños.

—Y yo también.

—Y yo.

—El Andrés no quería ir a la catequesis.

—Su padre iba a hacerles una cometa.

De nuevo llegaron al campo abierto. Había un espacio muy grande, lleno únicamente por el sol, hasta el otro poblado. Los que marchaban en cabeza emprendieron a correr por entre unos barbechos, saltando matas de cardos y zanjas que parecían antiguas trincheras de la guerra. Fueron a parar a la larga senda de Orcasitas, por la hondonada. A los lados quedaban los leves y borrados cerros, las lomas blanqueadas de casuchas y dos vertederos.

—¡Vamos!

—Aguardar un poco.

—Su padre iba a hacerles una cometa que volara muy alto —repitió uno de los chicos más pequeños.

—El que llegue el último es un marica.

Dos perros se perseguían por el campo adelante, olisqueando las tapias.

La luz, el sol y los gritos entraban por la grieta de la contraventana. El señor Remigio no podía resistir más. Desde hacía mucho tiempo no paraba de oír aquel rumor —lo tenía metido en la cabeza—: las pisadas, arrastrándose incesantemente, las oscuras palabras, las frases cortadas nada más nacer. Era un murmullo que parecía un rezo. Le crispaba los nervios.

Se había levantado, de nuevo, casi a oscuras, y había comenzado a dar vueltas, nervioso, como loco, por la habitación. Tenía miedo a salir. Sólo entraba aquel poco de luz por las rendijas de las contraventanas. Remigio no quería ver ni oír nada. Se acercó a las maderas, pensando en lo que podía hacer, en cómo librarse de tanto ruido. Fue en ese momento cuando creció el murmullo: las voces que llegaban desde la puerta de la chabola de Andrés.

La gente gritó fuera:

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan!

Y, entonces, Remigio se agachó rápidamente, angustiosamente: cogió a tientas una piedra gorda que había en el suelo y se puso a golpear las maderas hasta que encajaron del todo y la habitación quedó a oscuras y aislada por completo del mundo.

IV

Se pasó un rato sentada, escuchando el zumbido de las moscas, esperando la calma, aguardando no sabía qué.

La cortina filtraba los rayos del sol y dejaba sobre el suelo las sombras rojas y azules de los dibujos de la tela. A Maruja la cogió dentro de la casa el griterío de la gente y el silencio que se hizo luego. Hacía un rato que se había entrado con los chicos, por no soportar el calor. Fuera, quedaba la luz blanca de la mañana, que iba volviéndose amarilla hacia el mediodía de julio.

Cuando oyó las voces de los vecinos se asomó de nuevo a la puerta. Los chiquillos quedaron detrás, sacando las cabezas entre la cortina. Maruja tomó a Andresillo y a Mario de la mano y salió.

Se sentía más sosegada que antes, más libre de dudas y de inquietudes que hacía muchas horas, quizá que semanas y casi meses. Notaba que una mansa corriente de paz iba aplacando su incertidumbre. Realmente, le parecía que las cosas sucedidas y por suceder eran naturales; que la vida tenía que ser así, difícil; pero al mismo tiempo quería vivir. No lo pensaba ni lo había pensado nunca y, sin embargo, necesitaba vivir. Le latía toda la sangre.

Cruzó Maruja de prisa hacia donde estaba su madre con la mujer de Joaquín y con otras dos mujeres que la chica no reconocía. Al llegar a la mitad del camino, su hermano menor se separó para coger algo del suelo. Maruja también se detuvo y, después, siguió adelante.

—Vamos —le dijo.

Se volvió un instante para mirar a los hombres, sobre todo a Luis. Anduvo despacio el último trozo que le separaba de su madre.

Los hombres estaban en el centro de la explanada, esperando a los guardias civiles, que avanzaban con cansinos pasos por el otro extremo del *descampao*. Se habían bajado los guardias de un cochecillo y, un poco más atrás, en el camino, quedaba parado el camión, donde venían los de la piqueta.

Fugazmente, observó la muchacha a la gente que se asomaba por la boca de la calle; los rostros ambiguos o desesperanzados de las mujeres de la vecindad. Por todas las posibles calles y por los campos de los alrededores venía corriendo una multitud de mujeres y chiquillos, que se dirigían hacia el silencio que se había hecho delante de la chabola. El sol daba ya de plano por todo el campo.

Dos parejas de guardias seguían acercándose a la parte de la explanada, frente a la puerta de la casa donde estaba Andrés con los otros. Se oían los pasos en medio de tanto silencio. Y, también, el arrastrarse de las pisadas de la gente que miraba desde la calleja. Solamente el chófer se había quedado en el cochecillo, aunque salió fuera y se puso a hurgar en el motor, sin preocuparse lo más mínimo de lo que pasara.

Cuando se encontraron muy cerca, el cabo se adelantó hacia donde estaban los de la chabola. Se acercó a Andrés, que no tenía expresión ninguna en los ojos; si acaso, sólo y todavía, una profunda incredulidad.

—Comprendan. Les ayudarán a sacar las cosas —dijo.

El cabo tenía unos grandes y tiernos ojos de buen hombre. Andrés no respondió nada. Se quedó mirando como el cabo se daba la vuelta y comenzaba a hablar con los otros guardias. Traían fusiles y estaban apoyados en ellos en posición militar de descanso.

Uno de los números cruzó la explanada, corriendo; con el fusil suspendido en la mano, hacia donde había quedado detenido el camión con los de las piquetas. Todos siguieron al guardia con la vista, durante el recorrido.

Maruja, la madre y las otras mujeres se agruparon. Los chicos se metieron entre ellas.

La muchacha dijo por lo bajo:

—¿Qué vamos a hacer?

—No sé —dijo la madre.

—La verdad es... —dijo la mujer de Joaquín.

—¿Qué?

—Si quieres, me llevo a los chicos.

Venían cuatro tipos con las piquetas al hombro; otro la traía arrastrando por el suelo, marcando un pequeño surco. Dos funcionarios y dos guardias empezaron a sacar los muebles a la explanada.

Los hombres y Andrés seguían de frente, mirándoles, con los brazos caídos.

Maruja y su madre vieron cómo los enseres de la casa iban formando montón en el medio del campo: las sillas, las camas, la cántara de barro, el colchón al que le salían los vellones de lana. Había en el suelo un reguerillo de blanca lana.

—¡Dios mío!

Si quieres me llevo a los chicos —repitió la mujer de Joaquín.

—Sí, llévatelos —dijo la madre.

Todavía llegaban hombres y mujeres, corriendo, desde todos los confines del barrio, viejas vestidas desmañadamente y obreros que salían de los pequeños y sucios talleres que había en cualquier parte.

Parecía que todo el firmamento cargado de sol y de luz se hubiera posado sobre el paisaje.

La mujer de Joaquín tomó de la mano al menor de los chicos.

—Venga, veniros —dijo.

—No.

—Queremos ver cómo tiran la casa —dijo Andresillo.

El pequeño se puso a hacer pucheros. La madre se fue hasta él, furiosamente, y le apretó contra su falda.

—¡Hala!, marcharon con ella —dijo—. Luego iremos el *papa* y yo.

—Tengo unos caramelos —dijo la mujer de Joaquín.

Estaba ya completo el montón que formaban los escasos muebles y las cosas de la familia. Los de las piquetas llegaron todos, entonces, frente a los muros de la chabola. Dos o tres se metieron dentro.

La mujer de Joaquín cogió a los chicos, uno de cada mano, y echó a andar hacia el desmonte que daba sobre el vertedero, por donde iba el camino. Se volvió varias veces para mirar, y, también, los chiquillos.

Mario dijo:

—Quero *gol verme* con mi *mama*.

—No, sigue, ahora vendrá, en seguida.

Se oían los golpes de las piquetas. Habían empezado a trabajar todas al mismo tiempo. Maruja se tapó la cara con las manos.

Mientras tanto, los hombres seguían sin saber qué hacer o decir. Joaquín y Luis miraban al padre; de vez en cuando se volvían para interrogarle con los ojos para cerciorarse de lo que Andrés resolvía.

Aunque María estaba al otro lado, se dio cuenta de que Andrés tenía el rostro desencajado. Fue hasta donde estaba su marido. Maruja iba detrás.

—Tranquilízate —dijo la mujer. Se cogieron un instante las manos. Estaban temblando como los azogados.

—Ya se me pasa —dijo él.

La gente que se asomaba por la boca de la calle se agitó de nuevo, por unos instantes, cuando vio que los chicos se iban, cuando la mujer de Joaquín llegaba, con los niños cogidos de la mano, a donde se perdía la vista, a la cuesta que bajaba detrás del vertedero. Se oía un murmullo, como una protesta, como un rezo; se oía con más fuerza que nunca. Alguna de las mujeres que estaba en primera fila gritó:

—¡Pobrecillos!

Pero nadie respondió palabra. Se oía más fuerte, también sobre el silencio, el ruido de las piquetas.

Joaquín se acercó al Andrés, movió la cabeza.

—Qué le vamos a hacer —dijo.

—Sí, *tiés* razón —dijo el otro.

—No podemos echarnos a llorar como unos chicos —añadió Joaquín.

—Sí.

La madre miró a Luis, ansiosamente, tenía ella un nudo atravesado en la garganta. Sabía que si decía algo de seguro estallaría en llanto. Y le costó un rato poder hablar.

—¿Cuándo te llevas a la Maruja? ¿Cuándo os vais? —dijo al fin.

—Por mí... —dijo el muchacho.

El padre se vino hacia donde María y Luis estaban. Tenía la mirada brillante, se le notaba como una angustia o una congoja.

—*Tiés* que darne tu palabra —murmuró.

—Haré lo que dije.

—*Tiés* que dárme la —repitió. Movié la cabeza, grotescamente, como si se le hubiese roto algún nervio del cuello.

—Sí.

La madre se llegó hasta el rincón donde estaban los trastos. Fue metiendo las cosas de su hija en una caja de cartón; la enagua que estaba todavía casi nueva (se la había comprado cuando tuvo que ir la Maruja al médico). Los zapatos que parecían de muchacho. La faldita de cuadros. Terminó la María, en seguida, y ató la tapadera de la caja con una cinta. Se la dio a Maruja en la mano.

—Te he *metío* las medias.

—Quédatelas tú.

—No.

La muchacha tenía la caja cogida por la cinta y se puso a moverla en el aire, nerviosamente.

—Ven a vernos en cuanto puedas, a donde la obra de tu padre —dijo la mujer.

—Sí, iré.

—No faltes.

—Iré en seguida —dijo la chica.

Andrés estaba delante, pendiente de todo, aunque, a ratos, se le borraban las cosas

de la cabeza y sólo miraba a su hija. La veía todavía como una niña, como una chiquilla pequeña, igual que cuando se fue aquel verano con las colonias del colegio del pueblo. Por entonces, Andrés le había hecho un jarrillo con un bote viejo de conservas, le había soldado un asa y le mató los filos para que Maruja no se cortara al beber. Se acordaba de esos detalles, como si todo terminara de ocurrir.

Joaquín dijo:

—Es ya una mujer.

No sabía qué decir.

Continuaban repicando las piquetas. Del interior de la chabola, por las ventanas y la puerta, salía una nube de polvo blanco que cegaba el sol y la luz.

Los guardias seguían mano sobre mano; aunque a veces se miraban entre ellos y hacían algún comentario sobre cosas que no tenían nada que ver con lo que estaba pasando allí mismo.

—Hoy ya pega de lo lindo, va a hacer buen calorín —dijo un número.

—Sí —dijo el cabo.

—No se ve ni una nube.

—Que lo diga...

Una de las paredes, de los muros exteriores de la chabola, había caído casi entera. Sonó como un cañonazo. Los guardias se volvieron para mirar al torbellino de polvo de yeso que subía por todo lo alto. No hicieron ningún comentario.

Los vecinos que formaban grupo hablaron un rato, animadamente. Algunos de los que estaban en las últimas filas empezaban a dispersarse. El aprendiz de fontanero se cargó a la espalda la caja de las herramientas y echó a andar detrás del maestro.

Un perro husmeaba siempre en el suelo buscando algún desperdicio del que poder comer.

—Vaya tipo, tenía más manos que un pulpo —dijo la chica que estaba al lado de la Juana.

—Los hay algunos... A la vejez viruelas —dijo otra.

Por la lejanía, delante de las filas rojas de casas que parecían murallas, se veía pasar la gente que regresaba, que volvía a sus tristes hogares.

Los chiquillos de la barriada, los de la calle del Olvido y los de Usera, seguían en lo alto del cerro, subidos a las piedras grandes que asomaban arriba. Miraban a los guardias civiles y a los de la piqueta, la polvareda blanca que se levantaba desde la casa en ruinas. Escuchaban los golpes que hacían los tabiques al caer. De vez en vez, uno de los muchachos se ponía en pie y contaba a los otros lo que estaba pasando abajo.

—Es como las guerras.

—Mi *bato* está cojo de entonces.

—¿De cuándo?

—De la que se lio por ahí, por *Madrí*.

—Mi *pare* dice que hubo más de mil muertos en la Casa de Campo.

—Mi padre era capitán.

Aunque algunos se iban, todavía quedaban muchos vecinos asomados por la calluja.

Juana dijo a la chica que la acompañaba:

—Y eso que decían que se iba a liar...

—Qué va a hacer la gente. Al fin y al cabo...

—Me da pena por la Maruja, yo conocía a la chica. Si tuviéramos *reaños*...

—Yo me acuerdo de ella de cuando iba a la fuente. Qué van a hacer.

—Claro —dijo la Juana—. Yo me voy ya, tengo que ir a ver a una señora.

Notaba como un desmayo, como una desgana que no le dejaba ver las cosas con claridad. Le daba vueltas como un torbellino en el estómago vacío y, después, se le volvía asco al llegarle a la garganta. Lo peor era que creía que iba a caerse redonda, como si le viniera mucho sueño. Se quedó todavía un rato, apoyada en el brazo de la otra muchacha.

—¿Te mareas?

—Será que no he *desayunao*.

—No te vayas aún, espérate, a ver si se te pasa.

Todo le daba vueltas.

Andrés y los otros seguían delante de la casa en ruinas. La madre notaba que una agonía, que una congoja, iba poseyéndola, llenándole el cuerpo como a un saco vacío. Había perdido por completo las fuerzas, casi el movimiento de los brazos y los tenía caídos, pegados a las caderas. Desde hacía mucho rato estaba aguantándose las ganas de llorar. La ahogaba la pena.

Sobre el campo, muy bajas, volaban silenciosamente las golondrinas, disparadas, tan deprisa, que no podían vérselas hasta que no se alejaban un poco o planeaban por lo alto.

Cayó a tierra otro tabique de la chabola y retumbó como un trueno.

—Santorrostro.

Maruja y Luis se habían acercado; se habían puesto juntos, impensadamente, sin darse cuenta de lo que hacían.

—Y vosotros, ¿cómo os vais a apañar? —dijo la muchacha mirando a su padre.

—Verás... —dijo Andrés.

Joaquín se interpuso, respondió por su amigo.

—Detrás de la obra pueden hacer un chamizo.

Miraba más que nada a Andrés.

—No te preocupes por los compañeros, aunque no hayan *veníó*, ¿sabes?

—Claro... —dijo Andrés.

—Allí echarán el resto.

—Sí...

—Estoy seguro que allí lo echarán, que no van a consentir que te quedes sin tener donde meterte.

—Sí, nos iremos al calor de la obra —dijo Andrés. Sonrió, quería aparentar que no estaba tan preocupado.

—Con unas mantas y unas maromas o lo que sea podéis arreglaros, mientras *encuentráis* algo. En verano vive *to* el mundo.

De vez en cuando, se volvían, para mirar lo que quedaba de la casa, de la chabola. No decían nada. También Andrés observó, un instante, a la poca gente que quedaba en la boca de la calle. Se fijó, sobre todo, en los que se marchaban. Le dio una extraña pena ver a los vecinos que se iban, que los dejaban solos. Le entristecía. Aunque era peor seguir así, sin hacer nada, en medio del *descampao*. Notaba la boca y la respiración espesas del polvo que venía del derrumbe. La saliva le sabía a yeso, como el olor que había en la obra cuando tendían la masa y trabajaban con las llanas.

Los guardias sólo hablaban de tarde en tarde; por lo general se pasaban ratos enteros sin decir nada, con las caras serias, vacías, atendiendo perezosamente a las pequeñas cosas, a las botas, a los puntos de mira de los fusiles, a la molestia del calor rezumando debajo del charol de los tricornios. No pasaba nada. El cabo eructó y se fue, dando un paseo, hasta donde esperaba el chófer del cochecillo. Hablaron algo por lo bajo. Después, siguió hasta donde trabajaban los de las piquetas.

La Juana y la muchacha que estaba a su lado se habían quedado casi las últimas en la calluja que daba al *descampao*, desde donde se veía la chabola. Sólo había otra media docena de personas. Una chiquilla de ojos tristes se mordía las uñas.

—¿Está ya mejor?

—Sí, ya me voy —dijo la Juana—. Tengo que ir a Orcasitas.

Juana echó a andar. Tenía que ver a aquella mujer que iba a darle el remedio. Se encontraba aletargada, muerta de sueño. Le daba miedo; por debajo de su modorra sentía el miedo. «A lo mejor me pasa algo o me pongo mala o...». Volvía despacio la cabeza y miraba a la casa de Maruja. Ya no veía a su antigua amiga y a sus padres delante de la puerta, ni se enteraba de lo que estaba pasando; por el camino que iba Juana sólo se veía la espalda de la casa y las nubes de polvo que hacían los de las piquetas. Le parecía a Juana que era el único camino que podía seguir. No había ningún otro. Cada vez que caía un tabique, un trozo de muro, algo le retumbaba y se le rompía dentro, profundamente. Pensó: «siempre nos machacan a los mismos, siempre nos toca a nosotros, pero la culpa es de esos hijos de su madre, de los que se figuran que siempre tiene que ser a nosotros, como le pasa a Jesús y a muchos. La culpa es..., la culpa es...». Sentía una desgana y un tedio que le venía desde lo hondo de la respiración, que se le metía en las cañas de los huesos, en los brazos y en las

piernas. Seguían picando las herramientas y el ruido se extendía por todo el campo, por el calor de julio. «La culpa es..., la culpa es...». Al llegar al último recodo del camino de Orcasitas se dio la vuelta Juana, para mirar por última vez. Todo aquel trozo de campo, de paisaje: la chabola de Maruja, los montones de basura de los vertederos, las presencias blancas de las casuchas, aparecía emborronado por la blanca polvareda. «La culpa es... la culpa es...». Siguió unos pasos, con la cara torcida, y luego desvió los ojos y ya no se volvió más.

Los chicos que estaban sobre las piedras del cerro se pusieron todos en pie.

—Al Andresillo y al Mario se los ha *llevao* una vecina —dijo uno, que parecía mayor, que tenía dos costrones grandes en las rodillas.

—Se los han *llevao* como a los presos —dijo otro chaval más pequeño, flaco, que llevaba una camisa vieja del padre. Sacó del bolsillo un trozo sucio de pan.

—Mi tío está preso en la cárcel, está en la cárcel desde antes de nacer yo; pero mi madre le manda paquetes con cosas de comer; *entoavía* le quieren.

—Somos los vigías, estamos aquí *pa* chivármoslo a los otros —dijo el que comía el trozo sucio de pan.

La madre de Maruja, con su mano torpona, grande, intentaba alisarle a la chica la blusa. Le pasó la mano tres o cuatro veces hasta quitarle las arrugas. La mujer hacía por disimular; daba vueltas alrededor de su hija y le atusaba el pelo.

—No te vayas tan *destartalá*, con estas trazas —dijo.

—Sí.

—Esta falda te queda ya estrecha.

—Sí, madre.

Se miraron.

—A ver si eres menos melindres *pa* comer —le dijo.

No se volvió hacia Luis. Quería sobre todo, que el chico no la dijera nada, que no la hablara.

Luis se apartó un paso, cuando vio que la madre y la hija se abrazaban. Se puso de nuevo al lado de los hombres. Se quedó mirando, de lejos, al cabo de la Guardia Civil, que regresaba ya de las ruinas y que marchaba, braceando, por la explanada.

—Bueno, nosotros nos iremos ya —dijo, casi marcando una pregunta, tímidamente, dirigiéndose más que nada a Joaquín.

—Sí, en seguida nos marchamos *toos* —dijo el otro.

En ese momento se oyó un derrumbamiento más grande; se había venido al suelo toda la fachada derecha de la chabola. Miraron. Se levantaba, despacio, el polvo, como una niebla. No sé veía nada de lo que ocurría detrás, ni los de la piqueta, ni el camión; hasta los guardias parecían figuras extrañas, el producto de alguna pesadilla.

—¡Pueden retirarse unos metros! —les gritó el cabo a los números.

Los civiles emprendieron un corto retroceso y se colocaron un poco más retirados

de la ruina, del montón de escombros y del polvo, de la humareda que recordaba un original incendio.

—Sí, tendremos que irnos. Ya volveremos por los muebles, cuando se pase un poco la calor —dijo Andrés.

—Podemos alquilar un carrillo de mano en Usera —dijo la mujer. Le pareció a ella algo muy raro haberlo dicho y se quedó callada, con los ojos vacíos y sin expresión alguna.

—Sí —dijo el hombre—. Eso es.

Maruja volvió a abrazar a su madre.

Andrés se quedó al lado, esperando, sin saber qué.

El padre y Maruja permanecieron unos segundos, frente a frente. Se tocaron las manos. Él sentía las suyas torpes, agarrotadas. Le hubiera gustado pasar la mano por el pelo de su hija, como cuando era pequeña, decirle las mismas cosas, cosas que no podía recordar.

—Adiós —dijo Maruja.

—Eso, que sepamos pronto de ti —repitió la madre.

—Sí.

Todavía sonaban las piquetas. Por encima de la casa, cruzó, revoloteando, una mariposa.

El sol iba haciéndose más amarillo, conforme avanzaba la hora. Los pájaros seguían pasando por el campo y, luego, subían muy alto, sobre el desolado paisaje sin árboles, sobre los espacios grises donde la tierra no podía fermentar. Los pequeños poblados de casitas miserables se asomaban a las colinas, a las lomas suaves de los cerros.

A lo lejos, se oyó cantar un gallo. De tarde en tarde, soplaba una racha de viento; una quemazón que se pegaba a la carne.

Maruja y Luis se volvieron y agitaron las manos.

—Adiós.

Joaquín se había apartado un poco. Los padres se sentían solos. Se oía el derrumbe de la casa. Estaban quietos, como dos muñecos.

Maruja y Luis marchaban casi ilusionados, aunque, a la vez, la muchacha sentía como un extraño miedo que la sujetaba, que le quemaba la sangre. Los novios echaron a andar; iban cogidos de la mano, por esos campos de arena donde termina Madrid.

Una de las piquetas machacaba con un soniquillo especial, hacía como una música.

EPÍLOGO

LUNES, 3 DE JULIO (una y media de la tarde)

Ya no quedaba ni un alma en la boca de la calle. La oscura multitud había desaparecido. De tarde en tarde, una mujer, un viejo o un chiquillo, cruzaban, cansadamente, buscando la sombra. De las casuchas salía el humo sofocante del aceite frito. Por los solares, entre las tapias, se iban los niños y los perros a aprender la vida. Las muchachas llevaban a la cadera las rojas cántaras de barro. A los lados de las vías, las gentes que recogían carbón levantaban las cabezas cuando pasaban los trenes. Pero cabía preguntarse, sin embargo, qué fue de la oscura multitud de por la mañana. En apariencia, no ocurría absolutamente nada. Sólo el sol caía sobre las arenas del mioceno, por los campos donde termina una triste y pobre ciudad.

Madrid, junio–septiembre 1958



ANTONIO FERRES BUGEDA. (Madrid 1925). Su bautismo literario se produjo con la obtención del Premio Sésamo en 1954. En 1964 emigró primero a Francia, y ha residido en México, Estados Unidos y Senegal, ejerciendo como profesor de literatura española hasta su regreso a España, en 1976. Colabora en revistas españolas, americanas y europeas, y escribe cuentos y narraciones cortas, como las publicadas en *22 narradores españoles de hoy*, una antología preparada por Félix Grande en 1971. Con la publicación, en 1959, de *La piqueta*, obtuvo un éxito inmediato y desde entonces fue considerado como uno de los principales autores del realismo social español. En 1961 su novela *Al regreso del Boiras* es prohibida cuando el editor Carlos Barral intenta publicarla, aunque aparece en 1975 en Venezuela (hasta 2002 no se reeditará en España). Es prohibida también *Los vencidos*, publicada en Italia por la editorial Feltrinelli bajo el título *I vinti* en 1962, y reeditada en España en 2005. En 1964 obtuvo el Premio Ciudad de Barcelona por su novela *Con las manos vacías* y el Premio de Poesía Villa de Madrid en el 2000 por *La inmensa llanura no creada*. La primera parte de sus memorias aparece en 2002 bajo el título *Memorias de un hombre perdido*.